



*Estaba atrapado con ella,
pero solo podrá regresar...*

Cuando la Nieve se Derrita

Kelly Dreams

**CUANDO LA NIEVE SE
DERRITA**

KELLY DREAMS

©Edición Diciembre 2010

Derechos ebooks: Kelly Dreams

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

ARGUMENTO

Micha estaba conforme con su papel de profesor en la Academia “Ángeles Caídos”, su vida era buena, su sueldo más que suficiente y los alumnos lo respetaban.

¿Qué más podría pedir un Ángel Caído?

No haber aceptado la apuesta que lo obligaba a viajar a la Tierra, convencer a la primera humana que encontrara de que

tenía que darle posada y sobre todo no enamorarse de ella hasta que pudiera regresar a casa... Cuando la nieve se derritiera.

Una peligrosa apuesta que pondría su alma en peligro y convertiría sus días en el peor de los infiernos...

PRÓLOGO

— ¿Crees que he sido blando?

El ángel negro se dio la vuelta y observó a su jefe arqueando una ceja ante la extraña pregunta, haría falta una tonelada de martillos neumáticos y trabajar con ellos hasta el fin d los tiempos para ablandar al jefe y propietario de aquella Academia de Entrenamiento para Ángeles Caídos y aún así ni siquiera estaba seguro de poder asegurar a ciencia cierta que Lucifer llegase a ablandarse, después de todo, el diablo siempre sería el diablo, con o sin traje de faena.

— ¿Qué ha hecho esta vez? —Su voz oscura y profunda, un verdadero pecado para oídos puros y una agónica promesa de placer.

Luc, como prefería ser llamado por sus subordinados, se encogió con natural

elegancia.

—Es un recién caído —respondió con fastidio, como si aquello lo explicase todo—.

Le han dado la patada por algo tan patético como follarse a todo un grupo de animadoras y colgar las imágenes en alguna red social de Internet. Patético, de veras. ¿Qué diablos les enseñan en el Haven? ¿Cómo joder su existencia y no morir en el intento? Empiezo a sentirme como una ONG y ni siquiera estamos subvencionados.

Los ojos verdes del caído fueron de su jefe al joven recién llegado que se afanaba en sacar brillo a la placa con el anagrama del complejo: Ángeles Caídos S.A. Lucifer había creído oportuno crear una sociedad, bajo su punto de vista aquello le daba más glamour al ya de por sí mal visto infierno. Era interesante ver como cambiaba la percepción de las cosas cuando las veías desde el otro lado del cristal. Micha lo había comprobado de primera mano, en sus años más jóvenes había sido una de los Puros o Alas Blancas, como se conocía a los moradores del Haven. Había pasado su tiempo como Guardián y ocasionalmente ocupándose del Departamento de Asuntos Sociales que para Humanos.

Toda una eternidad al servicio de la comunidad, monitorizando a los humanos, encargándose de aquellos que habían quedado desprotegidos solo para encontrarse a sus dos últimos cargos asesinados por su propio padre después de haber apuñalado repetidas veces a su madre y pegarse posteriormente un tiro él mismo. Había bastado acompañar a las dos almas de aquellos dos niños que había visto crecer para que decidiera entregar sus alas y cobrar venganza. Aquel hijo de puta estaría asándose en el Horno para toda la eternidad.

—Creo que he sido blando —las palabras de su jefe lo sacaron de sus recuerdos—.

Le mandaré limpiar también la incineradora.

Micha indicó con un gesto de cabeza hacia el ángel y se volvió hacia su jefe.

— ¿Todo el equipo de animadoras?

Lucifer asintió y puso los ojos en blanco.

—Pensarías que tendría mejor criterio que tirarse a una pandilla de adolescentes calentorras, obviamente, lo de pensar no era su fuerte en ese momento —respondió con un ligero encogimiento de hombros, entonces palmeó el hombro del ángel y le señaló al jovenzuelo—. Que le saque brillo a las letras, con la barbacoa de la semana pasada se han quedado un poco negras y que se pase por la cocina, ese jodido suflé ha vuelto a estallar,

¿Por qué no puede simplemente creer o quedarse desinflado? No, tenía que explotar, mis recetas siempre tienen que explotar.

Micha no dijo nada sobre la reciente afición de su jefe por la repostería, había envenenado a los dos últimos caídos los cuales todavía estaban echando el estómago por la boca y no le apetecía demasiado reemplazar su lugar.

—Me encargaré de que las deje relucientes —aseguró Micha haciendo rodar sus hombros, sus enormes alas negras se movieron con el movimiento arqueándose por encima de estos.

—No te olvides de la cocina, realmente necesita una limpieza —le aseguró con una última mueca antes de darse media vuelta y marcharse mascullando algo sobre la posibilidad de los pasteles de carne y el cianuro.

Micha sacudió la cabeza y volvió a fijarse en el novato, dudaba que el pobre chico supiese exactamente en dónde había ido a caer y que le iba a tocar en suerte, la mayoría de los recién caídos se arrepentían de sus actos casi al instante de cometerlos, lamentablemente lo hacían demasiado tarde para las reglas del Haven: Si habías sido tan tonto para caer una vez, lo serías para siempre. Esa era una de las normas con las que Micha nunca había estado del todo de acuerdo y se había alegrado al darle la espalda por completo cuando había abandonado el Haven.

Podía haber perdido su estatus de Alas Blancas, pero no se arrepentía de haber caído, en realidad, si tuviese que volver a elegir, volvería a elegir su caída. Ningún humano merecía que lo cuidasen, su amor por los demás demasiado a menudo se convertía en odio y ese odio los conducía a tomar las decisiones más estúpidas. No, nunca volvería a permitir que un humano le

preocupase hasta el punto de tener que acompañar su alma al más allá.

—Empieza a frotar con más energía o estarás aquí todavía cuando se produzca el fin de los tiempos —Micha se dirigió al joven caído en voz alta, haciéndole dar un respingo sobre el precario taburete, sus alas grisáceas moviéndose a su espalda en un intento de estabilizarle. Las alas de los recién caídos eran de un tono gris claro, volviéndose más oscuro a medida que pasaba el tiempo y sus deseos de volver al Haven desaparecían siendo reemplazados por sus propios deseos y anhelos. En todo el complejo solo había dos de ellos con las alas totalmente negras.

—Preferiría estar en cualquier otra parte cuando eso suceda —respondió el joven dejando caer nuevamente el paño manchado de hollín en el cubo de agua ya ennegrecida—, en realidad, desearía estarlo ahora mismo.

Micha respiró profundamente y se preparó mentalmente para el infantil lloriqueo que vendría tras esas palabras, los recién caídos podían llegar a ser realmente como niños cuando se les metía entre ceja y ceja que no pertenecían a aquel lugar. Nuevamente, que lo hubiesen pensado antes.

—Este no es mi sitio, yo no tengo madera de ángel caído —empezó con su letanía—, ¿Y crees que se han dignado a escucharme? No, nadie lo ha hecho. ¿Y todo por qué?

Porque esa calienta braguetas de Dianna apostó a que no sería capaz de acercarme a esas estúpidas hembras y follarme a su capitana. ¡Pues me la follé y me follé también a las demás!

Este chaval era realmente tonto, pensó Micha mientras escuchaba con los brazos cruzados sobre el pecho la indignada confesión.

—Esa zorra de alas blancas era la que tenía que estar aquí, no yo —terminó con un puchero.

— ¿Te has tirado a todo un equipo de animadoras, porque una de esas estúpidas Alas Blancas te desafió? —la incredulidad goteaba de la sensual voz de Micha.

El joven caído enrojeció, sus labios cerrándose en una fuerte línea antes de mascullar entre dientes.

—Es la jefa de las Guerreras Blancas —se justificó

—Y tú un auténtico gilipollas —le aseguró Micha negando con la cabeza para luego señalarle el cubo—. Sigue limpiando. Cuando termines te estará esperando la cocina de Luc.

Refunfuñando el ángel caído se dobló para recoger el paño y volvió al trabajo.

Había ocasiones en las que Micha no estaba seguro de la inteligencia de ciertos ángeles y sus motivos para caer en la perdición, pero lo de este joven caído era demasiado.

Pasándose una mano por el largo pelo negro que llevaba atado en una coleta a la altura de la nuca hizo la nota mental de darles una charla a sus alumnos sobre las “estupideces y sus consecuencias”.

— ¿Problemas para impartir disciplina a uno de tus nuevos alumnos, Michael?

La voz femenina procedente del final del corredor llamó su atención, unos hermosos ojos azules le sonreían en un adorable rostro que nada tenía que envidiar al resto de la anatomía del ángel caída que caminaba hacia él. Sus alas profundamente negras rivalizaban con el cuero que envolvía sus largas piernas y llenos pechos, el corsé de corte gótico moldeaba sus formas a la perfección y le daba el único toque de color, rojo sangre, a la indumentaria totalmente negra de ella. Solo su largo pelo castaño cayendo en bucles por sus hombros y que enmarcaba su dulce rostro rompían la armonía de su oscuro atuendo.

—Si fuera uno de mis alumnos estaría limpiando eso con la lengua y no con un paño —le aseguró con suficiencia, sus labios curvándose en una concedora sonrisa.

Ella se rió delicadamente y se detuvo frente a él.

—Me encanta la manera que tienes de educar a tus alumnos —le respondió

con obvia ironía.

Aquella era su mejor amiga, la única que lo había soportado cuando había caído en aquel agujero y prácticamente le había dicho a Luc donde se podía meter su jodida Academia. El resultado había sido un ala parcialmente desgarrada, una cuchillada en la otra y varias quemaduras decorando su piel durante varias semanas y solo Ara se había arriesgado a cuidar de él, haciendo oídos sordos a todo el repertorio de insultos que había lanzado sobre ella y sobre cualquiera que se acercara.

Tenía que admitirlo, había sido un autentico cabrón gilipollas en aquella época.

—Es única, lo sé —respondió a su pulla con nada más que un encogimiento de hombros—. ¿Qué haces por aquí? Te hacía en Egipto.

Ella imitó su gesto encogiéndose también de hombros, sus ojos azul claro esquivaron inteligentemente los suyos.

—Acabé antes de lo que había pensado —su mirada fue hacia el joven caído que seguía frotando para devolverle la calidad dorada a la placa.

Micha la estudió durante unos breves instantes conociendo el motivo por el cual ella esquivaba su mirada, sospechando que era el mismo que había motivado su pronto regreso.

Faltaban pocos días para la navidad, una época en la que los recuerdos afloraban con más facilidad y para Ara eran unos recuerdos llenos de tragedia y dolor. Como ángel puro había sido destinada a velar por un humano, un joven médico que había sido incapaz de dar con una cura para su propia enfermedad y había caído profundamente enamorada de él. Había roto todas las reglas del Haven por estar con su humano, por compartir con él sus últimos días de vida y finalmente acompañarlo al otro lado. Ara nunca había sido la misma desde entonces.

— ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? —preguntó directamente, el tacto nunca había sido lo suyo.

La fugaz mirada de dolor que vio en los ojos de ella hizo que le diesen ganas de volver a traer al cabrón de vuelta solo para matarlo de nuevo, no era justo que alguien tan dulce como Ara sufriera así.

—No entiendo porque te empeñas en recordar a ese inútil humano cuando ha sido el único que ha hecho que acabes aquí, aguantándome a mí —Continuó él, buscando el punto de ironía necesario para restar importancia al asunto—. Luc no debería haberte impuesto un castigo tan largo.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Sí, realmente eres como una enorme espina en mi culo la mayoría de las veces, Micha —respondió ella con pura ironía—. No sé que he podido ver en ti para seguir aquí, viendo tu patético rostro todos los días y oírte bufar sobre la inmundicia de la humanidad y lo inservibles que son sus vidas.

Él se rió, su risa una sensual cadencia musical que tenía a sus alumnas absolutamente enamoradas de él.

—Ese es el punto, mi querida caída, sus vidas son inservibles, no conseguirían hacer nada bueno con ellas ni aunque se lo pusieses por escrito —aseguró con mordacidad—.

Los humanos son de naturaleza patética, sus mujeres solo parecen servir para una cosa e incluso en eso, no son tan buenas como ellas creen.

Ara levantó la mano y le dio una palmada en la nuca.

—Estás ofendiéndome, señor solo pienso bien con la polla —ella lo apuntó con un dedo, entonces puso los brazos en jarra—. Estás comparando a las mujeres humanas con las calienta braguetas que tienes por alumnas y eso es patético, yo tengo amigas humanas y le dan mil vueltas a esas calentorras con las que te encierras en el armario de las escobas.

Micha frunció el ceño y apuntó lo obvio.

—No tenemos armario de las escobas, cielito.

Ara bufó. Había cosas que simplemente no iban a cambiar por más palabras

que utilizase y Michael era una de ellas. Amaba a su amigo como solo un ángel caído podía hacerlo, en él había encontrado un alma a fin en su tormento pero el dolor que aquejaba a Micha iba mucho más profundo que el suyo, tanto que el propio ángel había olvidado que seguía ahí, pero eso no quitaba que siguiese existiendo, comiéndole desde dentro. Echó un vistazo a sus alas, la oscura pureza de sus plumas la estremeció, entre los suyos él era uno de los más antiguos junto con ella misma y sus alas tenían el negro más brillante que indicaba que había llegado a un punto sin retorno. Los caídos antes o después llegaban a tener ese tono en sus alas, pero nunca tan rápidamente como lo había alcanzado Micha. Y como lo había alcanzado ella misma.

Para ella las alas negras no eran un símbolo de haber fallado a sus deberes, eran el crespón de luto que su alma llevaba por su amado, un recordatorio de que había sido capaz de amar, aunque solo fuera por unos pocos instantes. Micha no sabía que era el amor, ni siquiera creía en él y la idea de que ella hubiese amado a un humano le parecía absolutamente inconcebible.

Quizás fuera hora de demostrarle cuan equivocado estaba.

—Y deberías cuidar tus espaldas si piensas que esos seres inferiores saben siquiera el significado de la palabra amistad —continuó Micha sin darse cuenta el brillo que había prendido en los ojos de Ara—. Esas mujeres, te sacarán los ojos con las uñas antes de que te hayas dado cuenta siquiera y entonces sí que no me vengas llorando, mis advertencias solo surten efecto una vez, la única que las pronuncio.

Ara curvó sus labios en una concedora sonrisa.

—¿Sacarme los ojos con las uñas? —ella lo miró de arriba abajo—. Te equivocas de género, Micha, eso sin duda lo harían contigo.

Él arqueó una ceja en respuesta.

—No lo pongo en duda, pero me arrancarían la ropa... no los ojos —se rió él con un ligero y desinteresado encogimiento de hombros—. Pero para ello, debería estar interesado en alguna de esas insulsas humanas y no es el caso... se convierten en unas estúpidas balbuceantes después de una ronda en la cama.

Los ojos de Ara brillaron ante tan masculino comentario.

—Por una vez me hubiese gustado verte caer de rodillas ante una mujer — aseguró ella añadiendo una rápida explicación—, y no precisamente para estar a la altura de tus...expectativas con ella.

Él hizo rodar los ojos ante la simple sugerencia.

—Ninguna humana vale tanto como para que ensucie mis plumas —respondió con verdadero desinterés.

Ella se le quedó mirando fijamente y añadió con mucha suavidad.

—En mi caso si lo valió.

Micha se mordió una rápida maldición que brotó desde el fondo de su garganta, no era eso lo que él quería decir y Ara lo sabía perfectamente.

— ¿De veras? ¿Incluso cuando él murió en tus brazos y tuviste que acompañarle hasta su siguiente viaje? —Respondió lentamente, con una crudeza que no pensaba que utilizaría nunca con su amiga—. ¿Consideras eso algo que valió la pena?

Ara se puso rígida y apretando los dientes asintió con lentitud.

—Al menos yo sí sé lo que es el amor, pedazo idiota egoísta —le aseguró ella con rudeza—. Tú no lo reconocerías ni aunque fuera lo primero que vieses al despertarte cada mañana y lo último al acostarte cada noche. Lo único que haces es seducir, follar y largarte, no durarías ni una semana conviviendo con un humano cualquiera.

— ¿Crees conocerme tan bien como para poder asegurarlo?

Ara sacudió la cabeza y le apuntó con un dedo.

—Demuéstrame que estoy equivocada —respondió ella en abierto desafío—, y me haré cargo de tus alumnos durante una semana entera.

Micha frunció el ceño y la estudió durante un largo instante, haciendo que ella

sonriese todavía más y añadiese.

— ¿Dudas, Michael?

El ángel caído se enderezó en toda su altura, sus alas se extendieron a su espalda con un golpe de aire haciendo volar algunas plumas antes de volver a plegarlas asomando por encima de sus hombros.

—No dudo de mí, Ara, si no de tu buen sentido común el cual parece que acaba de esfumarse por completo —respondió él con un despreocupado encogimiento de hombros—. Sé perfectamente que ninguna humana en esta vida o en las siguientes podría llamar mi atención como para querer hacer algo más después de follarla... eso si llegase a darse el milagro de que me interesara hasta tal punto.

Ara se miró las perfectas uñas y luego a él.

—Mi sentido común está mejor que nunca —aseguró ella con una pacífica sonrisa—.

¿Qué hay de tu sentido de la aventura?

Micha entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—Que sean dos semanas de prácticas —respondió él con suficiencia—. Ninguna humana puede ser tan penosa como para soportar su presencia durante unos cuantos días.

Ella se mordió una ilusionada sonrisa.

—Ya que estás tan seguro de ti mismo, permíteme que añada una pequeña cláusula —pidió con estudiada inocencia—, te quedarás con la primera hembra a la que veas.

Él se echó a reír.

— ¿Pretendes que cuide de una anciana, un infante?

Ella sonrió en respuesta pero no respondió.

—Llegarás con la primera de las nieves y estarás obligado a regresar cuando la nieve empiece a derretirse —continuó ella marcando las pautas.

—Descartamos entonces la Antártida y Canadá, ¿uh?

—Y si te enamoras de ella... perderás.

—Ahora sí que estoy seguro que has enloquecido —aseguró Micha con una audible carcajada.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

— ¿Aceptas el trato?

Él sacudió la cabeza y se le quedó mirando, entonces empezó a caminar de un lado para otro.

—Déjame que lo resuma. Bajar con la primera nevada y regresar cuando la nieve empiece a derretirse, seducir a la primera humana con la que me tope... para no morirme de tedio mientras espero, siempre y cuando no sea una anciana o una menor, porque ni siquiera yo puedo caer tan bajo y absolutamente nada de enamorarse —enumeró mirándola a ella después de cada pausa—. Y así te demostraré lo patéticos que son los humanos, lo inservibles que resultan la mayor parte del tiempo. Oh, y tú te ocuparás de mis alumnos durante dos semanas.

Ahora fue el turno de ella de hacer una mueca.

— ¿Es realmente necesario? ¿Tus alumnos?

Micha sonrió de oreja a oreja. Los jóvenes caídos que llegaban a manos de Micha eran conocidos por acabar con la paciencia de cualquier otro mentor en la Academia de Ángeles Caídos, ya fuera por su rebeldía, ñoñería o la insistencia en llamar a sus mamás.

—Absolutamente —aseguró él con seguridad.

Él vio suspirar a Ara pero al final la ángel caída asintió y le tendió la mano.

—Acepto tus términos, Michael —aceptó ella, en su voz parecía haber un deje de resignación.

—Quizás debieras ir conociéndolos, muy pronto, serán todos tuyos —aseguró él estrechando su mano con la de ella en un firme apretón.

Ella sacudió la cabeza y bajando el tono de voz y mirándolo a los ojos le recordó.

—No te enamores, Micha —le recordó la más importante de las cláusulas—. Si lo haces, perderás.

—Oh, pequeña, en el Infierno empezará a hacer frío cuando eso ocurra.

CAPÍTULO 1

La vida de una bibliotecaria en el anónimo pueblo de Baldacci en el estado de Maine podía llegar a convertirse en un verdadero aburrimiento si no encontrabas algo en que entretener tus días y para Snow Patterson aquello se había convertido en su ordenador portátil y las extrañas ideas que pasaban a toda velocidad por su cabeza y aún más rápidamente en la hoja en blanco de su ordenador. Si la vida de una bibliotecaria era aburrida, la de una escritora en ciernes era todo un mundo de posibilidades, posibilidades que deberían convertirse en remuneración económica para su bolsillo si tan siquiera pudiera conseguir que alguna editorial se interesara por sus escritos, y quizás las editoriales se interesaran si ella encontrase la valentía suficiente para enviarlos.

Snow deslizó rápidamente los dedos por el teclado, su mirada fija en la pantalla del ordenador, en la hoja en blanco que poco a poco se iba llenando con sus palabras, la espalda empezaba a dolerle por el tiempo que había pasado en aquella posición, las galletas de mantequilla y naranja de alguna marca escocesa que había conseguido milagrosamente en la tienda del pueblo descansaban a medio comer a un lado del viejo escritorio cubierto por libros,

registros y más papeleo del que una biblioteca pública en un pequeño pueblo como aquel debiera tener.

Dejó de teclear por un segundo y suspiró leyendo rápidamente lo que acababa de escribir, había algo en aquel nuevo libro que no acababa de cuajar, había escrito aquella escena como diez veces y todavía seguía sin encontrarle sentido o quizás el que no tenía sentido era el satírico humor del protagonista.

El reloj de la sala de lectura empezó a sonar, Snow echó un vistazo al suyo de pulsera y suspiró, no eran más que las seis menos cinco, el estúpido reloj seguía atrasándose y por más que intentaba ponerlo en hora no había forma en que funcionase. Se desazonó echándose hacia atrás en su gastada silla, la tapicería había sufrido por el volcado de café, té e incluso mermelada y con todo seguía resistente, descolorida, pero resistente.

—Necesito terminar este capítulo —murmuró mientras apretaba la tecla de guardar en el ordenador—. Vamos, vamos... solo un poco más... una página más y seré feliz.

Pero la inspiración parecía esquiva a aquella hora de la tarde y Snow se conocía lo suficientemente bien para saber que pasar más tiempo delante de la pantalla esforzándose en algo que no quería salir no solo sería una pérdida de tiempo si no un auténtico dolor de cabeza y no tenía tiempo para eso, no cuando le había prometido a su amiga Arabel acoger a su hermano durante unos días en su pequeña casa.

Había conocido a Arabel en uno de los foros de lectura que frecuentaba en la red, un día estaban chateando y al siguiente se habían reunido en una cafetería para conocerse y charlar largo y tendido de su pasión, la novela romántica. Desde aquel momento se habían convertido en amigas, una amistad que duraba ya cinco años y si bien no se veían muy a menudo, sí se mantenían en contacto por teléfono y por e-mail. En una de sus últimas llamadas, Arabel le había pedido de favor si podía alojar a su hermano durante unos días en su casa, para Snow había sido realmente una sorpresa el saber que Arabel tenía un hermano, ella había insistido en que habían hablado a menudo de él y sabiéndose lo olvidadiza y despistada que era con todo, se había encogido graciosamente de hombros y sin saber todavía como, había acabado accediendo a alojar al desconocido hermano de su amiga en su hogar. Snow

había intentado sacarle a Arabel toda la información posible sobre su pariente quien al parecer necesitaba tomarse unos días de tranquilidad lejos de sus alumnos _ya que era profesor_ y de las mujeres en general. Según su amiga estaba un poco harto de las aventuras de una noche, de las mujeres que veían solamente su apostura, así que buscaba un momento de paz y retiro. Ella le había asegurado que estaría totalmente a salvo, pues su preferencia eran las mujeres altas y exuberantes, de cabello rubio y largo y de pechos grandes, es decir todo lo contrario a Snow, quien no sobrepasaba el metro sesenta y tres, era ligeramente rellenita, se decantaba por la ropa cómoda y había relegado el maquillaje a aplicarse máscara y lápiz labial una sola vez al año, por la época de Halloween cuando sabía que sus infructuosos intentos por parecer un poco más hermosa irían acorde con el tono oscuro y festivo de la noche.

Un nuevo suspiro escapó de sus labios cuando volvió la mirada hacia una de las ventanas, esta se había condensado por el calor de la estufa de aceite que utilizaba para calentar su pequeña oficina en obvio contraste con el frío de fuera. Se levantó de la silla y rodeó el escritorio para acercarse al cristal en el que ya estaban pegados los adhesivos de navidad, un pequeño Santa Claus sentado en un trineo tirado por renos y una verdosa guirnalda con cintas rojas y doradas. Tal y como había predicho el hombre del tiempo aquella misma mañana en la cadena local, se acercaba un frente frío a la zona noroeste de los Estados Unidos que dejaría fuertes nevadas, a juzgar por el tono azul grisáceo del cielo y los pequeños copos que empezaban a volar ya por el aire, no tardaría nada.

Estremeciéndose ante la perspectiva de tener que coger el coche y conducir los próximos días por la estrecha carretera que llevaba a su casa en las afueras del pueblo dio la espalda a la ventana y volvió hacia su ordenador para guardar el trabajo que acababa de realizar en la carpeta correspondiente y recoger un poco el desorden sobre su mesa antes cruzar el pueblo hasta la pequeña estación de autobuses a donde llegaría el hermano de Arabel. Snow esperaba poder reconocerlo por las indicaciones que le había dado su amiga, después de todo no creía que existieran muchos hombres de más de un metro noventa sueltos por el mundo, o mejor dicho, por aquella parte del mundo.

—Estás loca, Snow —se repitió a si misma por enésima vez—, solo a ti se te ocurre dar cobijo a un tío raro como ese y en navidad.

Aquello fuera lo que más le había extrañado de todo, cualquiera pensaría que los hermanos querrían pasar las navidades juntos pero entonces, otra vez, la respuesta de Arabel la había sorprendido: “Michael no siente demasiado aprecio por la navidad y te confieso que yo tampoco”.

Bien, un hombre de más de metro noventa y que no le gustaba la navidad. Sí, sin duda la cosa iba mejorando.

Snow sacudió la cabeza y empezó a recoger sus cosas cuando oyó la campanilla de la puerta de la entrada. Volvió a consultar el reloj y frunció el ceño.

—No puedo creer que haya alguien dispuesto a abandonar el calorcillo de su hogar para devolver un libro a la biblioteca —murmuró apagando su ordenador al tiempo que alzaba la voz—. Ya voy.

Micha miró a su alrededor con incredulidad. ¡La muy zorra lo había vuelto a hacer!

No bien había estrechado su mano para cerrar el pacto, ella le había deseado un buen viaje y lo próximo que supo es que estaba de pie delante de las puertas de aquel viejo edificio de ladrillo, mientras el cielo encapotado empezaba a dejar caer la nieve. Sus ojos verdes se entrecerraron, con mucha lentitud empezó a examinar sus alrededores descubriendo lo que parecía ser un pequeño pueblo humano situado en alguna parte del noroeste de los Estados Unidos a juzgar por el estilo de las construcciones y los carteles y decoraciones navideñas que adornaban las casas.

Micha echó un rápido vistazo a su espalda, comprobando que sus alas negras estaban ocultas, a simple vista, cualquiera que lo viese lo confundiría con uno de los muchos insulsos humanos que poblaban esa región. Que amarga ironía. Pero lo importante no era quien lo viese a él, si no la primera mujer con la que él se topase, si tenía que hacer aquella estupidez y demostrarle a Ara que nada de lo que hiciese iba a hacerle cambiar su opinión sobre los humanos al menos podía encontrarse con alguien agradable a la vista o al menos tolerante. El edificio de ladrillo que había ante él parecía ser la mejor de las opciones, había luz en su interior y cuando lo estaba estudiando vio una silueta reflejándose contra una de las ventanas. Desde aquella distancia no podía

asegurar si era una mujer o algún niño asomándose, pero cualquier opción parecía mejor que estar allí fuera parado mientras empezaba a nevar.

Echando un último vistazo a su alrededor, echó a andar por la calle hasta los tres peldaños que llevaban a la puerta principal, en uno de los laterales, cobijado dentro de un panel de cristal había un papel que identificaba aquel edificio como:

—Biblioteca Municipal de Baldacci —leyó, y bajo este venía el horario de apertura—.

No es un Centro Comercial, pero tendrá que servir.

Un inesperado tintineo sonó sobre su cabeza cuando empujó la puerta para entrar, alzando la mirada vio la campanilla de latón unida a la puerta con algún mecanismo y que sonaba cuando esta se abría y se cerraba.

Micha dejó que se cerrase a sus espaldas con cierta desconfianza y se adelantó, su mirada escaneando todo con mucha atención, como si esperase que de un momento a otro saliese alguien o algo de algún lugar y le saltase encima para atacarle. El interior era una amplia sala, dividida por secciones que parecían estar separadas por tabiques y estanterías de libros por doquier, frente a él se encontraba un pequeño mostrador sobre el que descansaba un antiguo timbre y un pequeño letrero de latón con las letras gastadas donde todavía podía leerse “Recepción”. El agradable calor del interior era un claro contraste contra el frío helado que empezaba a formarse en el exterior con la llegada de la nieve.

— ¡Ya voy!

La voz femenina llegó desde algún lugar de la sala, a ella le siguieron varios golpes un par de maldiciones y el ruido de apresurados pasos antes de que ella apareciese en su campo de visión. O más que ella, debería haber dicho “eso”.

Era bajita, en realidad dudaba que le llegase siquiera a mitad del pecho y estaba envuelta en una especie de chaqueta roja con _ ¿renos de nariz roja? _ que a simple vista parecía tres tallas más grande que ella, dos tupidas trenzas adornadas al final con sendos lazos caían por debajo de sus hombros y su

pequeño y ovalado rostro estaba oculto tras unas gafas bastante pasadas de moda que le daban un aspecto ratonil y aburrido.

Esta era la primera mujer que había visto nada más llegar, aquella con la que se vería obligado a compartir su tiempo hasta que la nieve se derritiera y de la que nada en el mundo podría hacer que se enamorara.

—Oh... se suponía que no llegarías hasta dentro de dos horas... —la oyó decir, sus ojos realmente enormes tras esas horribles gafas, parecía sorprendida por algo—. Tu hermana comentó que tu vuelo llegaría sobre las 7 y que te llevaría todavía una hora larga llegar hasta aquí —su mirada pasó más allá de él mirando el suelo a sus pies y detrás de él—. ¿Um? ¿Tus maletas? ¿Las dejaste en la entrada? Deberías meterlas para dentro, no es que este pueblo sea peligroso, desde luego a mí nunca me han robado pero nunca se sabe, pero el tiempo se está poniendo bastante inestable...

¿Tendría interruptor de apagado? Se preguntó Micha frunciendo el ceño. La chica parloteaba y parloteaba y no tenía la menor idea de que estaba diciendo, parecía que estaba esperando al hermano de alguien y lo había confundido a él con ese inservible humano.

—Arabel dijo que te quedarías solo cuatro o cinco días —continuó ella, su nerviosismo empezaba a afectarlo a él también hasta que reparó en el nombre que ella había pronunciado—, espero que no te moleste dormir en mi estudio, he vaciado la habitación y...

— ¿Arabel? —preguntó en voz alta.

Ella dio un respingo al oír el profundo y sensual tono en su voz.

—Sí... —respondió ella con creciente nerviosismo, tomando nota lentamente de su altura, su pelo largo y negro por encima de los hombros que llevaba medio recogido y los profundos ojos verdes, todo en él casaba con la descripción que le había dado su amiga—.

Arabel Soul... es tu hermana, ¿no? Tú eres... Michael.

—Micha —la corrigió él y asintió con la cabeza.

Micha se adelantó un par de pasos para observarla más de cerca y notó como ella se tensaba e incluso daba un paso atrás.

—Así que... ¿Ara te avisó de mi llegada?

La chica se tensó aún más para fastidio de Micha. Los humanos eran unas criaturas tan cobardes y estúpidas.

—Si eres Michael y tu hermana es una devoradora de libros de nombre Arabel — dios, deja que lo sea, se encontró rogando Snow cada vez más nerviosa, soy demasiado joven todavía como para morir por mi estupidez—. Sí.

Él se acercaba un paso por cada uno que ella retrocedía.

—En realidad es Mi-sha-el —pronunció él suavemente, como si su lengua envolviera las sílabas—. Y sí, una de mis hermanas es Ara.

— ¿Es que tienes más de una? —se encontró preguntando ella.

Él sonrió de medio lado, en realidad tenía más hermanos y hermanas de los que podía contar, si con familia se refería a todos los ángeles caídos que había en la actualidad.

—Podría decirse que sí —continuó él.

Snow llegó a un punto en que ya no pudo retroceder más, su espalda chocó con una de las muchas estanterías de libros que llenaban la sala y el nerviosismo dio paso al completo miedo. ¿Qué en nombre de dios, la había llevado a acceder a dar posada a un completo desconocido? Peor aún, ¿Y si este hombre de casi dos metros, vestido completamente de negro y con el rostro y la voz más sexy que había visto y oído jamás resultaba ser un asesino en serie y no el hermano mujeriego de su amiga? Mil y una posibilidades rondaban en su mente mientras sus ojos se clavaban en él y lo veía torcer los labios en una sonrisa devastadora que al mismo tiempo tenía un tinte de pura decadencia, su espalda quedó tan aplastada contra la estantería que juraría que algunos de los títulos de los libros quedarían impresos en su piel, sus manos manotearon el aire antes de encontrar a donde agarrarse.

— ¿Podría? Eso no me parece un sí o un no... tú sabes... una respuesta tan ambigua puede dar lugar a equivocaciones y en este momento, preferiría una respuesta directa y concisa, porque sabes, estoy a nada de que me dé un paro cardíaco y no es para que te compadezcas de mí y no me hagas pedacitos, porque dios sabe que no tienes aspecto de asesino en serie, el negro te queda espléndidamente, realza el tono verde de tus ojos, unos ojos impresionantes por cierto —Snow hablaba y hablaba sin darse verdadera cuenta de lo que estaba diciendo, su mano derecha había notado algo metálico bajo la yema de sus dedos y se afanaba frenéticamente en llegar a él y asirlo con fuerza—, y no se parecen en nada a los ojos de un asesino... pero claro, tampoco se parecen a los de tu hermana y...

—Calla —fue una orden, seca y precisa que la hizo cerrar la boca al instante. Él suspiró agradecido—. Eso está mejor.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo está —negó ella con energía.

Solo vio un destello brillante apenas un instante antes de que algo afilado se clavara con fuerza en su hombro izquierdo provocándole un ramalazo de dolor y la pequeña humana, envuelta en aquella cosa roja, saliera corriendo a una velocidad realmente impresionante para un humano en dirección a la puerta por la que él había entrado. La pequeña bola de color rojo tropezó con sus propios pies antes de llegar siquiera al umbral de la puerta cayendo cuan larga era en el suelo con un sonoro golpe, su rostro pareció llevarse la peor parte a juzgar por el sonido de chasquido y el seguido alarido por parte de ella antes de quedarse absolutamente inmóvil en el suelo. Micha bajó entonces la mirada hacia su hombro de donde sobresalía la empuñadura de un pequeño abre cartas en forma de espada, incrédulo miró aquel trozo de metal que había desgarrado su carne y empapado la camisa de sangre y luego a la causante de tal proeza, la cual seguía tirada en el suelo, ahora con ambas manos a la altura del rostro.

Sus alas se desplegaron por sí solas ante el agudo dolor que le ocasionó extraer el objeto enterrado en su hombro desgarrando la parte de atrás de su camiseta y chaqueta de cuero, por poco no había acertado con la articulación de su ala izquierda. Se llevó la mano a la herida e hizo presión, deteniendo el

flujo de sangre al tiempo que cerraba los ojos y musitaba unas cuantas palabras en un idioma antiguo. La sangre dejó de manar y el dolor se convirtió en una sorda molestia pero no desaparecieron por completo como debería haber ocurrido.

Tal parecía que sus poderes en la Tierra también habían mermado.

—Eso ha sido un movimiento muy estúpido de tu parte, pequeña humana — murmuró él tirando el abrecartas al suelo, el ruido reverberó por la solitaria biblioteca.

Ella se encogió en el suelo, volviéndose hacia él con los ojos llenos de miedo e inundados de lágrimas, sus manos unidas por encima de la nariz y un pequeño hilillo de sangre bajando por debajo de ellas y cayendo desde su barbilla. Su miedo quedó eclipsado momentáneamente por la sorpresa cuando vio las enormes alas negras totalmente desplegadas a la espalda del asesino, apretó los ojos con fuerza y volvió a abrirlos solo para comprobar que las alas seguían allí y que estaban compuestas con lo que parecían unas sedosas y negras plumas.

— ¿Quién... qué... eres tú? — consiguió balbucear. Sus manos dejando su nariz, la estaba ligeramente hinchada y empezaba a ponerse de un tono morado en la parte superior del puente, la sangre que había visto manchando su barbilla embadurnaba por completo sus fosas nasales y sus labios. Ella intentó retroceder arrastrándose por el suelo, su mirada era de absoluto terror mezclado con una buena dosis de incredulidad, su corazón latía a tal velocidad que estaba segura que antes o después se le saldría del pecho—. ¿Qué... qué eres? ¡Oh, dios mío! ¿Quién eres tú?

Él caminó directamente hacia ella, quien se desesperó al mismo tiempo por poner tanta distancia como podía entre los dos.

—No... ¡No me toques! ¡Déjame!

Micha dejó escapar una maldición cuando ella consiguió ponerse en pie y se giró dispuesta a salir corriendo de nuevo, pero esta vez no llegó muy lejos cuando uno de los fuertes y musculosos brazos de él la rodearon por la cintura levantándola en vilo para detener su huída.

—Para quieta —le susurró él al oído, haciendo que se quedara totalmente inmóvil a no ser por el involuntario temblor de su cuerpo—. Ese jueguito tuyo te va a salir muy caro.

—Lo siento —susurró ella en un hilo de voz, su tono de absoluto terror—. Lo siento mucho.

—Un poquito tarde para eso, pequeña humana —le aseguró girándola en sus brazos para tenerla frente a frente. Sin las horribles gafas cubriendo unos ojos de un tono azul violáceo y con las manchas de sangre embadurnando su cara, su aspecto no mejoraba demasiado a juicio de Micha.

— ¿Vas a matarme? ¿A cortarme pedacitos y enterrarme en el jardín? — respondió ella con unos enormes lagrimones deslizándose por sus sonrojadas mejillas.

Micha solo sonrió con esa fiera mueca que hacía que sus alumnos prefirieran estar en cualquier sitio menos en su presencia y ella se acurrucó un poco más, intentando hacerse más pequeña entre sus poderos brazos. Sus ojos violetas volaron nuevamente hasta clavarse en las alas que se arqueaban a su espalda por encima de sus hombros y finalmente se movieron a los de él.

—Tienes alas —murmuró en voz tan baja que era apenas un susurro.

—Ajá.

—Negras —insistió.

—Eso parece —respondió mirando sobre su hombro.

— ¿Plumas?

—La última vez que lo comprobé, lo eran.

—Alas negras —repitió ella atónita.

— ¿Estás sorda o te cuesta asimilar las cosas? —Le soltó él sin más—. Sí son alas, sí son negras y sí son mías.

Ella frunció el ceño solo para dejar escapar un lloro de dolor y llevarse a duras penas las manos a la nariz.

—Me la he roto... me he roto la nariz... tienes alas negras... y me he roto la nariz —se echó a llorar ella en sus brazos, la sangre había dejado de manar pero le manchaba la parte de abajo del rostro y las manos, así como la horrible chaqueta de lana.

Micha puso los ojos en blanco un instante antes de aferrarla bien con un brazo y utilizar el otro para levantarle la cara y examinar el daño, con una gentileza que no pensó que tenía para con ningún humano y menos para esta loca, le cubrió la nariz con la mano y recitó las mismas palabras que utilizó en su herida.

Snow se encogió esperando que él le hiciera daño, con lo que no estaba preparada para el calor que la recorrió por entero, centrándose en la dolorosa palpitación que sentía en la nariz hasta que esta empezó a disminuir así como la sensación de hinchazón. En pocos instantes el dolor se había ido del todo.

Ella se llevó lentamente la mano a la nariz cuando él apartó la suya, palpándosela con sumo cuidado esperando recibir un nuevo ramalazo de dolor, pero allí solo permanecía una pequeña molestia. Alzó la mirada hacia él y lo vio frunciendo el ceño en un gesto de dolor antes de sentir como el brazo que la sostenía se aflojaba y se llevaba nuevamente la mano al lugar en el que ella lo había apuñadado.

—Joder —lo oyó mascullar—. Mierda, mierda, mierda.

Snow se quedó mirando a aquel hombre de más de metro noventa, con el pelo parcialmente recogido en la nuca, vestido de cuero negro y unas enormes alas negras que se veían bastante reales a la espalda. Si no supiera que era imposible diría que era:

—Eres un... ángel caído.

Micha la miró e inclinó ligeramente la cabeza en una breve reverencia.

—Después de todo, puede que no seas tan tonta.

CAPÍTULO 2

Snow se quedó mirando al hombre que estaba sentado sin camiseta en la silla de su escritorio, su espalda era absolutamente lisa y un poco bronceada y no había rastro alguno de las enormes alas negras que había exhibido hacía menos de una hora cuando lo había apuñalado pensando que se trataba de un asesino o un ladrón.

— ¿Sería mucho pedir que acabases de una vez? —Le dijo él, dedicándole una de sus cortantes miradas—. Por más que mires mi espalda, no van a crecerme alas.

Ella lo miró y frunció el ceño.

— ¿Haces chistes a costa de ti mismo? —respondió ella terminando de cubrir la herida que ella misma le había hecho con unas gasas y un poco de esparadrapo.

Micha dejó que sus labios se extendieran lentamente en una parodia de sonrisa.

—Si los encontrara graciosos, quizás lo hiciera —le respondió observando como ella aseguraba la gasa, para finalmente apartar sus dedos y comprobar él mismo que el trabajo estaba a su gusto antes de levantarse y coger su camiseta destrozada y manchada de sangre de encima de la mesa. Al verla hizo una mueca—. Esto va a ser un problema.

Snow guardó las cosas de regreso en el botiquín y se miró nuevamente en el pequeño espejo de mano para cerciorarse de que no quedaba rastro de la sangre que le había bañado la cara y que ahora se pegaba reseca en su chaqueta de lana.

—Gracias por... esto —murmuró señalando su nariz.

Micha la miró con desinterés.

— ¿Siempre eres tan torpe como para tropezar con tus propios pies?

Ella se tensó, ese tío podía ser un ángel, pero también era un auténtico capullo.

—Solo cuando un tío que finge ser el hermano de mi amiga, entra en la biblioteca e intenta asustarme de muerte —respondió ella con la misma ironía antes de jadear quedándose sin aire y volverse blanca y buscar como loca el reloj de pulsera que había tenido que quitarse por encima de la mesa—. ¡Oh, dios! ¡Michael! Aranel va a matarme, tenía que haber recogido a su hermano hace media hora.

Él resopló y extendió una mano haciendo que la puerta se cerrara de golpe cuando la vio salir disparada hacia ella. Snow frenó en seco y se volvió hacia él con cara de pocos amigos.

— ¡Ey! No puedes hacer eso.

— ¿Apostamos? —Le respondió y tiró la camiseta ensangrentada a la papelera para luego apoyar la cadera contra el escritorio y cruzarse de brazos—. No tengas tanta prisa, algo me dice que acabarías perdiendo el tiempo.

Snow negó con la cabeza.

—El hermano de mi amiga, con el que te confundí, llegaba en el autobús de hace media hora.

Micha desechó su protesta y la miró.

—Esa amiga tuya, Arabel —dijo, imprimiendo en el nombre una gran carga de ironía—. ¿La conoces en persona?

Ella lo miró de reojo, escudriñándole con la mirada.

— ¿Qué importancia puede tener eso para ti?

Micha alzó las manos al cielo y resopló.

—Diablos, ¿Tan difícil es que respondas directamente a una pregunta?

Snow se cruzó de brazos y se mantuvo en el lugar, sus llenos labios rosados apretados en un enfurruñado mohín.

—Mira humana...

—Snow.

— ¿Qué tiene que ver la nieve con esto? —respondió él sin entender.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mi nombre, genio —le respondió ella sacudiendo la cabeza—. Me llamo Snow, no humana.

— ¿Snow? ¿Te llamas Nieve? —parecía realmente incrédulo. Su brillante e intensa mirada verde la recorrió de arriba abajo e hizo un gesto de disgusto—. No te parecen en nada a la nieve.

—Mira por donde, tú si te pareces a un auténtico gilipollas, cosa de alas negras.

—La palabra que estarías buscando sería ángel caído, humana —ignorando sus protestas volvió a centrarse en lo que le interesaba—. Volvamos a lo nuestro. Ara. ¿Conoces a una mujer un poco más baja que yo, pelo castaño y ondulado más o menos por encima de los senos, ojos azul claro y un lunar encima del labio?

La sorpresa que Micha leyó en el rostro de Snow fue suficiente respuesta para él.

—Eso me parecía. —respondió él alzando la mirada hacia el techo al tiempo que farfullaba algo en un idioma que ella no entendió, aunque por su tono era obvio que no era nada agradable—. Tal parece que esa zorra caída lo tenía todo preparado.

Snow negó con la cabeza, sus pasos volvieron a acercarla nuevamente hasta la mesa.

— ¿Cómo es que conoces a Arabel? ¿Eres de veras su hermano?

Micha la miró como si la chica fuera estúpida y no fuera capaz de sumar dos y dos.

—Tu Arabel, es Ara, una de las ángeles caídos más antigua de mi comunidad y no somos hermanos en el sentido bíblico de la palabra, pero podría decirse que somos lo más parecido a eso dentro de nuestra jerarquía —respondió él.

Snow se dejó caer en su asiento del otro lado del escritorio.

—Entonces ella es como tú —musitó, frunciendo el ceño se volvió hacia él—. ¿Sus alas también son negras?

Micha la miró por debajo de sus pestañas.

— ¿Qué parte de Ángel Caído no has entendido? —le soltó antes de señalar a su alrededor—. Viendo donde pasas el tiempo, cualquiera pensaría que podrías haber leído algo sobre el tema.

—Disculpa si nunca me han interesado del todo los temas teológicos —respondió ella con ironía.

—Disculpas aceptadas —contestó Micha dejándola absolutamente anonadada—.

Ambos somos ángeles caídos, nuestras alas se vuelven negras después de un tiempo. Del blanco pasamos a un rápido gris y de ahí decrecemos hasta el negro más puro, el cual solo lo tenemos Ara y yo mismo.

Snow se echó hacia delante y posó las manos sobre la parte de arriba del escritorio.

— ¿Y por qué el cambio de color? ¿Tiene algo que ver con que ya no seáis... puros?

— ¿Tú vienes a pilas o con batería? —Le soltó él con hastío—. No haces más que hablar, hablar y hablar.

Ella abrió la boca para replicar pero volvió a cerrarla.

—Adiós, angelito —le soltó ella indicándole la puerta con un gesto de la mano—. Ya sabes dónde está la salida.

Los labios de Micha se curvaron en una enigmática sonrisa.

—Temo que te resultará un poquito más difícil librarte de mí, querida —le aseguró con diversión—. Con todas las preguntas que salen de tu boquita y se te ha olvidado pronunciar la más importante de todas.

— ¿Cómo se mata a un ángel caído gilipollas? —sugirió ella con ironía.

Él se rió, un sonido rico y oscuro que la hizo estremecer.

—Te concederé eso, humana —aseguró con diversión entonces añadió—. Pero la pregunta realmente importante es, ¿Por qué estoy aquí?

Snow se limitó a observarle a ver si continuaba.

— ¿Y eso sería? —decidió preguntar al fin.

—Para ganar una apuesta —respondió mirando a la chica de arriba abajo y sonriendo todavía más—. Y viéndote sé que no me llevará ningún esfuerzo conseguirlo.

Ella frunció el ceño y lo miró con recelo.

— ¿De qué trata exactamente la apuesta? Si estás pensando en llevarte mi alma, ya estás buscando a otra.

Micha puso los ojos en blanco y resopló.

—Ves demasiada televisión, humana.

—Como si tú supieras que es eso —refunfuñó ella.

Micha ignoró su respuesta y continuó como si no la hubiese oído.

—Me temo que tendrás que soportarme hasta que deje de nevar —respondió mirando por la ventana para luego volverse a ella y echarle un nuevo vistazo por encima del hombro—. Me iré tan pronto como la nieve empiece a derretirse.

Snow frunció el ceño y se inclinó para mirar también hacia la ventana desde su sitio.

— ¿Es broma, no? —le respondió ella mirando de nuevo a Micha.

—Tú fuiste la primera hembra con la que me he cruzado, así que, te ha tocado.

— ¿Qué me quieres decir con eso?

Micha la miró de arriba abajo e hizo un gesto de disgusto con la cara.

—Va a ser un problema entretenerme mientras tanto —continuó como si no la hubiese escuchada—, sería mucho más agradable si fueses un poco más alta, menos rellenita y tu rostro pareciera otra cosa que simplemente... el de un ratón.

Ella se quedó literalmente con la boca abierta. ¡Ese hijo de puta acababa de menospreciarla delante de sus mismísimas narices!

—No me supondrá ningún esfuerzo ignorarte, el enamorarse de ti tendría que ser el mayor de todos los milagros que hubiese presenciado —aseguró él con una jocosa sonrisa, estaba realmente encantado con su suerte.

Snow se obligó a cerrar la boca y respirar profundamente, su mano se había cerrado con fuerza encima del pesado pisa papeles en forma de la estatuilla de un león al acecho.

Sus nudillos llegaron a ponerse blancos mientras ella apretaba con fuerza el pisa papeles y contaba mentalmente hasta cien, ningún número por debajo de aquello le valdría a la hora de no desplumar al hijo de puta que tenía ahora mismo paseándose por su oficina. ¡El muy imbécil se había atrevido a despreciarla allí mismo, dos veces!

Hubo un tiempo en el que sus palabras la habrían herido realmente, hasta el

punto de llevarla a cometer alguna estupidez, pero ya no era aquella ingenua e insegura chiquilla y hacía mucho tiempo que se había vuelto perfectamente consciente de su físico y de que no resultaba atractiva a los hombres, de hecho, su última cita se lo había dejado claro de la manera más clara posible.

Maldito bastardo.

Ya había alcanzado la cifra de cincuenta y seguía con ganas de lanzarle la endemoniada figura a ese mutante descerebrado.

—Ve poniendo el freno a tu lengua, Señor Simpatía —farfulló ella entre los dientes apretados, si sus ojos tuviesen visión de rayos X, en ese momento ya lo habría partido por la mitad y estaría riéndose y bailando como una neurótica sobre su sangre— y volvamos hacia atrás.

Micha arqueó sus elegantes cejas al ver la mirada brillante que asomaba tras las feas gafas, la mano derecha de la chica estaba aferrada fuertemente a una figura de lo que parecía ser un león y la otra clavaba las uñas en la madera. ¿Um? ¿Enfadada?

— ¿Te he ofendido? —Sugirió él con absoluta inocencia y como si ella le hubiese dado una respuesta afirmativa, asintió—. Tendrás que disculparme ahora tú a mí, en realidad ni siquiera quiero estar aquí, los humanos no me gustáis y preferiría estar pasando mi tiempo haciendo cualquier otra cosa, pero como te he dicho, estoy atascado aquí hasta nuevo aviso. Ara debe haber pensado que si pasaba tiempo contigo, mi opinión cambiaría, pero ha elegido muy mal el cebo con el que engancharme.

—Una sola palabra más y voy a verte congelar tu puto culo en la calle —le aseguró ella entre dientes.

Snow cerró los ojos con fuerza y se levantó de golpe, sus ojos brillaban amenazadores cuando lo señaló con un dedo y le siseó como una serpiente venenosa.

—No se te ocurra moverte de aquí, ahora mismo vuelvo.

Micha la siguió con la mirada, sobresaltándose por el portazo que pegó al

salir de la oficina, seguido por el fuerte tintinear de la campana de la puerta principal poco después, sus labios empezaron a estirarse en una divertida sonrisa y caminó hacia el escritorio en donde ella había estado sentada. El lugar guardaba un peculiar aroma a flores salvajes que iba bastante acorde con la peculiar humana, un nuevo golpe, esta vez procedente desde fuera captó su atención.

Un cubo de basura de color plateado había caído al suelo y alguien le estaba dando una buena paliza, movido por la curiosidad, se acercó a la ventana decorada con una pegatina de Santa Claus y limpió la condensación para poder mirar hacia fuera. La nieve que había empezado a caer con su llegada se había hecho más espesa e incluso se había levantado un poco de viento, a unos dos o tres metros de su posición apareció rodando el cubo de basura seguido por un enfurecido demonio rojo que gritaba y alzaba las manos con furia mientras volvía el rostro hacia la nieve que caía, sus pequeñas piernas se estaban entreteniendo en darle una nueva paliza al pobre cubo, el cual después de este asalto dudaba que sirviese para algo más que para chatarra.

Entonces aquella cosa de rojo falló su siguiente patada y el impulso la hizo caer de espalda quedándose espatarrada en el suelo, el vapor escapando en volutas de humo de su boca abierta mientras se esforzaba por respirar, sus brazos permanecieron abiertos a los costados mientras la nieve caía sobre ella, porque eso es lo que era, una mujer, la misma humana estúpida que había salido de manera intempestiva del edificio.

Micha observó como ella se incorporaba hasta permanecer sentada, las delgadas trenzas cayendo a ambos lados de su rostro mientras sus pequeñas manos empezaban a aporrear el suelo nevado a su alrededor.

Sacudiendo la cabeza y estremeciéndose ante la perspectiva de salir al exterior, bajo aquella insistente nieve y sin camisa, suspiró y atravesó la pared como si nunca hubiese estado ahí.

Él hizo una mueca nada más sintió la mordedura del frío sobre su piel, los copos de nieve caían sobre él prendiéndose en su pelo como si quisieran quedarse allí para siempre, la chica ni siquiera parecía haberse dado cuenta de su presencia pues estaba demasiado ocupada llorando.

Su mirada cayó en el cubo de basura totalmente abollado e hizo una mueca antes de mirarla a ella. Pues sí que tenía genio.

—Espero que el cubo estuviese asegurado, le has dado la paliza de su vida — comentó Micha a su espalda.

Ella dio un respingo y dejó de llorar, o al menos lo intentó, ni siquiera se volvió a él mientras balbuceaba entre hipidos.

—Te... te dije... que... te... te quedaras... te quedaras... ¡dentro! —lloriqueó ella.

Micha miró a su alrededor, pero la cortina de nieve empezaba a hacer ligeramente difícil ver nada un poco más allá de unos metros. La nieve estaba cayendo con una velocidad inusual, no habían pasado tantas horas como para que el suelo estuviese tan cubierto.

—En realidad dijiste que no se me ocurriera moverme, que ahora volvías — respondió rodeándola hasta quedar frente a ella.

Las gafas habían volado de su rostro dejando sus enormes y oscuros ojos violeta anegados de lágrimas, sus mejillas rojas y nuevamente había un hilillo de sangre manando de una de sus fosas nasales. Chasqueando la lengua, la cogió de la barbilla y le obligó a levantar el rostro para fastidio de ella.

— ¡No me toques! ¡Aléjate de mí! ¡Déjame en paz de una maldita vez! ¡Te odio! — acabó por echarse a llorar nuevamente.

Micha suspiró y se obligó a levantar el lloroso fardo del suelo, para su sorpresa ella no era nada pesada, incluso apostaría a que todo aquel envoltorio no eran más que una capa de ropa sobre otra.

—Estás sangrando de nuevo —murmuró vacilando sin saber muy bien qué hacer con ella ahora que la había recogido del suelo. Seguía llorando y había escondido su helado rostro contra su desnudo pecho una sensación que no le resultó tan desagradable como había pensado en un principio—. El frío de aquí fuera no es bueno para el porrazo que te has dado, mis dones no están a plena capacidad así que deberías tener más cuidado.

Ella se echó a llorar aún más fuerte y él suspiró, se volvió hacia la pared por la que había salido y la miró con resignación, él podría volver a atravesarla sin problemas, pero ella se llevaría el golpe del siglo así que no le quedó más opción que volver a hacer el mismo recorrido que a su llegada para volver a llevarla a dentro.

Snow quería meterse debajo de una piedra y no volver a salir hasta por lo menos el fin de los tiempos, al menos así no tendría que enfrentarse a la tremenda estupidez que acababa de hacer. ¿Cómo podía haber perdido los papeles de tal forma? ¡La había emprendido a patadas con el cubo de basura hasta convertirlo en un amasijo de chatarra que no serviría ni de escultura! ¡Cualquiera del pueblo habría podido verla! Pero demonios, había sido eso o lanzarle directamente a la cabeza el pisapapeles, que con su suerte se le habría escapado de las manos y le habría caído en un pie provocándole seguramente alguna fractura en los dedos.

Debía marcharse a casa, poner tanta distancia entre ese maldito mutante y ella como fuese posible, con un poco de suerte, podría meterse en la cama y cuando despertara vería que se trataba todo de un mal sueño, una odiosa pesadilla.

¡Por todos los diablos! No existían los ángeles, y ese tío desde luego no tenía un par de enormes alas negras a la espalda y por encima de todo, ella no lo había apuñalado.

Él la bajó lentamente una vez que estuvieron nuevamente dentro de la oficina, dejándola sobre su asiento y se volvió a coger unos cuantos pañuelos de papel de encima de la mesa para apretarlos contra su nariz.

—Sostén eso ahí y procura no quitarte un ojo con uno de ellos —murmuró él antes de bajar las manos a su ancho jersey de lana y empezar a tironear de él.

— ¿Qué crees... que estás... haciendo? —preguntó ella entre hipidos, sus manos golpeando las de él para que la soltara.

—Está empapada —ahora fue él quien le pegó a ella en las manos para que le dejara retirar la horrible chaqueta—. Y tú eres humana, lo cual no es una buena combinación.

Ella dejó escapar una amarga risa.

— ¿Ahora... te preocupa... que coja una... pulmonía? —masculló ella con un ligero estremecimiento. La nieve que le había caído encima se había prendido en la lana y había empezado a derretirse humedeciendo la prenda—. Eres tú el que salió... sin camisa... ahí fuera.

Micha se encogió de hombros y por fin pudo desabrochar aquella cosa y sacársela tironeando por los brazos.

—Difícilmente puedo morirme por ello —le respondió haciendo la horrible prenda a un lado.

Ella se estremeció al quedarse sin la abrigosa prenda y bajó el pañuelo, viéndolo manchado de sangre. Hizo una mueca y lo lanzó a la papelera donde ya había muchos más antes de arrancar otro par de la caja de pañuelos y limpiarse por completo, al menos parecía que la hemorragia había sido esporádica.

—Debería irme a casa —farfulló tirando el nuevo pañuelo usado a la papelera.

—Me parece una buena idea —aceptó Micha mirando a su alrededor—. Cualquier sitio va a ser mejor que esto.

Ella se volvió a él y lo fulminó con la mirada.

—No vas a venir a casa.

— ¿Quieres apostar? —le sugirió con una sonrisa.

CAPÍTULO 3

Snow miró nuevamente a su nuevo inquilino mientras metía la llave en la

cerradura de la puerta de su hogar. Había conducido todo el camino echando furtivas miradas al hombre que iba en el asiento del copiloto, para su sorpresa, Micha se había mantenido totalmente callado desde que habían salido del aparcamiento, su cabeza había estado girada hacia la ventanilla con lo que solo podía suponer que había intentado ver algo a través de la tupida cortina de nieve que estaba cayendo. Ella se había olvidado meter las cadenas en el coche pensando que todavía tendría tiempo para hacerlo a la mañana y había tenido que conducir todo el camino extremando las precauciones.

Su casa estaba a una media hora larga del pueblo, había sido la casa familiar de sus abuelos e incluso después de la muerte de sus padres cuando era niña, su abuela se había negado a abandonar la casa diciendo que no había lugar más saludable para criar a una niña.

Todavía la echaba de menos, sobre todo durante la navidad, ella había sido su pilar central, una mujer extraordinaria con una fuerza y una pasión por la vida que había intentado inculcar a su nieta, hacía ya tres años que faltaba de su vida y todavía parecía que fuese ayer.

La cerradura cedió bajo su mano y empujó la puerta con un suspiro, nunca pensó que se alegraría tanto de estar en casa.

—Por fin —musitó entrando en el pequeño recibidor de la casa de dos plantas para dejar las llaves y la bufanda sobre una pequeña mesa a su izquierda. Snow se volvió de nuevo hacia la puerta al ver que Micha permanecía de pie en el umbral mirando hacia arriba y a los lados—. ¿A qué estás esperando?

Micha intercambió una dudosa mirada con ella, algo que sorprendió a Snow.

— ¿Qué ocurre? —preguntó ella frotándose las manos y entonces sonrió—. ¿Tengo que invitarte a entrar como a los vampiros?

El ángel caído vaciló durante unos breves instantes más y dio un paso adentro, entonces otro y otro hasta quedar al lado de ella, la puerta se cerró a su espalda sin que la hubiese tocado siquiera.

Snow se inclinó para mirar por uno de los costados del ángel y volvió a ponerse en pie, estirándose.

—Interesante ese truquito tuyo —aseguró antes de volverse, la puerta de entrada se abría casi de inmediato a una enorme habitación en la que se dividía la cocina, el salón comedor y un enorme y atrayente hogar de piedra.

Micha miró a su espalda antes de seguirla. Lo había notado cuando se acercó al coche, pero era mucho más poderoso en la casa, sobre todo en el interior, su mirada recorrió lentamente cada recoveco intentando descubrir la firma de aquel trabajo pero se le escapaba continuamente. La pequeña humana, no estaba sola, la casa apestaba a la esencia de un ángel puro y a pesar de todo, podía asegurar que su pariente de alas blancas no había pasado mucho tiempo entre esas paredes. Era cuando menos, perturbador.

—Como verás, no es muy grande —explicaba ella arrastrando los pies hacia el mostrador en forma de barra americana que separaba la parte del salón, de la cocina—, en esta planta está la cocina, el salón y comedor y el único baño de la casa. El agua caliente sale de un tanque en la parte de atrás, así que, no la gastes toda, solo se rellena una vez al día y si hace mucho frío, oirás unos ruidos raros, eso son las cañerías.

Micha volvió la mirada hacia ella, prestándole su atención.

— ¿Quién más vive aquí? —le preguntó con voz suave, neutra.

Snow entrecerró los ojos y los clavó en él.

—Quizás debiera añadir que no tengo jardín, así que no tendrás donde enterrar mis restos. —le aseguró Snow con un leve encogimiento de hombros.

Micha hizo rodar sus ojos antes alzar la mirada hacia la parte de arriba. Snow siguió su mirada.

—Hay tres habitaciones, había acomodado una para... um... bueno, para ti supongo —respondió ella encogiéndose de hombros—. Las escaleras están allá atrás, al lado del cuarto de baño. Según subes, la primera puerta a la izquierda, esa es tu habitación.

Micha se volvió nuevamente hacia ella.

—No has respondido a mi pregunta.

Ella se cruzó de brazos.

—Juraría que eso es justamente lo que acabo de hacer —le aseguró ella—. Las otras dos habitaciones, una es la mía y la otra el trastero... vivo sola.

Micha volvió a escanear rápidamente el lugar y caminó hacia ella.

—Pues lamento decirte que no has estado sola en, yo diría que bastante tiempo — aseguró pasando junto a ella para mirar la cocina y luego el resto de la habitación.

Snow frunció el ceño y lo imitó, observando su casa, buscando no sabía el qué.

— ¿Qué quieres decir?

Él se volvió hacia ella y nuevamente la recorrió de arriba abajo con la mirada.

—Parece que le gustas a alguno de los “puros” —respondió, poniendo un ligero desdén en la última palabra—. Tu hogar apesta a unas alas blancas.

Ella se echó a reír.

—Espera, espera, espera —le pidió levantando una mano—. Esto está yendo demasiado rápido para mí, solo un ángel... o lo que sea por día, ¿ok?

Micha arqueó sus finas cejas en respuesta y se encogió de hombros.

—No te sorprendas tanto, ha hecho bien su trabajo, de otro modo habrías notado su presencia —aseguró él apoyándose en la barra de la cocina.

Snow sacudió la cabeza y se dirigió hacia él.

—Un solo ángel por día, alitas —le dijo ella pasando a su lado para abrir el refrigerador y meter la cabeza dentro—. Hoy no tengo tolerancia para nada más.

Micha se echó hacia atrás, recostándose sobre sus codos y la miró.

—Tengo que admitir que te lo estás tomando bastante bien —aceptó con sinceridad.

Ella se enderezó con dos recipientes con sobras del día anterior.

—Sí... me he convencido a mí misma de que esto es un sueño y de que cuando me despierte, tú no estarás porque eres producto de mi imaginación —aseguró ella con una atractiva sonrisa—. ¿Pollo o Lasaña de Atún?

Él hizo una mueca.

—En realidad, soy vegetariano.

Snow se lo quedó mirando durante un momento entonces se encogió de hombros y cerró la nevera con un golpe de cadera.

—Un ángel caído, que además es vegetariano —murmuró ella girándose para abrir la puerta del microondas y meter los recipientes en su interior—. Vaya sueños más raros que tengo.

Micha sacudió la cabeza y la observó moverse dentro de la minúscula cocina, sin la enorme y horrible chaqueta, ni la bufanda, su volumen se había reducido tranquilamente a una talla cuarenta y seis la cual dada su estatura, no estaba tan mal.

—No entiendo esa fijación que parecéis tener los humanos en recurrir a los sueños cuando algo no os gusta —aseguró él—. Ni que yo fuera a desaparecer a la luz del día.

—Oh, yo espero que lo hagas, sip —aseguró Snow marcando el tiempo en el microondas para luego abrir una puerta en uno de los módulos sobre su cabeza y sacar un par de platos.

Micha hizo una mueca, esta mujer además de tonta era sorda.

—No voy a comer nada de eso, así que ahórrate el plato —respondió él con un gesto melindroso.

Snow se volvió hacia él con un plato en cada mano.

— ¿Siempre sois tan quejicas? Eres peor que un niño pequeño que le ponen un plato de verdura que no le gusta —respondió ella dejando los platos sobre el mostrador.

—Prefiero el plato de verdura a eso —respondió él señalando el microondas con un dedo.

Snow se llevó las manos a las caderas y lo miró a través de los ojos entrecerrados.

—Pues lo siento mucho por ti, pero hoy hay pollo y lasaña de atún de cena, lo tomas o lo dejas, angelito —le respondió ella con un gracioso encogimiento de hombros.

—Deja de llamarme angelito, humana —escupió él.

Ella bufó y le dio la espalda.

—Lo haré cuando tú dejes de llamarme humana, angelito —le respondió mientras se ponía de puntillas para alcanzar un par de vasos de otro armario.

Micha masculló alguna cosa entre dientes, Snow sonrió ante el sonido, parecía un niño enfurruñado más que un adulto.

— ¿Qué parte de... SOY VEGETARIANO no has entendido, hum... chica? Por que imagino que conoces el significado de esa palabra, ¿no es así?

—Mi nombre es Snow, Michael, no es como si fueras a morirte por pronunciarlo, ¿huh?

Micha se sorprendió al oír su nombre en boca de esa humana, ella lo pronunciaba de una forma que no había oído antes, por otro lado, no había muchos humanos vivos que lo hubiesen pronunciado.

—Entenderé que no quieras comer pollo, pero para la lasaña no tienes excusa —le aseguró ella con un ligero encogimiento de hombros—. A no ser que además de las vacas y los cerdos, tampoco entren los peces en tu menú.

Micha suspiró, por primera vez en mucho tiempo, empezaba a perder la paciencia.

Algo que sus alumnos no habían conseguido en cientos de años, lo estaba haciendo esta pequeña humana en apenas unas pocas horas. Su mirada voló a una de las ventanas del salón, las cortinas estaban echadas pero él intuía que estaría nevando. Diablos, esperaba que la nevara terminase pronto o iba a retorcerle el cuello a esa mujer.

— ¿Si me como la jodida lasaña, te callarás la boca? —preguntó ya con desesperación.

Ella se volvió y le dedicó la sonrisa más radiante que había visto jamás.

—Trato hecho.

Micha realmente retrocedió, dio dos pasos atrás, esa humana era peligrosa, no sabía qué diablos tenía, pero tenía más peligro que su propio jefe lo cual ya era mucho decir.

Ella empezó a tararear mientras se movía por el reducido espacio sacando un par de manteles individuales, cubiertos y disponiéndolos todos sobre la barra americana en la que había estado apoyado él. Micha la dejó y volvió a echar un rápido vistazo a la casa, aunque más que una casa parecía una cabaña y pequeña, demasiado pequeña. Acostumbrado a espacios amplios y abiertos, aquello para él era como una ratonera, con una sensación incómoda se sacó la cazadora de cuero, lo único que llevaba puesto después de lo destrozada que había quedado su camiseta y echó un vistazo por encima del hombro para ver las gasas que le había puesto ella sobre la herida, manchadas de sangre. Gruñó en voz baja y estiró el brazo hacia atrás para finalmente soltar un frustrado resoplido y relajar sus hombros, sus amplias alas negras se extendieron en toda su longitud llevándose por delante un jarrón y un taburete en el proceso al que siguió un ahogado grito y algo de cristal haciéndose añicos en el suelo.

Micha volvió la mirada hacia la humana, la cual miraba sus alas con ojos muy abiertos, sus manos estaban cubiertas por una especie de guantes que habían estado sosteniendo el bol de lasaña que permanecía hecho pedazos en el suelo.

—Parece que después de todo, no comeré lasaña —comentó inclinándose por encima del mostrador para ver el estropicio. La salsa había saltado al pantalón de la chica, salpicándola.

Ella dio un nuevo respingo al oír su voz y bajó la mirada al suelo, su pequeña boca formó una “o” perfecta que hacía juego con la mirada de sorpresa de su rostro, pero tan rápidamente como había venido, la sorpresa mudó a una mueca de enfado y los ojos violetas de ella lo taladraron con mortal certeza.

—Tú... tú... oh... tú —lo apuntó con su mano enguantada—. ¡Esa era mi cena de mañana, pedazo de burro! ¿Te crees que estoy como para tirar con el dinero? ¿Y por qué demonios has hecho eso? Quítatelas... ahora mismo.

Micha la miró como si ella hubiese perdido el juicio por completo.

— ¿Qué me las quite? —la idea era tan absurda que hasta le costaba pronunciarla.

Ella hizo unos cuantos aspavientos con las manos, obviamente señalando sus alas.

—Eso... no cabe dentro de mi casa... —exclamó tratando de encontrarle sentido a toda aquella absurda situación—. ¿Por qué te las has puesto otra vez? ¿No puedes solo, ocultarlas de nuevo?

Micha abrió la boca para responder, pero no daba encontrado algo que decir. Sacudió la cabeza e hizo rodar sus hombros al tiempo que plegaba las alas a su espalda.

—Lamento decirte que no son de quita y pon —respondió casi con desdén hacia ella—, así que, se quedan.

Micha la ignoró y arqueó ligeramente su ala izquierda para comprobar el daño en su hombro.

—Mierda —masculló al ver la sangre que había manchado las yemas de sus dedos.

No sabía cómo, pero aquella loca había conseguido alcanzar la curvatura de

su ala cuando lo había apuñalado.

Snow lo miró mientras se examinaba a sí mismo y se encogió automáticamente cuando lo vio acariciar el arco superior de su ala y sacar los dedos manchados de sangre.

Con cuidado de no resbalar con la lasaña que se había desparramado en el suelo y no pisar uno de los trozos de vidrio del cuenco roto, tomó un paño limpio y lo humedeció bajo el fregadero, haciendo una mueca cuando notó el agua fría.

—Ten —le tendió el paño por encima del mostrador, sin dejar de mirar con recelo las enormes alas negras que asomaban a espaldas de él.

Micha se volvió hacia ella y miró el paño que le tendía, con un gruñido la ignoró y volvió a ocuparse de su ala.

—Hombres, sois iguales en todas las especies —masculló ella antes de rodear el mostrador y acercarse a él con el paño con intención de ayudar.

Micha se volvió casi al instante fulminándola con la mirada, no quería que lo tocara, no la quería cerca de él, detestaba ser tocado por un humano.

—Mantente alejada de mí, hembra estúpida —masculló dejando perfectamente claro que no quería nada de ella.

Snow se retorció las manos, indecisa, su mirada voló por el salón para luego volver a posarse en él.

—Tengo un botiquín en el baño, hay desinfectante —murmuró ella, hablándole con suavidad, como si se dirigiese a un animal herido—, tú solo no puedes curarte eso, si me dejas...

Él se volvió de golpe, sus alas semi extendidas, su mano derecha estirada hacia ella a punto de atacarla. Snow retrocedió asustada chocándose contra uno de los muebles.

—Solo... déjame en paz —le advirtió entre los dientes apretados.

Micha no quería estar allí, odiaba sentirse indefenso de cualquier manera y aunque el daño en su ala era ínfimo, no estaba cómodo. Ese simple rasguño habría curado igualmente con sus alas guardadas, no tenía caso haberlas desplegado, los de su clase tendían a exhibir sus plumas solo cuando tenían que luchar o sentían la necesidad de estirar sus extremidades, él podía pasar semanas y semanas en su forma humana sin tener que recurrir a sus alas para nada y sin embargo había sentido la necesidad de extenderlas, como si sus extremidades hubiesen sido dañadas de alguna manera y él tuviese que verlas para asegurarse de que todo iba bien.

—Lo siento —la voz suave de ella se coló en su nerviosismo, ejerciendo una extraña calma.

Respirando profundamente se obligó a poner distancia entre los dos, quizás no se tratase tanto de ella como de la casa y del conocimiento de que había un guardián de alas blancas encargándose del lugar. Su mirada recorrió una vez más la amplia habitación y subió hacia la planta de arriba donde la presencia blanca parecía hacerse más pura, más concentrada. Un ángel puro había visitado esta casa y en algún momento había dejado su huella en una de las habitaciones de la planta superior.

— ¿Duermes ahí arriba? —le preguntó.

Snow siguió su mirada un poco sorprendida por la pregunta.

—Sí —Asintió estirando la mano para señalar el pasillo un poco más a la derecha—.

Tu habitación está...

—Enséñamelo —respondió sin apartar la mirada de la planta superior.

Ella solo asintió y le pidió que la siguiera. Él se había puesto muy serio de repente y aunque su conciencia no dejaba de agujonearla para que le asestara un golpe en la cabeza y pusiese tanto asfalto entre ellos como le fuese posible, una parte de ella sentía curiosidad por él y no estaba en absoluto asustada. Micha se comportaba como alguien que hubiese sido lastimado, como un animal que hubiese sido apaleado tantas veces que ahora recelaba incluso de

la mano que se acercaba amistosa y si no tenías cuidado, lo más seguro es que te la arrancase de cuajo. Él le recordaba a ese pequeño perro de la Protectora de Animales de la que era voluntaria que habían encontrado atado con una cuerda en un descampado, tan lastimado y apaleado que había intentado morderles incluso aunque estaba en los huesos y ellos solo quisieran recogerlo para darle alimento y cobijo.

—Ten cuidado, el hueco de la escalera no es muy ancho y con... eso... a tu espalda... —murmuró ella volviéndose por encima del hombro para ver si la seguía. Al ver su mirada suspiró y añadió—. Solo, ten cuidado.

Micha plegó sus alas una sobre otra y siguió a la muchacha escaleras arriba, con cada paso que daba, aumentaba la peste a ángel puro, algo en aquella inconfundible huella le resultaba conocido pero por más vueltas que le daba no conseguía dar con el lugar exacto.

Llegaron a un pequeño descansillo que se abría en dos direcciones, las únicas dos habitaciones que había, una a la derecha y otra a la izquierda, ya que la tercera se abría con una trampilla en el techo y era el desván. Ella se quedó en pie al lado de la habitación de la izquierda y la señaló.

—Esta será tu habitación —respondió indicándola con un gesto de la mano—. No hay mucho espacio, pero la cama es cómoda y...

Él la ignoró y se dirigió hacia la otra habitación frunciendo el ceño al traspasar la puerta y sentir como una corriente le recorría de pies a cabeza, una irónica sonrisa se extendió entonces por sus labios mientras echaba un vistazo al pequeño y femenino dormitorio.

—Así que era eso —murmuró para sí empezando a relajarse.

Ella lo había seguido y lo rodeaba para poder mirarlo de frente.

—Tu habitación es aquella de allí —le recordó señalando el otro dormitorio—. Esta, es territorio vetado para ti.

—En realidad, ya no —aseguró él recuperando la tranquilidad—. ¿Quién ha morado en esta casa? Más concretamente en esta habitación.

Ella recorrió la habitación con la mirada y Micha pudo ver como sus ojos se llenaban de una cálida añoranza.

—Era la habitación de mi abuela —respondió ella en un susurro.

—Pues ella era una Nephilin —respondió echando un último vistazo a la habitación para luego dar media vuelta y echar un vistazo a la que estaba destinada para él.

— ¿Nephilin? —repitió ella frunciendo el ceño, entonces salió tras él.

— ¿De veras esperas que duerma... en eso?

Ella le echó un buen vistazo a Micha y finalmente a la cama.

—Nadie me dijo que venías con alas —respondió ella con un ligero encogimiento de hombros.

Micha le dedicó una mirada que decía “¿no me digas?” y tras sacudir la cabeza volvió al tramo de escaleras.

—Trae ese botiquín tuyo —le dijo de espaldas a ella mientras descendía por las escaleras—. Puede que después de todo pueda encontrar algo útil en él.

Snow suspiró con resignación y bajó tras él, en su mente todavía le daba vueltas lo que había dicho Micha.

— ¿Por qué dices que mi abuela era un...Nefi... no se qué?

—Nephilin, pequeña humana —le respondió llegando al vano de la puerta para volverse hacia ella y terminar—. El hijo de un ángel y un humano.

Por tercera vez en el día de hoy, Snow volvió a tropezar terminando sentada en las escaleras.

CAPÍTULO 4

Nunca una escena tan rara se había dado en el salón de una casa pensó Snow mientras se frotaba su maltrecho trasero, el traspies en la escalera la había llevado a bajar rebotando medio sobre sus posaderas medio sobre el costado izquierdo hasta el último escalón, donde se detuvo despatarrada en el suelo. Le dolía el solo hecho de sentarse y sabía que para mañana, estaría que no podría ni moverse y tendría más morados que añadir a su colección. Y frente a ella, completando la escena, un hombre increíblemente guapo, sexy y oscuro con un par de alas negras cuya envergadura debería de rondar tranquilamente los cuatro metros de extremo a extremo se aposentaba en su raído y parcheado sofá, con el botiquín abierto ante sí mientras rebuscaba entre vendas y ungüentos algo que poder utilizar para curar el rasguño de su ala.

Snow se había ofrecido nuevamente a ayudarlo con las curas, pero él se había limitado a mirarla de arriba abajo y decirle si no tenía suficiente con encargarse de no romperse algo más debido a su estúpida torpeza. Desde ese momento, ella se había ocupado de sí misma y había ignorado por completo al pomposo ángel. Todo su costado izquierdo estaba enrojecido, pero lo que más le preocupaba era la magulladura que sus dedos habían encontrado rozando el costado de su sujetador, donde no le cabía duda que se había clavado el canto de uno de los peldaños de la escalera. Con solo el tacto de sus dedos se encogía de dolor y aquello solo logró enfurecerla.

Desde que se había encontrado con el hombre que ahora llenaba la sala con su presencia había ido en una carrera descendente y sin frenos hacia el desastre. Primero lo había apuñalado, después se había caído de bruces en el suelo y se había roto la nariz la cual comprobó en el espejo del cuarto de baño que si bien ya no había hemorragia y la hinchazón había desaparecido, tenía el puente un poco morado, luego había perdido los papeles y se había comportado como una luchadora de la WWA pegándole una paliza al cubo de basura que no había hecho daño a nadie y siempre estaba colocado al lateral de la biblioteca, hasta dejarlo como una escultura de arte moderno y para rematar, se había caído por las escaleras de su propia casa.

O esa cosa con alas le había reportado una mala suerte del demonio o directamente era gafe.

Suspirando se dejó ir sobre el costado bueno en la vieja y rechinante mecedora que había sido de su abuela y se quedó contemplándolo en silencio mientras se encargaba de sus propias curas.

— ¿Es siempre así o he tenido la maldita suerte de contar con el honor de verte en el suelo cada dos por tres? —preguntó Micha rompiendo el silencio que se había creado en la pequeña casa.

Snow alzó la mirada a su rostro, pero él no la estaba mirando sino que se entretenía guardando las cosas de nuevo en el botiquín.

—Soy patosa por naturaleza —aceptó con un hilillo de voz, todo aquel episodio la había agotado—, pero hoy he batido mi propio récord.

—Parece difícil de creer —respondió con ironía dejando el botiquín en la pequeña mesa redonda de mimbre frente a él para luego levantarse y extender aquellas enormes alas y batirlas muy suavemente creando una ligera brisa que movió las páginas de las revistas para finalmente plegarlas a su espalda y volver a sentarse en el borde del sofá.

Ella miraba todavía con recelo al hombre alado que tenía frente a ella, pero no podía evitar sentirse fascinadas por las negras y sedosas plumas que habían brillado bajo la tenue luz de la lámpara. Sacudiendo la cabeza para quitarse ese absurdo embeleso alzó la mirada al piso de arriba y recordó lo que él había dicho.

— ¿Qué es un Nephilim? Antes comentaste que habías notado una presencia “blanca” en la casa y luego dijiste que mi abuela había sido un Nephilim —le preguntó esperando encontrarse alguna respuesta brusca por su parte.

Micha la contempló durante un breve instante, la humana estaba herida, sabía que se había hecho daño en su caída por las escaleras y que ese daño iba más allá del no poder sentarse de forma erguida, había un aura de incomodidad y recelo a su alrededor y aunque era la misma que la rodeaba siempre que estaba cerca de él, ahora estaba teñida también por el dolor causado por daño físico. Algo dentro de Micha se removió, puede que ella no le gustase y resultase la más patética de todos los humanos que hubiese conocido, pero no le gustaba que sintiera dolor, lo ponía nervioso.

—Estás dolorida —se encontró diciendo antes de poder detenerse.

Ella abrió los ojos como si le sorprendiese pero no dijo nada, se limitó a una ligera negativa con la cabeza.

—No es nada —respondió ella.

Micha frunció el ceño. ¿Por qué tenían los humanos esa manía de mentir cuando era obvio que se descubriría su mentira?

—Sí lo es. Noto tu dolor —aseguró él molesto consigo mismo por seguir con esa conversación. ¿Qué más le daba a él si le dolía o no? Si ella quería hacerse la mártir, era su problema.

Snow arqueó una de sus finas cejas.

— ¿Lo notas? ¿Por eso me ayudaste cuando me rompí la nariz? —le preguntó con curiosidad, sin moverse un ápice en su asiento.

Micha solo asintió. Por supuesto, había notado el agudo dolor cuando se fracturó la nariz de forma tan estúpida, pero había sido más la mirada desolada en sus ojos y que prácticamente se estuviese desangrando lo que había provocado que la ayudara. Matar de un infarto a la humana con la que debía convivir, no sería la mejor manera de ganar una apuesta.

—No me gusta la sangre, me mareo —le soltó lo primero que se le pasó por la cabeza. Entonces se flageló a sí mismo por su estúpida respuesta—. Tu hogar y tú misma al parecer estáis protegidos por un “alas blancas”. Imagino que se debe a la anterior presencia del Nephilim, quien debió elegir su parte humana sobre la de ángel.

Snow frunció el ceño.

— ¿Elegir su parte humana sobre la de ángel? —Ella sacudió la cabeza—. No. ¿Estás diciendo que mi abuela era un ángel? Vale, sí, era muy buena conmigo, pero también tenía sus momentos de auténtica arpía... y no la veo como un ángel todo blanco, precisamente.

Los labios de Micha se elevaron en una ligera sonrisa.

—Los Nephilim son una raza híbrida que viene como resultado de la procreación de ciertos ángeles caídos y codiciosos de desenfrenado apetito sexual con mujeres humanas — respondió él bajando la mirada un instante a una de sus alas y rastrillar sus plumas con los dedos—. Mis hermanos nunca han sido realmente inteligentes en ese sentido, no les basta ser echados de Haven a patadas si no que tienen que seguir haciendo gilipolleces, y el follarse a una humana y fecundarla es la mayor de todas ellas.

Snow se incorporó y se tensó durante un instante, Micha notó el cambio en su mandíbula y el fulgor que pasó por sus ojos.

— ¿Me... me estás diciendo... que mi abuela... era hija de un ángel como tú y una humana? —respondió ella lentamente, su voz bordeada por el filo del dolor.

—En esta casa ha vivido un Nephilim —eso era todo lo que podía asegurarle a ciencia cierta, la huella que dejaban esos mestizos era inconfundible para los suyos y al parecer también para los alas blancas, o no estarían tan desesperados en proteger así a esta pequeña humana—. Que haya sido o no tu abuela, no la he conocido en persona como para poder decírtelo. De todas formas, es común que los mestizos se críen solo con uno de sus progenitores y no lleguen a conocer al otro.

Snow se dejó caer nuevamente con un ligero quejido.

—Grani no conoció a su padre, según su madre era un marino que conoció una noche en el Puerto y nunca más volvió a saber de él —aseguró ella extrayendo aquella información de su memoria—. Pero de ahí a ser un ángel caído... lo siento, pero es que suena risible... Es como si dijeras que yo también soy una... um... Nephilim por que no recuerdo a mis padres si no es a través de una foto, ellos murieron cuando yo era poco más que un bebé en un accidente de tráfico... y yo me salvé.

—Tu ángel de la guarda estaba haciendo su trabajo esa noche —aseguró él con un ligero encogimiento de hombros—. Y no, tú eres humana, patosa y un poco tonta, pero completamente humana.

—Gracias por lo de patosa y un poco tonta, angelito —le respondió ella con mordacidad.

Micha puso los ojos en blanco y volvió a mirarla, el aura de dolor y malestar seguía allí. ¿Por qué no se rendía la humana y admitía que estaba lastimada?

—Deja de mirarme así, se me pasará en cuanto los calmantes hagan efecto y pueda dormir un poco —respondió ella como si le hubiese leído los pensamientos.

—No entiendo vuestra insistencia en decir que todo va bien cuando no lo está — aseguró él y antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, volvió a hundir su mano derecha en su ala izquierda y removió las plumas. Al retirar la mano traía consigo una perfecta pluma negra irisada de unos catorce centímetros de largo la cual examinó antes de tendérsela a ella.

Snow se quedó mirando la pluma que le tendía y luego a él. Micha se inclinó hacia delante y sacudió la pluma ante ella.

—Solo es una pluma inofensiva —le dijo él ofreciéndosela nuevamente—. Pero hará que te sientas mejor.

Ella miró la pluma con recelo y extendió su mano hasta acariciarla con los dedos, en el momento en que lo hizo sintió que su cuerpo se relajaba y la tensión del día empezaba a disminuir. Snow tomó la pluma de su mano y la acercó a ella examinándola detenidamente, su tacto, el irisado color.

—Gracias, Micha —murmuró ella mirando la pluma, entonces alzó la mirada y le sonrió.

Algo se rompió dentro de Micha con esa sonrisa, con la imagen de ella acariciando la pluma que él le había dado y su mente volvió siglos atrás, cuando una niña pequeña acariciaba una pluma como esa y le sonreía antes de ir a mostrársela a su hermano, quien le había mostrado en cambio la espada de madera que le había hecho el propio Micha. Un recuerdo de felicidad que se había visto truncado por los celos y el inusitado odio que solo vivía en los seres humanos.

—Procura no perderla —le respondió levantándose con un gesto brusco, sus alas se extendieron nuevamente en una fuerte sacudida antes de desvanecerse en una especie de nube negra a su espalda. Sin mediar palabra, dio media vuelta y se dirigió hacia la parte del fondo, donde se abría la puerta hacia el piso de arriba.

— ¿Micha? —lo llamó ella, haciendo que se detuviese en el último momento, pero sin volverse siquiera—. Buenas noches, Micha.

El ángel no respondió, solo siguió su camino.

Snow se reclinó en la mecedora y observó detenidamente la pluma, sus labios extendiéndose en una feliz sonrisa mientras probaba el tacto satinado contra su rostro.

—No la perderé —musitó acurrucándose aún más en la mecedora, de pronto, el sueño la había eludido.

Snow sabía que su despertar no iba a ser agradable, pero nunca pensó que iba a sentirse como si un camión de basura le hubiese pasado por encima a toda velocidad acordándose de frenar en el último instante, encima de sus costillas. El efecto de los calmantes se había ido en algún momento de la noche y su adorada pluma había, con la que estúpidamente se había ido a dormir había volado de su almohada hacia el suelo a una distancia en la que ahora mismo le parecía solo apta para un corredor olímpico.

Respirando profundamente se permitió quedarse un instante en total inmovilidad, sabía que lo que estaba a punto de hacer la iba a llevar al infierno más directamente de lo que podría hacerlo el trabajador del susodicho que dormía plácidamente en el cuarto de al lado, apretando con fuerza los dientes se obligó a incorporarse de la cama y dioses, el infierno se le quedaba corto.

Micha despertó de golpe cuando un profundo alarido reverberó en la planta alta de la casa, y no dudaba que si hubiese habido alguien en la de abajo también se habría enterado, suspirando se giró sobre su espalda y se quedó mirando el techo mientras los insultos y maldiciones seguían de manera rápida y seguida mientras algo se arrastraba por el suelo, suponía que aquel ruido

sería producido por los pies de la humana Snow. Micha se cubrió los ojos con el brazo y dejó escapar un suspiro de resignación.

— ¿Qué parte de “no pierdas la pluma” no habrá entendido? —farfulló él antes de levantarse de la cama y pararse ante la pequeña ventana totalmente oscurecida por la condensación.

Micha pasó la mano por el cristal borrando un fragmento de humedad que le permitiera mirar al exterior. El cielo seguía oscuro, la nieve había dejado de caer con la intensidad de la tarde anterior pero estaba claro que no había cedido en la noche ya que ahora una inmensa capa blanca lo cubría todo, incluyendo el vehículo destartado que había conducido la chica la noche anterior. Abrió la ventana y la ligera brisa helada impactó contra su rostro y su torso desnudo, recordándole que ya era hora de que buscara algo de ropa que ponerse, el salir desnudo a enfrentarse un día más con aquella desastrosa humana sería igual que matarla de un infarto, si de algo le valía de indicativo las furtivas y asombradas miradas que ella le había estado echando durante toda la tarde de ayer, sus alas le habían causado impresión, sí, pero había visto apreciación en aquellos ojos violetas, una apreciación típicamente femenina y aunque ella no era su tipo en absoluto, tampoco le había molestado. Si llegaba a desesperarse por completo, siempre podría aprovechar esa atracción y tirársela.

Sacudiendo la cabeza ante esa absurda idea contempló el paisaje nevado mientras estiraba los brazos y hacía crujir el cuello comprobando cada una de sus articulaciones. De un solo tirón arrancó el parche de tela que había cubierto su herida y frunció el ceño al ver la rosada y todavía fresca cicatriz de la herida, a estas alturas, no debería de quedarle marca alguna y en cambio la herida todavía no había curado por completo. Gruñendo desde el fondo de la garganta volvió la mirada hacia el exterior y masculló varias coloridas maldiciones contra Ara, las apuestas y su propia estupidez al aceptarlas antes de volver a cerrar la ventana y mirar alrededor del dormitorio, no podía creer que hubiese dormido toda la noche de golpe y mucho menos en aquel pequeño cubículo en el que solo había una cama que a duras penas daba cabida su cuerpo, una mesita de noche con una lámpara y un pequeño armario de dos puertas, incluso la ventana estaba sin cortinas.

A Micha no le gustaban los espacios reducidos, prefería con mucho estar al

aire libre o donde pudiera moverse a sus anchas sin tropezar con nada. Un nuevo quejido llegó desde el otro lado de la puerta cerrada, seguido rápidamente por una sarta de maldiciones, suspirando profundamente y alzando la mirada hacia el techo se vistió a sí mismo con un suéter y unos tejanos en color azul que aparecieron sobre su cuerpo al compás de sus pensamientos. Sus pies pronto quedaron cubiertos por unas botas de piel y su pelo atado completamente en la nuca en una coleta. Satisfecho salió al pasillo encontrándose a la pequeña humana contorsionándose delante del espejo de su tocador en un intento por aplicar alguna clase de pomada a su costado izquierdo el cual estaba cubierto por hematomas en distintas fases de madurez, una paleta de color que iba desde el amarillo y morado claro, a un tono mucho más oscuro en la curva de su seno. Y menudos senos pudo apreciar Micha ladeando ligeramente el cuello para ver el reflejo en el espejo, su piel tenía un suave bronceado y si bien estaba ligeramente rellenita, aquello acentuaba sus curvas. Un jadeo de sorpresa y el rápido movimiento de la tela cubriendo lo que tan generosamente mostraba rompieron el hechizo que parecía haberlo atrapado durante un instante, un profundo color rojo subió a sus mejillas y sus labios empezaron a abrirse y cerrarse sin que saliera palabra alguna de ellos.

— ¿Dónde dejaste la pluma que te di anoche? —le preguntó él cruzando los escasos dos pasos que separaban un dormitorio del otro—. Te dije que no la perdieras.

—No la he perdido —respondió ella recogiendo la pluma de encima del tocador, sintiéndose inmediatamente reconfortada—. ¿Ves?

Micha abrió la puerta de la habitación y entró mirando a su alrededor, había demasiado de ángel blanco en aquel dormitorio, demasiado azúcar y campanitas para su gusto. Cuando llegó a Snow, tomó la pluma de su mano y la ocultó en la cuenta de la suya, cubriéndola con su otra mano.

—No... ¿Me la vas a quitar? —preguntó ella mirándole con tristeza. ¿Tanto significaba una insignificante pluma para ella?

Sacudiendo la cabeza a modo de negativa, Micha abrió las manos y en lugar de la sedosa pluma había su equivalente en una pieza de joyería. Una pequeña pluma de color negro iriscente colgaba de una cadena oscura.

—Solo funciona cuando la mantienes pegada a la piel —le respondió él abriendo la cadena y colgándola alrededor del cuello de ella, tomándose la libertad de estirar su camiseta de dormir y dejar que la pequeña pluma se deslizara por su piel hasta yacer entre sus pechos—. No eliminaré las heridas, pero te hará más llevadero el dolor que te producen.

Ella dio un par de pasos tambaleantes hacia atrás, para alejarse de su contacto y chocó contra el tocador que tenía tras ella.

—Um... gracias... otra vez —aceptó ella retirándose uno de sus rebeldes mechones de la cara—. Yo, um... espero no haberte despertado.

Micha encogió sus amplios hombros.

—En realidad si lo hiciste, sería imposible seguir durmiendo con los alaridos que pegas.

Y ahí estaba de nuevo su encantador ángel negro, pensó Snow con un suspiro, al menos era bueno saber que no era un capullo todo el tiempo, eso lo redimía de alguna manera.

—Imagino que habrás dormido bien —continuó ella caminando lentamente hacia la cama para recuperar su bata, su cuerpo seguía agarrotado pero al menos el dolor agudo se había aplacado a una ligera molestia.

—Si puede llamársele dormir al estar encima de esa miniatura —respondió Micha dando media vuelta para dirigirse hacia las escaleras—, supongo que sí.

Snow lo siguió hasta el descansillo y lo observó desde arriba.

— ¿Micha?

Él se volvió a ella y esperó.

—Gracias de nuevo.

Élladeó el rostro, la recorrió con la mirada y volvió a encogerse de hombros antes de dar media vuelta y desaparecer por la puerta de la planta de abajo.

Snow suspiró. Sí, había cosas que no cambiaban y ese ángel parecía ser una de ellas.

Sacudiendo la cabeza volvió a entrar en su dormitorio y esta vez cerró bien la puerta, casi le había dado un ataque cuando lo había visto a través del espejo del tocado, la mirada oscurecida que había en su rostro mientras la observaba y su respuesta ante ello.

Abriendo la ventana con energía dejó que el aire frío le refrescara el rostro y la mente, todo el paisaje era absolutamente blanco, incluso su coche de un brillante rojo apenas asomaba por debajo.

—Tendré que sacar la pala para remover la nieve si quiero salir —suspiró ella con resignación antes de volverse a echar un vistazo al calendario mensual que tenía pegado con chinchetas al corcho, junto con varios llaveros de los lugares en los que había estado o que habían sido un regalo. Había tachado varios de los días, así como había hecho anotaciones para los próximos días, sus ojos cayeron entonces sobre el día veinticuatro el cual estaba rodeado con varios círculos rojos y bajo este leyó la nota que había puesto.

—Cena de Beneficencia —leyó en voz alta y a medida que las palabras entraban en su cerebro su rostro se fue poniendo cada vez más blanco—. Oh... ¡Mierda!

Y por segunda vez en esa misma mañana víspera de Noche Buena, Snow volvió a gritar.

CAPÍTULO 5

Micha volvió la mirada desde la puerta abierta de la calle al piso de arriba donde acababa de oír nuevamente el grito de la humana, tenía que reconocer que aquella chica tenía un buen par de pulmones, pero si seguía mucho tiempo con esos gritos, antes o después se quedaría ronca. ¿Una Snow calladita? La

idea empezaba a antojársele bastante atractiva.

Volvió la mirada de nuevo a los pies de la puerta y gruñó, la nieve se había amontonado en el camino y sobre las escaleras. ¿Cómo podía nevar tanto en una sola noche? Sin pensárselo mucho, empezó a derribar la nieve a patadas antes de salir al exterior y enterrar algo más que la suela del zapato mientras bajaba lentamente peldaño tras peldaño.

El aire frío arrancó vapor de su respiración, su cuerpo se estremeció en respuesta a la baja temperatura y sin pararse a pensarlo compensó aquella cadencia vistiendo automáticamente una cazadora y una bufanda. A medida que andaba la nieve se iba haciendo más gruesa bajo sus pies, más sólida y menos polvorienta, la chica había dejado su coche a unos pocos pasos de la entrada, en un trozo del terreno que recordaba estaba asfaltado si bien, ahora todo lo que veía del vehículo eran parte de las ruedas y una delgada capa de nieve cubriendo el capó y el techo. Micha se volvió entonces hacia la casa, la noche anterior apenas había reparado en ella a la luz de las dos únicas farolas del camino y el foco situado encima de la propia puerta, ahora podía ver perfectamente la casa de dos plantas, una especie de cabaña diminuta ubicada en ninguna parte a juzgar por el yermo terreno a su alrededor. Posiblemente aquello habría servido al propósito de los antiguos propietarios de la casa, cuando eras mestizo era difícil saber donde encajar exactamente y no acababas de sentirte a gusto en ningún lugar con lo que tendías a la soledad.

La planta baja como ya sabía contaba con una ventana frontal, la puerta principal y un par de ventanas laterales que daban al salón y la cocina respectivamente, solo había otra ventanuco en el otro lado de la casa, que pertenecía al baño. La planta superior no era mucho más grande, recortándose de forma desigual sobre la primera planta, parecía haber sido un añadido posterior a la construcción original y como ya sabía solo contaba con las dos habitaciones con una ventana para cada una de ellas.

Realmente, un lugar diminuto para vivir y él estaba obligado a quedarse en él hasta que la nieve se derritiera, suspirando alzó la mirada hacia el cielo y exclamó en voz alta.

— ¡Voy a ganar esta jodida apuesta aunque sea lo último que haga en mi jodida vida, Ara!

Dando un puntapié a la nieve esparcida por el suelo delante de él siguió con su exploración, dándose el lujo de disfrutar de los espacios abiertos, realmente se había sentido encerrado en aquella pequeña caja de cerillas.

— ¿Micha? —Oyó su nombre pronunciado con aquella cadencia que parecía solo poder imprimir ella en su voz—. ¿Michael?

Micha giró hacia la casa justo a tiempo de ver a la pequeña humana asomarse a la puerta vestida con unos tejanos viejos, unas botas de piel hasta debajo de la rodilla y un suéter blanco bajo una chaqueta no mucho más agradable que la que había vestido la tarde anterior. En esta ocasión llevaba el pelo atado en una coleta y una bufanda alrededor del cuello. Snow sonrió al verlo e incluso lo saludó con la mano antes de volver a desaparecer en el interior para volver a salir a los pocos minutos con unos guantes y una pequeña pala y escoba exterior. Para ser honestos, Micha esperaba verla caer de bruces en la nieve nada más dar un paso fuera del umbral de la puerta, después todos los desastres que parecían perseguir a la chica, no le sorprendería verla nuevamente en el suelo.

Snow patinó de hecho sobre el segundo escalón pero logró mantener el equilibrio gracias a la pala y a la escoba que llevaba en ambas manos, él pudo oírla dejar escapar un suspiro de alivio mientras recorría lentamente la distancia que lo separaba de él.

—Grrrr... hace frío, ¿verdad? —Murmuró ella llegando a su lado e indicó a su espalda con un gesto de la mano que todavía sostenía la escoba—. He puesto la cafetera, habrá café recién hecho en un rato y el microondas está descongelando unos bollos.

Micha se limitó a arquear una ceja en respuesta y ella dejó caer los hombros.

—Déjame adivinar, tampoco tomas café —respondió con un mohín—. ¿Qué demonios coméis vosotros los ángeles? ¿Algodón de azúcar?

Micha se dio la vuelta sin contestarle siquiera, esa mujer estaba chiflada, ¿Cómo si no se explicaba que hubiese aceptado tan bien su presencia allí? Y ya no solo su presencia, si no lo que él era, el día anterior le había clavado un abrecartas en el hombro y casi se había meado de miedo en las bragas al ver

sus alas y ahora era todo flores y cachorritos. Estaba loca, no había otra explicación para ello.

— ¿Todavía sigues con la idea de que estás soñando? —sugirió caminando hacia el camino de entrada.

Snow dejó las herramientas contra su coche y empezó a limpiar las ventanillas con las manos enguantadas.

—Lamentablemente ya no —negó ella encogiéndose de hombros al tiempo que se movía a la otra ventanilla—, mis nuevas opciones se reducen a que seas lo que dices ser, lo cual es tan aterrador que ni siquiera quiero indagar más allá de ello, o que seas un prestidigitador tan bueno, que todo lo que ha ocurrido hasta ahora haya sido un producto de mi mente. La tercera de las opciones, es que esté en coma en el hospital por una caída y todo esto no sea más que el resultado de una hemorragia cerebral.

Micha se volvió a mirarla, las respuesta de aquella mujer no dejaban de asombrarle.

—Genial —aceptó él estremeciéndose ante las rebuscadas opciones de ella.

Ella sonrió para sí y cogió la escoba con la que empezó a quitar la nieve de su coche, solo para detenerse al instante con una mueca mientras se llevaba una mano al costado.

Micha resopló y dio la vuelta hacia ella.

—En la vida he visto a alguien más estúpida que tú —farfulló llegando a ella y sacándole la escoba de las manos—. No tengo el don de la curación más allá de mi mismo, solo puedo mitigar los daños y eso no incluye traerte de vuelta de la muerte, así que,

¿Podrías por favor estarte quieta y preferiblemente callada hasta que yo haya ganado mi apuesta y pueda largarme de este jodido sitio?

Snow miró la escoba, lo miró a él y sonriendo ampliamente le incrustó el palo de del esta contra el pecho, sacándole el aliento al tiempo que decía.

—Claro, si te encargas de mi coche —aseguró enderezándose poco a poco—. Tengo que estar en la biblioteca en una hora, mañana en la noche es la Cena de Beneficencia y tengo que preparar algunas cosas y también quería adelantar un capítulo de mi novela, se me ha ocurrido una idea perfecta para el nuevo protagonista. Es un cabrón hijo puta, con alas negras que viene a hacerle la vida imposible a la chica, ¿Pero sabes qué? Él no sabe que la chica es aún más cabrona que él.

Micha estaba sin palabras, demasiado sorprendido para decir una sola cosa.

—Oh, y sobre todo desentierra las ruedas —le pidió ella dando media vuelta con intención de volver a la casa—. Es indispensable para que pueda salir de aquí. Te avisaré cuando el café esté listo. Gracias, Michael.

Snow se despidió con la mano y volvió lentamente hacia la casa, perdiéndose la manera en la que Micha rompía el mango de la escoba en dos y la fulminaba con la mirada.

A este ángel caído sí le gustaba el café. Snow sonrió para sí mientras escribía la siguiente escena de su novela y recordaba las tres tazas de café que se había tomado Micha antes de salir para la Biblioteca, ella se había sentido un poco culpable de dejarlo fuera haciendo todo el trabajo pero se lo había buscado, el que fuera un ángel caído no le daba derecho a tratarla como si fuera una muñeca descerebrada o la peor plaga del mundo, algo que parecía pensar profundamente.

Micha sentía verdadera aversión por los humanos, la pobre Señora Kendall había sido testigo de primera mano cuando se la habían encontrado en el pequeño supermercado del pueblo y se había quedado mirando al hombre como si fuera un pastelillo de crema al que pudiera lamer a su antojo. Snow se había visto obligada a presentarlo a la mujer como el hermano de su mejor amiga _lo que le recordaba que tenía que llamar a Aranel y decirle de primera mano lo que pensaba realmente de su hermano_ y disculparse rápidamente argumentando que tenía que ir a la Biblioteca. La mujer había disculpado a Snow, por supuesto, pero seguía sin sacarle la mirada de encima a Micha, de hecho había tenido la osadía de acariciarle el brazo de una manera muy sexual y sugerir enseñarle el pueblo.

Micha se había quitado la mano de la mujer de encima y le había dicho con total suavidad, educación y amabilidad que no estaba interesado en entrar en el harem de una mujer que se quitaba años, ponía los cuernos al marido con el cartero y el hijo del propietario de la funeraria, al cual doblaba en edad para finalmente mirar a la cajera, una bonita y coqueta rubia, guiñarle el ojo dejándola sonrojada y tras echarle un vistazo de advertencia a Snow, se largó a la calle a esperarla.

Hoy realmente podría llegar a gustarle ese ángel negro, él había conseguido en menos de cinco minutos, lo que ella no había conseguido en todo el tiempo que llevaba viviendo allí; Dejar muda a la Señora Kendall.

Ahogando una risita, se apresuró a terminar la escena en la que estaba trabajando y le dio un gran sorbo al chocolate con moka que se había traído de la tienda. La biblioteca solía estar casi vacía en aquella época del año, de hecho si hubiese sido cualquier otro día con aquella nevada, se habría quedado en casa, el problema era que su casa había sido invadida por un ángel de alas negras de un metro noventa y cinco de alto, respuestas mordaces y una antipatía natural hacia la raza humana y parecía que ella estaba siendo la principal depositaria. Después de su escaramuza en el supermercado, Micha la había esperado fuera y había vuelto con ella a la biblioteca, el hombre parecía realmente fastidiado de tener que andar siempre en su compañía así que Snow le había sugerido que se fuera a dar un paseo, de ese modo ella podría avanzar también algo en su trabajo sin tenerle mirándola por encima del hombro o recordándole lo inferiores que eran los seres humanos. Como ya había aprendido que era costumbre en él, Micha la había mirando como si dijera “yo el amo, tú no me das órdenes estúpida esclava” y se había marchado del edificio sin mediar palabra.

Snow miró el reloj en la pared y suspiró, apenas había podido escribir cuatro míseras páginas en una hora, su mente empezaba a vagar cuando estaba intentando escribir algo y al final acababa frustrada y con la sensación de no haber adelantado ni una sola página.

Sabiendo que por hoy no iba a ser capaz de escribir nada más, guardó el archivo en su portátil e hizo una copia de seguridad en su pendrive, ya había perdido una vez toda la información de una novela y no estaba dispuesta a pasar por eso otra vez, el volver a reescribir casi doscientas páginas no era

algo que quisiera tener que repetir nunca. Y lo había hecho, había vuelto a empezar de nuevo, en parte por ella misma y en parte por la insistencia de Arabel, que la había animado a no dejarse vencer.

Arabel. ¿Era ella también un ángel como Micha o solo había sido un invento de él?

Tamborileando con los dedos sobre la mesa, Snow se volvió en la silla y cogió su bolso del primer cajón donde siempre lo guardaba y buscó su teléfono móvil.

— ¿Qué estoy haciendo? —se preguntó a sí misma, insegura de dar el paso.

Ellas habían sido amigas durante varios años, de hecho, para ser honesta consigo misma, Snow sabía que Arabel era su única amiga. Nunca se le había dado bien eso de hacer amistades, la gente que la conocía la trataba con amabilidad y respeto, pero en aquel pequeño pueblo no había nadie como Arabel, nadie a quien acudir cuando las cosas se torcían, cuando estabas tan frustrada que necesitabas descargar con alguien que sabría comprenderte o tan solo escuchar, ella había sido la que había tomado un avión para estar con ella cuando Snow por fin le contó que el gilipollas de su ex había roto con ella después de menospreciarla y dejarla tirada y se habían puesto hasta las cejas de café _para Snow el café era igual que un chute de adrenalina, una sola taza y estaba eléctrica todo el día_ gritando y despotricando durante toda la noche en contra de los tíos. No quería descubrir que su amiga había tenido un secreto como ese para con ella.

—Claro, como si pudiera decirme, Hola, Snow, sabes, tengo algo que contarte. Soy un ángel caído y tengo unas pedazo enormes alas negras — Farfulló ella hablando en falsete—. Lo más seguro es que acabaría riéndome durante horas, o acabase en el hospital con un colapso nervioso si sus alas se parecían en algo a las de Micha.

Snow suspiró y volvió a mirar el teléfono.

—Por otro lado, si Micha ha mentido... es un ángel caído después de todo — razonó consigo misma, entonces resopló y se echó hacia atrás en la silla sintiendo como el colgante con su pluma se desplazaba sobre su piel con el

movimiento—. Oh, ¿Por qué no puede solo ser un tío normal y un poco huraño y hermano de mi mejor amiga?

Respirando profundamente apretó la tecla de la agenda y buscó a lo largo de los números hasta encontrar el de Arabel, cerró los ojos y marcó.

“El teléfono al que está llamando está apagado o fuera de cobertura”.

La voz de la operadora saltó tan pronto sonó el primer tono indicando que no se encontraba disponible. Suspirando Snow echó el teléfono de nuevo en el bolso y echó la cabeza hacia atrás, dejando que su coleta resbalara hacia el respaldo de la silla.

—Será mejor que me encargue de cosas que sí entiendo —murmuró para sí, asintió para sí misma y dejó el asiento, apagando el ordenador y cogiendo el bolso.

Snow echó un vistazo atrás antes de colgar el cartel en la puerta que avisaba de que estaría ausente, se ciñó la chaqueta y echó a andar calle abajo, con suerte, volvería antes de que Micha apareciera de nuevo.

Micha contempló sin pestañear a la misma esencia del engaño y entrecerró los ojos.

Ara se había valido de su ingenio para llevarlo hasta esa situación, pero estaba equivocada si pensaba que iba a darse por vencido tan pronto. La muchacha podía ser un auténtico desastre y traer a su vida recuerdos de un pasado que prefería olvidar pero, ¿enamorarse de ella? Eso sí que sería un milagro.

La ángel caída se había presentado ante él cuando estaba dando su paseo por el pueblo, caminando a su lado de forma pausada y sin pronunciar palabra.

— ¿Estás muy enfadado? —Sugirió ella al ver que Micha no soltaba prenda —. Al menos te libraste de que fuese una mujer parecida a la Sra. Kendall.

Micha la miró con sus ojos verde claros.

—Oh, no lo sé... al menos la Sra. Kendall puede que no me apuñalara al

verme y no se caería de bruces rompiéndose la nariz y desangrándose en el proceso —respondió ella con ironía.

Por primera vez en todo el tiempo que llevaban juntos, vio palidecer a Ara.

— ¿Snow se ha roto la nariz? ¿La has llevado al hospital? ¿Está bien? Diablos, no debí colgarle el teléfono —empezó a farfullar la ángel empezando a registrar su anorak en busca del teléfono.

—Wow. Para ahí, ángel —la detuvo Micha realmente sorprendido—. La humana está bien, se ha quedado en esa casucha con montones de libros y montones de polvo, en el que hay más polvo que libros, de hecho. Puede no gustarme esa incansable parlanchina, pero no quiero una muerte humana más sobre mi conciencia y menos cuando ella es tan estúpida como para caerse por las escaleras, o hacer una escultura nueva con un cubo de basura a base de patadas.

Ara se quedó inmóvil con el teléfono ya en la mano y dejó escapar un lento suspiro de alivio que no hizo sino enfurecer a Micha.

— ¿Es tu custodio? —Preguntó mirándola con recelo—. ¿Has apostado a tu jodido custodio?

Ara negó con la cabeza.

—Ella no es mi custodio, Micha —negó ella volviendo a guardar el teléfono móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Es mi amiga, y quería que la conocieras para que te dieras cuenta de que los humanos no son la peste que piensas, que no todos son así. Snow es una muchacha muy dulce, algo desastrosa, pero con un corazón generoso.

Micha arqueó una ceja y la miró como si dijera, “yo sé algo que tú no sabes”.

—Tu corazón generoso, hizo que le quitara la jodida nieve a su jodido coche y le pusiera las jodidas cadenas, para que ella pudiera subirse y arrastrarnos a ambos, con este jodido frío hasta este infernal y moribundo pueblo —respondió casi escupiendo las palabras.

Ara parpadeó varias veces y entonces sonrió, sí, así era su pequeña Snow. Un dulce relleno de dinamita. Solo esperaba que Micha se diera cuenta de que esa pequeña humana podía hacer más por él de lo que jamás había podido hacer ella. Snow era esa clase de humana que se te metía en la piel y terminabas queriéndola con desastres y todo.

—Ya veo que te lo has estado pasando muy bien —aseguró Ara con absoluta ironía y entonces recordó algo que había dicho Micha—. ¿Has dicho que te apuñaló?

— ¡Vaya, por fin escuchas! —Clamó él con ironía—. Tu preciosa humana me hizo un agujero en el hombro con un jodido abre cartas, y no contenta con eso, también me lastimó el ala en el proceso.

Vaya, aquello era nuevo.

—Te apuñaló —su rostro era de incredulidad—. Me estás vacilando.

Micha la miró con fijeza, su expresión desmintiendo cualquier parecido con la diversión.

—Vale, no estás vacilando —aceptó con sorpresa—. ¿Pero cómo es posible? Snow no haría daño ni a una mosca.

—Digamos que alguien le dijo que tenía que dar alojamiento al hermano de su amiga y ella me confundió con él —le respondió de manera acusatoria—. Cuando descubrió su error, entró en pánico y me apuñaló.

—Bueno, de alguna manera tenía que explicar tu presencia —sonrió ella con pura inocencia.

—Pues podrías haberle explicado de paso, quién era realmente, de ese modo no se habría muerto de un ataque de pánico cuando vio mis alas —escupió Micha.

Ara empezó a boquear como un pez en su intento de responder a aquello. ¿El muy gilipollas se había mostrado como lo que era realmente? Sacudió la cabeza para poder aclararse y lo apuntó con un dedo.

— ¿Le mostraste tus alas? ¿Le mostraste tus jodidas alas? —acabó gritando—. ¡Estás loco!

Micha gruñó.

— ¿Quieres que te apuñale y vemos si tú no sacas las tuyas de manera involuntaria? —respondió entre dientes.

Vale, él tenía un punto.

—Entonces, ella sabe... —preguntó mirando fijamente a su compañero.

—Oh, sí. Lo sabe. Sabe la verdad de ambos —le dijo él indicándolos a los dos con un dedo.

— ¿Y como se lo ha tomado?

Micha resopló.

—Oh, bien —aseguró Micha con ironía—. Como dije, cayó de bruces y se rompió la nariz.

Ara se estremeció. Pobre Snow, debía estar tan confundida y herida. Ella le había mentido, bueno, no mentido exactamente, pero no le había dicho toda la verdad.

Suspirando interiormente se dijo que las explicaciones tendrían que esperar, no se había tomado tantas molestias para que todo terminase ahora.

—Intenté curarla, pero resulta que mis dones se han visto ligeramente restringidos aquí abajo —respondió Micha con renovada irritación—. Ni siquiera puedo curarme completamente a mí mismo, la herida que me provocó esa lunática no ha terminado de sanar todavía. ¿Y has visto bien donde vive? Eso es una caja de cerillas.

—Es la casa de sus abuelos —respondió Ara—. Ella se crió allí, es todo lo que tiene.

Sus padres murieron cuando ella era muy pequeña.

—Lo sé, me lo contó. De hecho, tiene la jodida manía de empezar a hablar y seguir sin detenerse. ¿Qué le pasa? ¿Funciona a pilas o qué? —se quejó Micha.

Ara sonrió interiormente. Aquella era la primera vez que veía a Micha refunfuñando por todo, no se parecía en nada al serio y paciente profesor que se enfrentaba cada día a uno de sus lloriqueantes alumnos, de hecho en aquellos momentos se parecía cada vez más a uno de esos alumnos.

—Le gusta hablar —la disculpó Ara. Ella conocía de primera mano lo habladora que era Snow.

—Pues alguien debería decirle que se callara de vez en cuando —refunfuñó él, entonces añadió—. Oh, y por cierto, no sé si te habrás dado cuenta pero en esa caja de zapatos hay más presencia blanca que en el mismísimo Haven. Su abuela era un Nephilim, querida mía.

Micha quedó realmente satisfecho cuando vio a la mujer quedarse boquiabierta, aquella expresión había mejorado mucho la horrible mañana que llevaba.

—Me alegra que te guste tanto el descubrimiento como me gustó a mí —aceptó Micha con una amplia e irónica sonrisa—. Ahora, si me disculpas, volveré a ver qué está haciendo esa pequeña humana, alguien debería mandar una carta de recomendación al Haven para que le pusieran un regimiento entero de ángeles de la guarda, o se matará antes de dar dos pasos seguidos.

—Ahora te tiene a ti, ¿no? —Le respondió Ara con una sonrisa—. No necesitará a nadie más.

Micha sacudió la cabeza.

—Ah, no, queridita —negó Micha—. Solo estaré aquí hasta que la nieve se derrita, después de eso, la humana es historia y me dará lo mismo si la atropella un cubo de basura o se ahoga en un vaso de agua.

Dicha su última palabra, Micha dio media vuelta y se desvaneció en el aire.

Ara se quedó allí pensando por primera vez, si no habría metido la pata al enviar a Micha con Snow, no quería que dos de las personas que más le importaban en la vida, sufrieran por su culpa.

Su mirada ascendió hacia el cielo.

—No permitas que me equivoque, Ulises —susurró enviando todo su amor en esa plegaria—. Micha necesita conocer lo que hemos conocido tú y yo.

Una solitaria lágrima se resbaló por su mejilla y cayó en la nieve cuando ella desapareció.

La campanilla sobre la puerta de la tienda de Antigüedades que regentaba Andrè, el francocanadiense que se había instalado en Baldacci hacía ya un par de años, sonó anunciando la entrada de clientes. Snow se volvió desde la sección en donde estaba mirando los adornos navideños para ver entrar a uno de los hijos de la Señora Kendall, William. El joven muchacho, que rondaba ya los veintitantos la saludó con un gesto de cabeza antes de dirigirse directamente al mostrador para hablar con Andrè. Snow conocía al chico casi desde que eran niños, ambos habían jugado juntos hasta que la familia Kendall había enviado a William a un internado con la intención de enderezar un poco al diablillo que era en aquel entonces. Después de cursar sus estudios en la Universidad de Main, había vuelto a casa solo de cuando en cuando, pues tenía pensado establecerse en Washington con su novia, por lo que había oído, parecía que ya se oían campanas de boda.

Suspirando Snow volvió a concentrarse en las dos guirnaldas que tenía entre las manos, una con unas cintas rojas y otras con cintas azules. Los adornos navideños que tenía en casa habían sufrido un pequeño accidente el año pasado, cuando el pequeño abeto había caído contra la chimenea y se había calcinado en rápidos instantes con todo lo que tenía encima. Había sido una suerte que ella hubiese estado allí y supiera utilizar un extintor, o a estas alturas, estaba segura de que estaría durmiendo en la calle.

—Roja o azul —murmuró para sí mientras miraba una y otra, entonces volvió

a bajarlas y frunció el ceño—. No se irán otra vez a la chimenea, ¿verdad?

Sacudiendo la cabeza para alejar aquellos pensamientos se decidió por la roja y la metió en el cesto de la compra, el cual solo tenía en su interior un pack de bolas para el árbol y unas cintas de colores. Lamentablemente su sueldo en la biblioteca no era de lo mejor, pero al menos le alcanzaba para pagar las facturas, para la comida y aún le sobraba suficiente para permitirse un capricho de vez en cuando, un capricho en la forma de una tableta de chocolate con nueces o chocolate blanco con aroma de vainilla que traía de la feria que pedía a una chocolatería de la capital por Internet. Adoraba el chocolate.

Snow repasó los que llevaba en el cesto e hizo un cálculo mental del importe antes de dirigirse al corredor situado al fondo de la tienda, donde André mantenía los artículos de pesca, esquí y algunas otras cosas que de vez en cuando traía de importación. Su mirada pasó por encima de los artículos expuestos, vagando de unos a otros hasta que se topó con unas simpáticas tazas navideñas con diferentes dibujos: Un trineo con Renos, Santa Claus junto a un árbol de navidad y otros motivos navideños. Pero fue una de las últimas tazas, en la que un pequeño ángel rubio con alas blancas sostenía entre sus manos una bola de nieve, en la que se podía apreciar el diseño de una casa cubierta de nieve y decorada con motivos navideños. Snow cogió la taza en sus manos y la observó antes de meterla en el cesto de la compra. El movimiento al inclinarse hizo que el colgante que llevaba puesto se deslizara sobre su piel recordándole la presencia de un irascible hombre de profundos ojos verdes en su vida. No un hombre, se corrigió, un ángel caído. Y uno que sentía un injustificado y fiero rencor hacia la raza humana. Snow sentía lástima por él, nadie debería de vivir con la amargura que había notado en la mirada y en la voz de Micha, nadie debería de vivir tan atormentado.

Sacudiendo la cabeza recogió la cesta y se dirigió al mostrador donde André, un enjuto hombre de cerca de los cincuenta, hablaba por fuerte acento francés mientras le daba el cambio a William.

—Lo sé, André —respondió William con una voz profunda y masculina—. Tendré en cuenta tu sugerencia para el viaje.

—Os encantará, estoy seguro, mon ami —aseguró el hombre atusándose su tupido bigote para finalmente atender a Snow, quien ya había colocado la cesta

sobre el mostrador y sacaba los artículos uno a uno—. Ah, señorita Patterson, ¿Haciendo compras de última hora?

—Creo que aunque intentemos evitarlo, siempre hay algo que comprar de última hora, André —sonrió Snow, dirigiendo la mirada a William—. Hola William.

—Hola, Snow —la saludó el muchacho con la misma calidez de siempre—. ¿Todo bien por allá arriba?

Ella asintió y levantó su brazo en una demostración de fuerza.

—Por supuesto, un poco de nieve no puede conmigo —aseguró ella sonriendo.

William asintió y le tocó el hombro de forma amistosa.

—Será mejor que te lleves unas latas extra de gasolina para el generador, están anunciando fuertes nevadas para los próximos días —le recomendó y entonces se volvió hacia el dependiente—. Parece que vamos a tener unas navidades más que blancas.

—Sí, de ayer a hoy ha caído más nieve de la que era de esperar —aseguró André—.

¿Te quedarás las navidades o vuelves allá?

—Samantha pasará la Noche Buena con su familia, pero el año nuevo si lo pasaremos juntos —aceptó refiriéndose a su novia.

—Entonces te veremos más bien poco —comentó Snow dejando la cesta vacía con las otras.

—Eso me temo —asintió y palmeó el brazo de la chica a modo de despedida—.

Cuídate, Snow. Me ha encantado verte otra vez. Señor André.

—Lo mismo digo, William.

—Hasta la vista, chico.

Ambos vieron salir al chico, entonces André accionó la caja, abriendo una nueva cuenta y empezó a pasar los artículos de la chica.

—William tiene razón, deberías de ir al supermercado y coger un par de garrafas de combustible, solo por si acaso —le aseguró el hombre pasando los artículos uno por uno antes de meterlos en una resistente bolsa de papel—. Este tiempo es impredecible y tú sola allí arriba... —el hombre chasqueó la lengua—. Deberías pensar en trasladarte al pueblo, hay pisos a la venta.

—Sabes que me gusta mi casa, André, nunca podría abandonarla —negó ella sacando el monedero de su chaqueta.

—Lo sé, lo sé —sonrió el hombre sacudiendo la cabeza mientras pasaba el último de los artículos—. ¿Es todo?

Snow asintió y se alzó sobre la punta de los pies para ver el importe en el lector.

—Sí, al menos por ahora —sonrió ella sacando un billete de veinte y otro de diez dólares—. Mañana es la cena benéfica, así que, que no te sorprenda si me ves aparecer para comprar más platos o vasos de papel navideño como los que ya llevamos.

—Hacéis una labor admirable —aseguró el hombre y señaló la trastienda—. Si necesitáis voluntarios, siempre puedo mandaros a Billie.

Ella sonrió en agradecimiento. Billie era un senegalés que había llegado al pueblo en plan turista y había terminado por quedarse en él durante breves temporadas en las cuales solía trabajar con André.

—Gracias, André —rió Snow pagándole el importe—. Pero no veo a Billie detrás de un mostrador sirviendo bandejas.

El hombre se echó a reír con ganas.

—Es cierto, querida —aseguró el hombre con buen humor al tiempo que le daba el cambio—. De todas formas, a él le encantará ayudar.

Snow guardó la vuelta del dinero y volvió a guardar el monedero antes de coger la bolsa.

—Dale las gracias de mi parte —asintió ella bajando la bolsa.

—Oh, espera, llévate esto —la detuvo André saliendo de detrás para dirigirse a una de las cestas de la entrada y coger un par de bolsitas con almendras y un atado de muérdago—. Feliz Navidad, Snow.

Snow sonrió agradecida y abrazó al hombre con su brazo libre.

—Joyeux Noël et Bonne Année.

El hombre sonrió agradecido por escuchar la felicitación en su idioma natal y la acompañó abriéndole la puerta.

Micha observó a la humana mientras salía de una tienda al otro lado de la calle y se apresuraba en cruzar la calle para volver al edificio donde trabajaba. Sus movimientos seguían siendo torpes y por la rigidez en su columna, era obvio que las magulladuras en sus costillas seguían molestándola, pero su rostro en cambio estaba sonrosado e irradiaba felicidad. Suspiró, nunca había entendido esa cualidad que tenían los humanos para poner buena cara cuando las cosas estaban mal, o cuando se sentían enfermos con tal de no preocupar a los que estaban a su alrededor. Snow no tenía a nadie cerca de ella como para tener que fingir, en cambio lo había hecho, la noche anterior mismamente, con él.

Sacudiendo la cabeza para alejar aquellos estúpidos pensamientos dejó la ventana y caminó hacia el otro lado de la atestada habitación para encontrarse con ella.

— ¿Micha? —oyó su nombre y el sonido de la puerta y los pasos tras ella.

— ¿Dónde te habías metido? —le preguntó él saliéndole al encuentro.

— ¿Llevas mucho rato aquí? ¿Te gustó el pueblo? No es gran cosa, pero...

—Mete el freno —la obligó a detener su parloteo antes de que se envarara—.

Acabo de llegar y el pueblo es eso, un pueblo... al menos no es un cubículo cerrado como esa caja de cerillas que tienes por casa.

Snow puso los ojos en blanco e hizo una mueca mientras se sacaba los guantes y la bufanda dejándolos en el perchero que había a la entrada, tras el mostrador de recepción y metió la mano en la bolsa para sacar el atado de muérdago y sacando una ramita se la coló a él en el bolsillo delantero del anorak antes de palmearle el hombro que le había lastimado con delicadeza.

—Ten a ver si te quita el mal humor —le respondió ella cogiendo la bolsa y dirigiéndose hacia su oficina.

—Pero qué... —masculló Micha antes de tomar la rama de muérdago que ella había colado en el bolsillo de su chaqueta y salir tras ella—. Mi humor va en función de la compañía, por si todavía no te has dado cuenta.

—Lo sé, lo sé, soy una humana tonta y despreciable —respondió ella imprimiendo un tono tétrico y aburrido a sus palabras—. Bla, bla, bla.

Micha estrechó los ojos y la miró con fastidio, no le gustaba que se burlaran de él, mejor dicho, no le gustaba que “ella” se burlara de él, lo hacía casi... divertido.

—Mañana hay una cena benéfica en el salón de actos —le respondió ella entrando en su oficina, dejando la bolsa a un lado y dirigiéndose a su ordenador—. ¿Y adivina qué?

Micha conocía aquel tono de voz, era el mismo que había utilizado antes de mandarle limpiar su coche. No, aquel tono de voz no presagiaba nada bueno.

— ¿Qué? —se encontró preguntando.

—Vas a venir conmigo y ayudarme —le aseguró ella con una amplia y satisfecha sonrisa.

—Por encima de tu cadáver —respondió él con voz profunda, maliciosa.

Ella puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua, no estaba impresionada.

—Sé que no te gusto, los humanos, quiero decir —se corrigió rápidamente—, no sé el motivo aunque intuyo que algo malo debió de pasarte con alguno de nosotros para que sientas tanto rencor y desprecio, pero no todo el mundo es así, Micha y te lo demostraré.

Micha resopló con fastidio.

—Pierdes tu tiempo, humana.

—Es Snow, angelito —le respondió ella y para sorpresa de Micha, ancló las manos a las caderas—. Y antes de que acabe la navidad, conseguiré que cambies de opinión sobre los humanos, acabaré gustándote... como humana... ya lo verás.

—Ahora sí es seguro que te has golpeado de nuevo la cabeza —aseguró él con absoluto convencimiento.

Snow se limitó a encogerse de hombros y sonrió. No había pensado hasta ahora en ello, pero lo haría, ese sería su regalo estas navidades, haría que Micha volviese a confiar en los humanos.

CAPÍTULO 6

La pequeña humana estaba loca si esperaba que fuera a participar en toda esa locura navideña por iniciativa propia. Nada más regresar a esa pequeña caja de zapatos que tenía por casa había sacado la compra del maletero del coche y le había obligado a cargar con las bolsas hasta el interior.

— ¿Piensas alimentar a todo un ejército? —preguntó refunfuñando al coger dos enormes bolsas de papel marrón de la que sobresalían legumbres y pan.

Ella se limitó a reír y pasó ante él para abrirle la puerta.

—Fuiste tú el que dijo que era vegetariano —aseguró ella pasando al interior

de la casa—. Déjalas sobre el mostrador de la cocina, Micha.

Pero aquello no había sido lo peor, lo realmente malo había llegado cuando había empezado a sacar adornos navideños de una vieja caja, algunos de ellos parecían haber sufrido los daños causados por un incendio, aunque Micha no era capaz de explicarse cómo y se los había tendido pidiéndole ayuda para colgarlos.

—Dame una buena razón por la que tenga que hacer algo tan estúpido, humana.
— refunfuñó él.

—Porque eres mucho más grande y alto que yo y llegas a los sitios sin necesidad de una escalera o hacer equilibristas sobre una silla —le aseguró palmeándole suavemente el hombro sano para darle ánimos—. Considéralo tu buena obra de estas navidades.

—La navidad me trae sin cuidado y las buenas obras están hechas para los blancos, no para mí.

Snow se había limitado a decirle que sí, a darle la razón aunque no la tuviese como si se tratase de un niño pesado e insistente al que se había visto obligada a cuidar y al final, sin saber todavía como, Micha había terminado colgando las cintas de colores, bolas y adornos navideños que en su opinión hacían aún más pequeña de lo que era la pequeña caja de cerillas.

—Si metes alguna otra cosa más, tendremos que salir nosotros —masculló él de mal humor. No sabía que le pasaba, pero junto a ella ese parecía ser su perpetuo estado.

Snow terminó de asegurar los calcetines sobre la chimenea y se volvió hacia Micha.

—Agradece a que el abeto de plástico se quemó las navidades pasadas y no he podido reemplazarlo —respondió ella observándole asegurar la última de las cintas de colores sobre la cocina.

— ¿Qué hiciste? ¿Lanzarlo a la chimenea?

Snow hizo una mueca.

—En realidad, se cayó solo —aceptó ella con un leve encogimiento de hombros—.

Y tuve suerte de que solo fuera el árbol y que tuviese el extintor a mano, o podría haber sido mucho peor. Desde entonces, no he vuelto a encender la chimenea.

Micha se volvió hacia ella y la observó mientras arreglaba los calcetines de diseños navideños que había colgado en la repisa de la chimenea como dictaba la tradición humana, uno de ellos era de un gastado tono rojo, incluso el muñeco de nieve que tenía gravado parecía haberse descolorido, el otro sin embargo era de un intenso color verde, con un gordo Santa Claus subido en su trineo arrastrado por renos y parecía estar absolutamente nuevo. Su mente vagó a las últimas navidades humanas a las que había asistido en donde había asistido también a una escena como esa; Ella había estado colgando cuatro coloridos calcetines sobre la chimenea mientras dos niños correteaban por el enorme salón persiguiéndose uno al otro, las risas habían inundado el hogar a cada momento del día y en la mañana de Navidad los pequeños habían chillado de felicidad al ver que las galletas que habían dejado sobre el plato y el vaso de leche habían sido probados por Santa y sus calcetines estaban repletos con dulces y juguetes. Aquellas habían sido las últimas navidades a las que Micha había asistido, poco tiempo después las risas habían dejado de escucharse en aquella casa siendo sustituidos por los gritos y las palizas hasta que ya no se oyó nada más.

Apretando los dientes se obligó a desterrar esos recuerdos de su mente.

—La navidad no es más que otro inútil intento de la humanidad de enmascarar de algún modo el egoísmo que han demostrado a lo largo del resto del año —respondió Micha con desprecio atrayendo la mirada de Snow hacia él—. Una hipocresía más.

Sin decir ni una sola palabra más, lanzó las tijeras y el rollo de celo sobre el mostrador de la cocina y cruzó el salón de forma intempestiva hacia la puerta. Snow lo miró con tristeza, observando la manera en que había reaccionado a un solo comentario de ella, o quizás no solo había sido su comentario, pues

había creído sentir los ojos de él fijos en su espalda durante un momento.

— ¿Quién te ha hecho tanto daño para que pienses así de los humanos, Micha?
— murmuró para sí misma, entonces dejó la cinta con la que había atado los calcetines y caminó hacia la puerta solo para verlo allí solo en medio de la nieve que había empezado a caer de nuevo, todo vestido de negro y con el rostro de cara al cielo.

Snow tenía miedo a moverse por si hacía ruido o lo molestaba, dios sabía que el ángel que estaba ahí fuera estaba lo bastante enfadado con el mundo como para querer provocarlo aún más, pero había algo en él que realmente le inspiraba lástima y ternura.

—Micha —susurró apoyándose en el umbral de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho para evitar estremecerse con el aire frío.

Como si la hubiese oído, él volvió la cabeza hacia ella y Snow jadeó ante el dolor que leyó en aquellos ojos verdes un instante antes de que él se desvaneciera en el aire quedando únicamente el paisaje nevado como única cosa que mirar.

—Lo siento, Micha —susurró ella y volvió a entrar en la puerta cerrando la puerta tras ella, esperando que al menos él regresara para la cena.

La cocina no era el fuerte de Snow, ella era perfectamente consciente de ello y con todo siempre ponía su empeño en intentar mejorar aunque no siempre fueran sus resultados acorde al esfuerzo que suponían. Aquella noche había conseguido hacer un pastel de verduras que tenía aspecto comestible y un sabroso aroma, la sopa de ajo sin embargo le había quedado un poco sosa y las tartaletas de queso, bien, el milagro de la mermelada les había dado un aspecto cuando menos comestible.

Su mirada voló por enésima vez al reloj de la cocina, su ángel negro se había esfumado hacía más de dos horas y todavía no había regresado y no estaba muy segura de que fuese a regresar.

Su ángel. Sonrió con ironía ante tal apelativo, Micha no era el ángel de nadie, él no permitiría a nadie acercarse lo suficiente para que llegase a pensar si

quiera en algo parecido y mucho menos se lo permitiría a ella.

—Solo hace poco más de un día que lo conoces y ya piensas con los pies, Snowy — se dijo a si misma mirando el pastel con un suspiro—. Quizás debiera meterte en la nevera, y si quiere comer cuando venga, que te saque.

Suspirando nuevamente volvió a mirar el reloj y la cena que ya empezaba a enfriarse.

—Menuda tarea te has impuesto a ti misma, Snow —se compadeció de sí misma, pensando en cómo haría que ese hombre volviese a confiar en los humanos, que tan siquiera la viese a ella como una amiga en vez de su peor pesadilla salida del infierno.

Girándose en la silla buscó el mando de la pequeña televisión que tenía colocada en una esquina de la barra americana en la cocina y puso el canal de noticias mientras se servía una ración del pastel y envolvía el resto con papel transparente antes de meterlo en la nevera.

—Si tú no quieres cenar es cosa tuya, Micha —refunfuñó ella atacando el pastel mientras observaba las noticias.

Micha deambuló durante horas hasta que los recuerdos y sentimientos que le provocaban su época pasada como ángel blanco se fueron desvaneciendo nuevamente relegados a ese oculto lugar en su corazón en el que todavía residían y sus emociones volvieron a estar bajo su control. La noche ya se había echado encima, la nieve había dejado de caer pero el cielo seguía encapotado impidiéndole ver ninguna de las estrellas que había allá arriba, sabía que no tenía lugar al que volver que no fuera la caja de zapatos de esa chica, Snow y la sola idea de volver a ella provocaba un vuelco en su estómago. Había visto la mirada en sus ojos cuando lo vio fuera bajo la nevada y se había odiado por ello, no quería la lástima de nadie y menos de aquella pequeña y desastrosa humana. Ella era tan extraña, en un instante estaba dándole órdenes como el mejor de los generales y al siguiente era nuevamente la delicada y desastrosa muchacha que se tropezaba hasta con sus propios pies, ella era... extraña.

—Tienes que ganar la jodida apuesta así que céntrate —se recordó con

fiereza.

La estúpida apuesta era el único motivo por el que estaba en el mundo humano, aguantando a la insulsa humana y la ganaría, así tuviese que pasar toda una jodida estación en compañía de ese patético ser, no permitiría que Ara le tomase el pelo y mucho menos que jurara con él de la manera que había hecho, le demostraría que estaba equivocada, que los humanos no valían la pena. No perdería la apuesta.

Con esa idea en mente volvió a la casa de Snow. La luz de la entrada seguía encendida, así como las del interior y el piso superior, Snow debía haberse retirado ya hacía tiempo al ver que él no había regresado todavía.

Micha cerró la puerta de la entrada tras él y se sacudió la nieve que se había aposentado sobre su pelo y hombros sin que se hubiese percatado, al tiempo que esquivaba el pequeño ramillete que había colgado del umbral y cuya utilidad nunca le había encontrado. Sabía que se trataba de alguna estúpida tradición navideña, pero nunca se había sentido demasiado interesado como para preguntar de qué se trataba. Por la altura a la que estaba colocado, no cabía duda de que hubiera sido la humana quien lo había colgado ahí.

Chasqueando la lengua, estiró la mano e hizo que el ramillete se descolgara solo para volver a colgarlo un poco más arriba, sin que tuviese que tropezar con él cada vez que entraba, a veces su altura podía ser un impedimento, sobre todo en una caja de zapatos como aquella, le sorprendía no darse de cabeza con el techo.

La luz de la pequeña cocina seguía encendida, así como una lámpara en la que no había reparado antes y que se alzaba al lado de la mecedora donde una dormida Snow se acurrucaba con una libreta caída en suelo a sus pies y un bolígrafo en su mano.

Su mirada pasó entonces al mostrador de la cocina, en la que había dos platos tapados por papel transparente y una hoja de papel garabateada a mano en la que explicaba paso por paso, como funcionaba el microondas. Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa al leer las instrucciones y se volvió nuevamente hacia la chica que seguía durmiendo en la mecedora.

Se la veía tan indefensa así acurrucada, tan vulnerable que le entró el conocido sentimiento de culpabilidad que no había sentido en muchísimo tiempo, no desde que había tenido que acompañar a sus dos niños al Haven. Micha cerró los ojos con fuerza ante el recuerdo y volvió a abrirlos para mirarla a ella de nuevo.

Antes de poder darse cuenta se encontraba frente a ella, recogiendo la libreta en el suelo en la que ella había estado garabateando algunas cosas que para él no tenían sentido:

—...resumen del capítulo diez: Él no puede soportar la soledad de su alma y decide volver a ella, sabe que tendrá que arrastrarse para que lo perdone, pero se le dará bien rogar.

Micha sacudió la cabeza y cerró el cuaderno dejándolo a un lado, junto con el bolígrafo que se había deslizado de su mano. Debía de haber estado escribiendo cuando se había quedado dormida. ¿Lo habría estado esperando? Su mirada volvió a la comida, a juzgar por la cena preparada y cubierta, estaba por apostar que sí.

—Humana... —trató de sacudirla, pero ella no se inmutó—. Snow... —lo intentó de nuevo, sacudiéndole ligeramente el hombro, pero ella se limitó a lamerse los labios y acurrucarse aún más—. Genial.

Mirando a su alrededor sin saber qué hacer, se volvió a mirarla a ella para después suspirar con fastidio y hacer algo que pensó no volvería a hacer nunca, alzar a un humano en brazos.

Micha se sorprendió por el peso de ella, si bien no era todo huesos, su peso no suponía esfuerzo ninguno para él, al contrario incluso se sentía bien con ella en sus brazos.

Haciendo a un lado aquella estúpida idea, recorrió el salón con cuidado de no rozarle el costado lastimado y la llevó al piso de arriba para dejarla sobre la cama.

—Das más trabajo que toda una clase de ángeles novatos —murmuró él arrojándola con una manta que encontró doblada a los pies de la cama.

Micha retrocedió un par de pasos y contempló nuevamente la habitación, como solo un ángel caído podía hacerlo, maravillándose de la calidez y el amor que había impreso en las paredes de aquel pequeño dormitorio, sentimientos que solo un ángel puro podía haber sentido en algún momento de su vida y que había dado cobijo a aquella pequeña humana, aislándola de todo mal.

Ella se revolvió en la cama, dándose la vuelta y sorprendió al ángel caído con un:

—Buenas noches, Micha —susurró ella acurrucándose sobre la cama.

Micha se la quedó mirando un instante y finalmente dejó que sus labios se curvaran en la mueca de sonrisa que había estado intentando retener.

—Buenas noches... Snow —susurró él, pronunciando su nombre por segunda vez.

Aquella humana, por extraño que le pareciera, empezaba a resultarle menos desagradable, ignoraba el motivo y tampoco estaba muy seguro de que quisiera averiguarlo, así pues cerrando la puerta tras él, dejó a Snow durmiendo en la cama y bajó a la cocina, para dar cuenta de la cena que ella le había dejado preparada.

Micha sonrió para sí al ver el pastel de verduras y la sopa de ajo, no le había mentado cuando le había dicho que era vegetariano, los ángeles puros no comían carne por voluntad propia, los caídos a menudo disfrutaban de un buen chuletón por el placer de hacerlo, aunque como ángeles no tenían verdadera necesidad de alimentarse. Si comían, lo hacían más que nada por hábito y en su caso, a pesar de ser un ángel caído, la carne siempre le había resultado un poco “salvaje” para su gusto.

Sentándose en uno de los taburetes, descubrió el plato y hundió el tenedor en el pedazo de pastel. Para estar hecho por una humana desastrosa, no estaba nada mal.

CAPÍTULO 7

Snow se despertó lentamente saliendo de un agradable sueño en el que había perdido diez kilos y caminaba del brazo de un elegantísimo hombre alto de cabellos negros, desgraciadamente no había llegado a verle el rostro pero algo en su interior sabía perfectamente quien era. Al abrir los ojos se dio cuenta que se había quedado dormida encima de la cama y todavía con la ropa de ayer, lo que no conseguía recordar era como había llegado a esta, sabía que tenía la costumbre de quedarse dormida en cualquier sitio y el despertar sin saber cómo había llegado allí se había hecho algo normal, incluso llegó a pensar si sería sonámbula pero nunca había podido asegurarlo ya que había estado siempre sola en la casa. Quizás ahora que estaba Micha podría preguntarle si la había visto u oído caminar de noche por la casa.

Micha. Él no había vuelto para cenar, recordó entonces y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, ya estaba saltando de la cama y corriendo hacia la puerta para abrir la puerta y encontrarse la de la otra habitación abierta y la cama hecha, así como ruidos procedentes de la planta de abajo.

Snow se deslizó entonces hacia el pasillo y bajó por las escaleras, solo para encontrarse a Micha sentado ante el mostrador de la cocina, disfrutando de una humeante taza de café mientras veía un programa de animación en la televisión.

—Estás aquí —se oyó decir a sí misma con un aliviado suspiro.

Micha la miró de arriba abajo y arqueó una ceja.

— ¿Dónde esperabas que estuviera? —Le respondió señalándole la ventana con un gesto de la barbilla—. Ha dejado de nevar, pero hace un frío de mil demonios ahí fuera.

Ella siguió su mirada y frunció el ceño al recordar que hoy era la cena de beneficencia.

—Puedo prescindir de abrir la biblioteca, realmente no creo que haya nadie que vaya —aceptó ella, su mente ya empezaba a funcionar sola a aquellas horas de la mañana—.

Pero no podemos faltar a la cena, necesitan voluntarios.

—Habla por ti misma, Snow —respondió él llevándose la taza a los labios—. Yo no me presto voluntario a nada... —entonces sonrió como si hubiese recordado algo interesante—. Bueno, para algunas cosas puede que sí.

Snow no llegó a prestar atención a la última parte de su discurso, él la había llamado por su nombre, no humana, o tonta o cualquier apelativo despreciable, la había llamado por su nombre.

— ¿Qué? —Preguntó Micha con recelo al ver la mirada sorprendida que pronto pasó de ser de pura dicha por el rostro de la chica.

Snow negó con la cabeza y miró con encima del hombro del hombre hacia la parte de atrás donde la cafetera estaba encendida.

—Hiciste café —murmuró sorprendida.

Micha puso los ojos en blanco.

—No hay que ser un genio para encender una cafetera, hasta un Caído puede hacerlo —le respondió como si le hubiese dicho una tontería.

—Ya veo —respondió ella guardándose una sonrisa—. Voy a darme una ducha y cambiarme de ropa, creo que me he quedado dormida tal cual estaba, imagínatelo, ni siquiera recuerdo como acabé en mi cama, claro que eso es normal en mí.

Micha no dijo nada, para él era incluso mejor que pensara que ella era misma la que había llegado hasta allí.

—Por cierto —recordó Snow a punto de perderse en el baño—. Cuando no vayas a venir a cenar, avísame antes de largarte por la puerta, la comida sabe mejor caliente que fría.

No le dio tiempo a contestar pues se metió en el baño y cerró la puerta tras ella.

Micha levantó la mirada de la pantalla de la televisión y la dirigió más allá de

la cocina, para escuchar casi de inmediato el sonido del agua y una colorida maldición. Suspiró, aquella muchacha nunca cambiaría.

El resto de la mañana la pasaron entre palas y escobas, la nieve se iba amontonando y aumentando en altura alrededor de la casa, congelando las cañerías o el agua, como había podido comprobar Snow cuando se había metido debajo del chorro de la ducha, o cubriendo el camino de entrada, así como su coche, el cual por suerte, se le había ocurrido cubrir la tarde anterior con una lona para aislarlo. Así que mientras uno retiraba la nieve a paladas, el otro pasaba la dura escoba del exterior o esparcía sal para derretir las placas de hielo que se habían formado.

Lo que empezó siendo un agotador trabajo, con el consiguiente refunfuño de Micha, terminó en una batalla de bolas de nieve entre los dos. Snow se había cansado de las quejas del hombre y hacía decidido solucionarlo de una forma rápida y efectiva: Le había lanzado un puñado de nieve.

La cara de sorpresa e incredulidad de Micha la hizo reír a carcajadas, solo para recibir un nuevo impacto ella misma que la hizo callar al instante, desde ese momento, las bolas de nieve volaron de un lado a otro entre risas y carreras por evitar ser alcanzados por los proyectiles. Snow llegó a pedir clemencia tirada en el suelo, para partirse de la risa poco después cuando su compañero de juegos resbaló también y terminó espatarrado en el suelo junto a ella.

—Estás loca, ¿lo sabías? Rematadamente chiflada —le aseguró Micha intentando recuperar la dignidad después de su traspie.

Snow se estiró por completo en el suelo y empezó a mover los brazos y los pies imitando el movimiento de una tijera, entonces se levantó y observó su obra.

—Si te lo imaginas con las alas negras y un humor sombrío, podría parecerse, Micha —le aseguró ella indicando el ángel que había creado en la nieve.

Micha miró la silueta desde el suelo y frunció el ceño. Entonces se levantó y retrocedió un par de pasos para poder apreciar mejor el diseño.

—Imagino que si le echas mucha imaginación, podría pasar por un ángel —respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Es obvio que tú no tienes ninguna, angelito —se burló ella dándole la espalda solo para ser alcanzada por una bola de nieve cuando no había dado ni dos pasos—. Así que esas tenemos.

Snow se agachó y tomó un puñado de nieve mientras miraba a Micha que la invitaba a atreverse a contestar a su puya con un movimiento de las manos, su apetecible boca estaba curvada en una divertida y sensual sonrisa. Ella sonrió para sí misma, al menos lo había hecho sonreír, algo que había parecido imposible en los últimos dos días.

—No creas que te vas a librar de asistir como voluntario en la cena de esta noche, les prometí a Gena y Rudolf que llevaría un par de manos extra.

— ¿Rudolf? ¿Qué clase de nombre es Rudolf? —respondió Micha haciendo una mueca de disgusto.

—El nombre de un cocinero de más o menos tu altura y algo así como el doble de tu peso y masa corporal —le respondió ella recorriendo al hombre con la mirada—. Y ah, sí.

Es afroamericano.

— ¿Me estás describiendo un cocinero o un practicante de Sumo? —se sorprendió

Micha.

Snow le lanzó el puñado de nieve que cogió a Micha despistado y le dio en el rostro y empezó a correr de regreso a casa entre risas.

—Podría decirse que sí —las palabras de ella quedaron flotando a su espalda.

Micha gruñó, escupió nieve y miró a la pequeña demonio que huía a la seguridad del hogar.

— ¡No me prestaré voluntario a nada! —le gritó él a sus espaldas, y tras

sacudirse la nieve de encima, miró de nuevo el ángel que ella había hecho, metió las manos en los bolsillos y se dirigió también hacia la casa.

Varias horas después, Micha refunfuñaba delante de la puerta abierta del salón de actos, donde una chica y varios chicos vestidos de _¿Aquello eran duendes?_ colocaban mesas y sillas en una larga fila en medio de una sala lo suficientemente grande como para que se sintiera a gusto, mirase a donde mirase había algún adorno navideño, guirnaldas, farolillos, lo que fuera que pudiera hacer de aquel lugar una sala más acogedora. A escasos pasos sobre sus cabezas, colgando sobre el dintel de la puerta, había otro de esos ramilletes verdes y blancos.

—Vamos, vamos —lo animó Snow, quien lucía dos simpáticas coletas con unos broches que imitaban al muérdago y un abrigo negro y gastado. Pero era lo que había debajo de ese abrigo lo que había dejado a Micha estupefacto cuando la había visto en el salón de la casa de ella y que desafiaba toda ley del ridículo, aunque, debía reconocer, que el traje no le sentaba tan mal—. Es Nochebuena, cambia esa cara.

— ¿Por qué habría de hacerlo? Me has arrastrado hasta aquí —le recordó todavía refunfuñando.

— ¿Habrías preferido pasar la noche solo?

—Puestos a elegir... —respondió señalando con un ondeo de la mano a los “elfos y duendes” que pululaban por el lugar.

Snow resopló y se puso en jarras.

—Esa gente está aquí por voluntad propia, sin cobrar un solo centavo para poder darles un poco de alegría y compañía a las personas que tienen que pasar estas fechas solos porque sus familias han muerto, o han sido abandonados por considerarlos viejos que ya no tienen valor —respondió ella en voz baja, pero lo suficiente contundente para que él la oyese—. No te morirás por hacer algo bueno por una vez en tu jodida existencia, Michael.

Micha entrecerró los ojos ante el rapapolvo que acababa de recibir de parte de una cosa tan pequeña e insignificante que aún encima tenía dos estúpidas

coletas y vestía como un duendecillo navideño bajo el feo abrigo.

—Te equivocas de ángeles, humana —respondió recalcando nuevamente la palabra humana—. A mí no podría importarme menos lo que le pase a esa gente. Ellos mismos se lo han buscado.

Snow se tensó y lo miró con la misma expresión que había visto en los ojos de Micha.

—No sé qué es lo que te ha vuelto tan amargado, Micha —respondió ella acercándose incluso más a él—. Y empiezo a pensar que haga lo que haga, nada cambiará, porque tú no quieres que te den la oportunidad de que cambie. Prefieres seguir lamentándote por lo que quiera que haya ocurrido en el pasado, que pasar página y hacer algo que lo compense.

Él se tensó por las palabras tan certeras de Snow.

—Ahí tienes la puerta —le respondió ella señalándosela con un dedo—, no voy a obligarte a que hagas algo que debería ser hecho por propia voluntad. Puedes irte cuando quieras, ángel caído.

Snow dio media vuelta y empezó a desabotonarse el abrigo y quitarse la bufanda para finalmente saludar a una de los duendecillos y darle su ropa, quedándose con el traje verde y las medias rojas y blancas a rayas con la que la había visto antes de salir de la casa. Su sonrisa se amplió al responder al comentario de aquella otra humana y entonces negó con la cabeza y miró un instante hacia atrás para finalmente ignorarlo y perderse con la chica por uno de los pasillos laterales de la sala.

Bien, ya tenía lo que había venido buscando, ahora solo debería dar media vuelta y marcharse, como ella le había sugerido, por donde había venido.

—Ey, disculpa —oyó desde atrás.

Micha se volvió para ver una enorme montaña de cajas.

— ¿Te importaría echarme una mano con esto, tío? —pidió la profunda voz de hombre que salía de detrás de todo aquello.

Micha vaciló y finalmente cogió sin esfuerzo las cuatro cajas superiores dejando al descubierto al hombre afroamericano que había detrás. La cabeza prácticamente rasurada, un tatuaje tribal que le bajaba por un lado del cuello y una mirada amable en unos marcados ojos castaños le miraron con buen humor.

—Gracias, tío —le respondió el hombre—. Si me acompañas te digo donde ponerlos. Soy Rudolph por cierto, con que me llames Rudo estará bien.

—Michael —respondió él, pronunciando su nombre como Mi-sha-el—. Micha. ¿Tú eres el cocinero?

—El mismo —asintió con un asentimiento de cabeza hacia la zona por la que había desaparecido Snow anteriormente—. Y tú debes ser el novio de Snow, ¿no? Ella dijo que iba a traer un par de manos extra.

¿Su novio? Micha esbozó una sonrisa irónica ante tal absurda sugerencia.

—Soy el hermano de una de sus amigas, me estoy quedando con ella temporalmente —respondió Micha sin saber cómo responder exactamente a lo sugerido por el hombre—.

Imagino que sí, que soy ese par de manos extra.

—Fantástico —aceptó el enorme hombre pasando delante de él—. Sígueme.

Micha fue tras él. Tenía que darle crédito a Snow, él era enorme.

Cruzaron la sala para luego colarse por un pequeño corredor que llevaba a unas dependencias de las que empezaba a salir ya el olor de la comida, Micha escuchó la voz de Snow antes de verla hablando con la misma chica con la que la había visto momentos antes, su voz en cambio era mucho más pausada, triste.

—Déjalo ahí mismo, Micha —oyó la voz de Rudo—. Ey, Snowy, ¿Te importa si me quedo a tu novio aquí en la cocina?

Snow abrió la boca y volvió a cerrarse, entonces se sonrojó cuando vio Micha dejando unas cajas en el suelo.

—Imagino que no... —susurró ella cada vez más colorada.

—Bien —aceptó Rudo y palmeó el hombro de Micha—. Hay más cajas como esta en la furgoneta, vamos a por ellas antes de empezar aquí.

Micha miró a Snow quien se encogió y formó con los labios la palabra “lo siento”, antes de salir tras Rudo. Después de todo, parecía que sí iba a ayudar.

—Snow, no habías dicho que estabas saliendo con un tío tan cañón —comentó la duende de pelo rubio con la que había estado hablando al tiempo que se inclinaba para echar un buen vistazo al hombre de pelo negro—. Chica, ese culo es totalmente ilegal. ¡Qué envidia!

Snow se sonrojó todavía más. Ella solo había dicho que iba a venir con un amigo, no que este fuera su novio y a juzgar por la mirada que había visto en el rostro de Micha a él no parecía gustarle demasiado la idea. En cierto modo aquello la deprimió, pero siendo realista como era, sabía que nadie con el aspecto de Micha, ni aunque fuera totalmente humano se fijaría en ella de esa manera.

—No es mi novio —negó ella inclinándose también para ver ese culo ilegal—. Solo es el hermano de una buena amiga a la que estoy haciendo un favor al dejar que Micha se quede conmigo.

La bonita rubia se volvió hacia ella y le dedicó un guiño.

—Pues serías tonta si no aprovechas que lo tienes en casa para metértelo en el bote, cielo —le aseguró con una sonrisa—. Hombres así no caen del cielo, hermana.

Snow sonrió en respuesta, Gena no tenía ni idea de cuan acertado había sido su comentario.

—Supongo que no —respondió antes de volverse y señalar las cajas que habían entrado Rudo y Micha—. ¿Qué te parece si vamos sacando las bandejas y demás cosas de las cajas?

—Sí, mejor ir empezando o se nos echará la noche encima y no habremos ni

puesto las mesas.

Micha trabajó toda la tarde codo con codo con Rudo, Snow lo buscaba con la mirada cada dos por tres por temor a que saliese a reducir su mal humor y enfadara al grandullón, pero para su suerte, a Rudo parecía divertirle el peculiar carácter de Micha así que después de un rato dejó de preocuparse.

La larga mesa quedó puesta con los manteles navideños de papel, platos, vasos y bonitos centros navideños que había donado la tienda de André para la ocasión. Si algo le gustaba de Baldacci es que sus habitantes no dudaban a la hora de echar una mano o colaborar con lo que fuera durante esa Cena que se celebraba ya en tiempos de la abuela de Snow. En realidad, había sido ella la que había inculcado en su nieta el valor de ayudar a los demás, así que después de que ella faltó, Snow consideró su deber ocupar su lugar y encargarse de la organización. Había sido una labor bastante difícil y muy agotadora, pero todo merecía la pena después de ver los rostros de las personas que venían a cenar.

Rudo y Micha habían colocado con ayuda de otros dos voluntarios unas mesas para las bandejas con la comida formando un pequeño mostrador tras el que los mismos voluntarios repartirían la comida como si se tratase de un autoservicio. Snow comprobó que todo estuviese en su sitio y coordinaba a los voluntarios al tiempo que se encargaba de recibir a los invitados, quienes habían empezado a llegar puntualmente como todos los años.

—Snow, querida, qué hermosa estás —la saludó una anciana mujer con el pelo ya blanquecino que caminaba apoyada en un bastón.

—Señora Collins —sonrió Snow tomando las ajadas manos de la mujer y besándola en ambas mejillas. La anciana señora venía con su traje de los domingos y varios collares alrededor de su frágil cuello—. Ni en sueños me podría comparar con usted, esta noche está deslumbrante.

—Oh, querida, se la edad que tengo —se rió la mujer con jovialidad—. Pero aceptaré tu comentario.

Snow sonrió y la ayudó a entrar hasta donde Gena y otra chica se encargaban de acomodar a los ancianos.

—No deberías alentarla de esa manera, después se pasa toda la semana pensando en que tiene tanta pluma como un pavo real —una voz masculina ajada por los años sorprendió a Snow.

— ¿Y fingir que no he visto cuando se ha acicalado para esta noche? Eso sería malvado de mi parte, no cree Albert —aseguró Snow volviéndose a un hombre de mediados los setenta, con un pulcro bigote canoso y recortada barba cuyos ojos grises lo miraban con diversión por debajo de su boina de cuadros.

—Depende de a que le llames tú maldad —aseguró el hombre mirando más allá de Snow—. Parece que Rudolf no ha perdido ni un ápice de peso, ¿Y quién diablos es el extranjero que está frunciendo el ceño como si estuviese a punto de acabarse el mundo? Snow sacudió la cabeza y enlazó el brazo con el anciano.

—Ese chico alto y fuerte, Señor Albert, es el que hace el pavo tan delicioso que se va a tomar esta noche —le respondió ella con diversión.

El anciano ladeó la cabeza hacia ella y esbozó una irónica sonrisa.

—Por alto y fuerte te referirás al moreno de la coleta, espero —aseguró el hombre señalándolos a ambos con el bastón con empuñadura de marfil en el que se apoyaba—. Nuestro Rudolf podrá ser un excelente cocinero con el pavo más espléndido de todo Maine, pero definitivamente no lo consideraría alto y fuerte.

Snow tuvo que morderse la lengua para no reír, adoraba el ingenio de este hombre. Albert había perdido a su mujer de un cáncer hacía ya muchos años y su único hijo no le hablaba. Había decidido quedarse en el pueblo donde había conocido a su Molly a pesar de todo porque, solía decir, era el único lugar en el que se había sentido realmente feliz.

—El moreno de la coleta es Micha —respondió ella con un suspiro.

— ¿Y ya te ha propuesto matrimonio?

Snow no pudo evitar reírse ganándose una palmadita en la mano de parte del

anciano.

—Espero que al menos lo arrastres debajo del muérdago —insistió el anciano y se soltó de su brazo para indicarle hacia la entrada—. Sigue con lo tuyo, querida, desde aquí me las arreglaré yo.

Snow miró al anciano y luego a la mesa y se inclinó hacia él.

—Prométame que no va a ir directamente con Micha para sonsacarle hasta la última palabra sobre su vida —pidió Snow con tal fervor que hizo que el anciano realmente soltara una carcajada.

—Diablos, chiquilla, como puedes pensar algo así de mí —respondió el hombre con total seriedad—. Por supuesto que primero iré a molestar a Margaret, alguien debe alabar el fabuloso collar que lleva al cuello.

Snow agachó la cabeza a modo de derrota y el anciano le palmeó el hombro.

—Vete y déjame el resto a mí.

—Eso es lo que más temo, Albert, que usted se haga cargo —respondió volviendo hacia la puerta a recibir al resto de los invitados.

Micha dejó la bandeja que le había pasado Rudo en su lugar y empezó a distribuir los utensilios de cocina de forma automática mientras miraba disimuladamente hacia Snow, quien se movía con soltura entre aquellos ancianos humanos, ella se detenía a hablar con unos, sonreía con otros, acompañaba a otros tantos, siempre en movimiento, siempre intentando ser útil, como si aquello fuese lo único que buscaba en la vida, ser útil a alguien.

—Es una buena chica, con un corazón enorme —oyó murmurar a Rudo a su espalda—. Y a veces eso mismo hace que se meta en líos tales como el de ese hijo de puta que la dejó.

Micha se volvió lentamente hacia el afroamericano.

— ¿Alguien la dejó?

Rudo señaló a la chica.

—No me gusta meterme en donde nadie me llama, pero Snow es demasiado confiada para su propio bien algunas veces —aseguró demostrando algo que Micha ya sabía de primera mano—, y he visto como has estado mirándola durante toda la tarde, casi vigilándola, viejo.

Micha arqueó una ceja ante tal estupidez.

—Yo no...

—Solo procura no hacerle daño, ¿vale? —le pidió recogiendo una de las cajas vacías—. Ella no se permite acercarse demasiado a nadie, pero siempre acaba cediendo y se ha metido en muchos de los corazones de este pueblo.

Micha no respondió, mientras observaba salir al hombre de color con el que había estado colaborando toda la tarde. Rudo había demostrado ser casi tan cabezota como él mismo, pasando por alto sus cortantes respuestas y sus gruñidos y poniéndolo a trabajar sin pena alguna, en cierta forma le recordaba a Snow. Sacudiendo la cabeza se inclinó para recoger otra de las bandejas que habían sacado de la cocina y la colocó sobre la mesa.

—Eso huele realmente bien —le comentaron.

Micha alzó la mirada para encontrarse con unos claros ojos grises en el rostro del mismo anciano que había estado hablando con Snow apenas unos minutos antes.

—Si le gusta esta cosa aplastada y con mucho tomate y carne, imagino que sí —farfulló Micha pasando a ignorar al hombre.

El anciano en cambio se apoyó en el bastón, moviendo su peso de una pierna a otra y chaqueó con la lengua.

—No te veo demasiado contento con este puesto, muchacho.

Micha suspiró y subió una segunda bandeja, asentándola en el sitio para luego mirar al hombre.

—Que perspicaz.

Una ronca risa salió de la garganta del anciano.

—Había supuesto que no estabas a gusto por tu aspecto de querer ponerle una bomba a todo esto y que salte por los aires, pero ignoraba que además hubiese un marcado sarcasmo —aseguró el hombre y señaló con el pulgar por encima de su hombro—. Aquella señorita de allí se merece una fantástica velada después de esta noche, podrías empezar por llevarla debajo del muérdago que hay colgado en la puerta.

Micha miró a Snow, luego el ramillete colgado sobre la puerta y se volvió hacia el anciano.

— ¿Por qué habría de hacer algo tan estúpido como llevar a la hum... a Snow bajo de ese fajo de hierbajos? —preguntó ignorando nuevamente al hombre mientras colocaba los cubiertos al lado de las bandejas.

— ¿Fajo de hierbajos? —Se rió el anciano y sacudió la cabeza—. El muérdago es una tradición muy antigua, jovencito, en algún momento incluso puede que hubiese algo mágico en él.

Micha miró al hombre con desinterés, pero el anciano siguió con su monólogo.

—La tradición navideña dice que aquella mujer que recibe un beso bajo el muérdago en Nochebuena encontrará el amor que busca o conservará el que ya tiene. Si se trata de una pareja, será obsequiada con el don de la fertilidad.

Micha se apoyó sobre el mostrador y se inclinó hacia el hombre.

—No estoy interesado en esa... ella de esa manera, pero le agradezco la clase de cultura local —respondió Micha antes de dar media vuelta con intención de marcharse.

— ¿No estás interesado en ella de esa manera... y no has dejado de enviarle miradas furtivas desde incluso antes de que me haya acercado hasta aquí? ¿Qué edad crees que tengo, mocoso? —Le soltó el hombre y chasqueó la lengua—. Déjate de tonterías y coge a la chica y dale su regalo de navidad, se lo merece por todo lo que ha hecho y hace cada año por una pandilla de vejstorios como nosotros.

Antes de que Micha pudiese decir cualquier cosa, el hombre se despidió con un toque de su gorra y siguió su recorrido dejándolo mascullando a él solo sobre los humanos, su manía de meterse en todo y observando a su pesar a Snow, quien en ese momento casualmente también lo estaba mirando. Ella le dedicó una sonrisa que hizo que se rompiera nuevamente algo en su interior, apartó la mirada de ella sin responder a su gesto y volvió a la cocina a buscar más bandejas.

La cena transcurrió como todos los años con alegría, buen humor y canciones y dedicatorias que los más ancianos sentados a la mesa se veían en la necesidad de compartir con todos los presentes. Para ellos, pasar la noche en compañía lo significaba todo, como lo significaban esas personas que tan desinteresadamente lo organizaban para ellos.

La música siguió al postre y pronto la gente se encontró bailando, tarareando o simplemente charlando unos con los otros hasta el momento exacto en que el reloj de la pared sonó y dieron las doce en punto. En ese momento, los voluntarios empezaron a repartir unos pequeños obsequios entre los presentes y para sorpresa de Micha, incluso él tuvo su regalo.

—Gracias por soportar todo esto, sé que no lo has hecho con demasiadas ganas, pero... Rudo está encantado contigo, dice que te secuestre para el año que viene —le dijo Snow a Micha. Ambos se habían separado del grupo después de haberle sido felicitadas las navidades por casi cada persona que había en el lugar. Snow sacó un pequeño envoltorio de su espalda y se lo tendió a Micha—. Feliz Navidad, Micha.

Sorprendido tomó el pequeño envoltorio en papel azul que le tendía Snow y receloso, empezó a desenvolverlo hasta terminar con una taza en las manos. Pintado en uno de sus lados había un ángel con alas blancas que tenía una bola de nieve en las manos en la que se podía ver una pequeña casa.

—Sé lo mucho que te gusta el café y... bueno, pensé que te gustaría tener un recuerdo... no sé, aunque sea para reírte de lo que te ha traído hasta este pueblo —respondió ella repentinamente nerviosa.

Micha observó la taza y la dejó sobre la mesa para luego levantarse y coger a Snow por la muñeca y arrastrarla tras él. Snow lo siguió sin entender, su

mirada volviendo hacia el lugar en el que él había dejado su regalo, un pequeño nudo empezó a formársele en el estómago. ¿No le había gustado?

—Micha —intentó tironear de su mano, mientras miraba a su alrededor y sonreía a modo de disculpa a la gente que los estaba mirando.

Entonces él se detuvo de golpe ante la entrada principal y alzó la mirada hacia arriba, para luego tirar de ella un par de pasos a la derecha y detenerse nuevamente. Snow miró también hacia arriba y se sorprendió al ver el muérdago, sus mejillas se tiñeron y la incertidumbre bañó sus ojos cuando bajó la mirada hacia él y lo observó mirándola.

Sin decir palabra, le rodeó la cintura con un brazo y le tomó la barbilla con la mano para bajar suavemente sobre sus labios y apoderarse de su boca en uno de los besos más inolvidables que Snow había recibido en toda su vida.

Sus labios eran suaves y exigentes sobre los suyos, su lengua encontró el camino a su boca y la lamió y saboreó como si ella fuera el más sabroso de los néctares y él sabía a pecado, decadente y absolutamente maravilloso.

Tan rápido como había empezado, el beso terminó y se encontró ahogándose en unos profundos y ardientes ojos verdes mientras oía de fondo los silbidos, gritos y vítores de la gente.

Micha le acarició la mejilla, sus ojos todavía puestos en los de ella.

—Feliz navidad a ti también, Snow.

CAPÍTULO 8

Micha se quedó mirando el rostro absolutamente sonrojado de Snow, no sabía que lo había llevado a hacer lo que había hecho, pero diablos, el beso había sido increíble. ¿Quién iba a decirle que esa pequeña humana parlanchina y mandona iba a tener tanta pasión encerrada en su interior? No sabía muy bien

que lo había llevado a hacer lo que había hecho, él no estaba interesado en ella de esa forma, aunque, por otro lado, lo que había dicho aquel anciano... Y entonces ella lo había sorprendido con un regalo. Nadie hacía regalos a un ángel caído y desde luego no, una taza con un jodido angelito blanco, pero el gesto es lo que lo había estremecido por dentro.

No sabía cómo ni cuándo había empezado, pero aquella diminuta hembra había empezado a deshacer las defensas que tanto se había esforzado en levantar para protegerse y temía que se romperían del todo si seguía a ese ritmo.

Antes de que ella pudiera decir algo, la dejó y volvió a la mesa en la que había dejado la taza, permitiendo que la gente que había admirado el espectáculo se acercara a ella. Micha recibió por su parte un satisfecho asentimiento del anciano que le había hecho la sugerencia y de Rudo quien le mostró el pulgar hacia arriba con una gran sonrisa.

—Humanos —dejó escapar un bufido mitad sonrisa mientras cogía la taza y se ponía a examinarla detenidamente.

Snow sonreía como una tonta cuando Gena la abrazó y le recordó la muchísima suerte que tenía.

—Oh, cielo. Si eso no ha sido la cosa más caliente de este mundo que venga el diablo y lo desmienta —chasqueó la muchacha con absoluta alegría por su amiga.

—Ha sido sin duda muy fogoso —se rió otra de las mujeres mayores abanicándose con la mano.

—Pero dime, ¿Cómo ha sido? —Le preguntó Gena haciéndole cosquilla para sacarla del trance—. Dijiste que le tenías un regalo...

—Pues es obvio que le gustó —aseguró la mujer mayor.

—Me temo que ese ha sido más bien el regalo de él, Señora Dintel —se rió Gena.

—Yo... le regalé una taza... le encanta el café —respondió ella con una tímida sonrisa.

—Ya lo creo que debe gustarle —aseguró Gena abanicándose, entonces envolvió a Snow con el brazo y le susurró al oído—. Llévatelo a casa y disfruta. Por una jodida vez en tu vida, olvida lo que pasó con ese cretino neandertal y disfruta de un auténtico hombre... te lo mereces.

—Yo no... —negó Snow quemándose con el ardor de sus mejillas.

—Oh, sí, tú sí —aseguró Gena y soltando a la chica le dio un empujoncito que la dejó en dirección hacia él.

Snow miró a su amiga quien la animó echándola con ambas manos y se volvió hacia el final de la sala, en donde Micha examinaba la taza cuidadosamente. Respirando profundamente para darse ánimos, empezó a caminar hacia él, sus coletas balanceándose al mismo tiempo que caminaba, los cascabeles de los sobre zapatos verdes que cubrían sus botines tintineaban a su paso, pero era su mente la que giraba a toda velocidad y su estómago el que revoloteaba como si hubiese mil mariposas encerradas en su interior.

¿Se atrevería a proponérselo? Había visto la pasión en sus ojos cuando la había besado, pasión sincera, desprovista de mentiras, no como había ocurrido con su primer novio. El recuerdo de una noche como esta hacía ya unos cuantos años trajo a su mente de nuevo la vergüenza, el dolor y el desprecio que sintió después por si misma cuando aquel imbécil con el que había estado saliendo le había propuesto por fin consumir su relación de varios meses. Ella se había creído enamorada y deseaba dar ese paso, pero nada había sido como en las novelas románticas que leía, todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, no habían terminado de enfriarse todavía las sábanas cuando él le había dejado muy claro lo inservible y tonta que era y la había dejado.

¿Podría soportar nuevamente el rechazo? ¿Sería Micha tan cruel como lo había sido él?

Gena y su abuela habían sido las únicas a las que se lo había contado, pero en un pueblo tan pequeño como aquel era difícil que las cosas no trascendieran. Snow se había sentido sucia y avergonzada, humillada y enfadada consigo

misma, solo los consejos y la perspectiva de su abuela con respecto a lo ocurrido habían hecho que volviese a confiar en sí misma y en sus posibilidades. Sabía que tenía algo de sobre peso, que no era una belleza, tenía unos ojos llamativos pero ahí moría todo su encanto, era otra más del montón, pero otra que sabía lo que quería y por mucho que se lo hubiese estado negando durante los últimos tres días, estaba interesada en Micha, puede que todavía no lo amara y quizás eso fuera lo mejor, pues él iba a marcharse de todas formas.

— ¿Hemos acabado aquí? —le preguntó él borrando cualquier pensamiento coherente de su mente, volviéndola repentinamente vacilante.

—Eh, sí —aseguró ella parándose ante él.

— ¿Eso quiere decir que podemos irnos?

Snow asintió con la cabeza y Micha frunció el ceño.

— ¿No me digas que por fin te has quedado sin palabras? —preguntó como si aquello fuese un auténtico milagro.

Snow bajó la cabeza y se echó a reír en voz baja.

—Supongo que hay cosas que nunca cambiarán —murmuró ella y suspiró alzando la cabeza y sonrió—. Sí, podemos irnos, ya se ha terminado tu tortura por hoy.

—Bien —asintió él tomando la taza e inclinándose hacia ella para susurrarle sin apartar sus ojos de sus labios—. Porque esta noche, va empezar la tuya.

Snow tragó saliva, sus ojos abriéndose ampliamente al tiempo que Micha ladeaba la cabeza.

— ¿Hay alguna regla, tradición o lo que sea que diga que se pueda hacer más de un regalo en Navidad? —le preguntó él, el brillo volviendo a sus ojos.

—Em... se supone que si has... has sido buena... —balbuceó Snow—. Santa Claus, bajará por la chimenea y te dejará los regalos en el calcetín.

—En ese caso, esta noche considérame tu Santa Claus —susurró Micha de un modo absolutamente erótico—. Ya se me ocurrirá que hacer con lo de la chimenea.

Las cartas estaban echadas, pensó Micha despegando sus ojos de ella y instándola a acompañarle. Si a algo no podía resistirse un ángel caído era a la pasión y la que había probado en Snow, prometía traer el infierno sobre su piel.

CAPÍTULO 9

Snow abrió la puerta y la empujó con la cadera, sus manos ocupadas con el bolso y los sobre zapatos que tintineaban al compás de sus movimientos, el abrigo colgaba de uno de sus brazos mientras que la bufanda y los guantes ocupaban una de sus manos. Micha arrancó las llaves de la puerta y la cerró con el tacón de la bota mientras su compañera retrocedía mordiéndose los labios y echando un rápido vistazo a la habitación en penumbra.

—Creo que olvidé encender la calefacción —murmuró estremeciéndose mientras alcanzaba la llave de la luz para encenderla.

Micha no dijo nada, su atención estaba fija en ella, cual cazador que acechara a su presa, le arrancó el abrigo de los brazos con una mano y la bufanda y uno de los guantes con la otra y los lanzó de cualquier manera sobre el colgador al lado de la puerta, el abrigo se deslizó al suelo y la bufanda quedó colgada por una de las esquinas. Snow jadeó ante la brusquedad, pero su temor quedó eclipsado ante el brillo de deseo que no se negaban a disimular los ojos verdes del hombre que estaba ante ella.

—Olvídate de la calefacción —respondió Micha siguiéndola paso a paso en su retroceso hacia el salón—. En breve no la necesitaremos.

Ella se sonrojó. La idea de acostarse con él había sido realmente fantástica hacía una media hora, cuando él la había besado y había dejado caer la

proposición que los había llevado directamente a casa entre calientes miradas y burlonas sonrisas. Ardía por él, realmente deseaba a ese hombre como jamás había deseado a nadie y con cada mirada hambrienta que recibía de él, más hambrienta se volvía ella. ¡Se estaba comportando como una perra en celo!

—Al menos deja que me quite esto y me ponga algo más cómodo —sugirió ella sonriendo algo avergonzada—. Sé que no me veo tan bien como Gena con este traje de duende.

Micha la recorrió con una mirada totalmente desinhibida, comiéndosela literalmente.

—No me importa lo que llevas puesto, si no lo que no llevas —le aseguró alzando la mirada para fijarla en sus ojos—. ¿Todavía estás dispuesta a continuar... Snow?

Ella se estremeció ante la forma tan sexy en la que pronunciaba su nombre, como envolviéndolo en su lengua. Como respuesta, se mordió el labio inferior y empezó a quitarse el guante que le quedaba, seguido por la mini capa que cubría sus hombros y los dejó caer en el sofá junto a ella.

Micha sonrió ampliamente mostrando una sonrisa lobuna, predatoria un instante antes de extender la mano hacia la chimenea cubierta con una rejilla que evitaba que las brasas o cayesen sobre el piso y crear una potente llamarada sobre la madera que estaba apilada haciéndola arder de inmediato. Snow saltó hacia atrás por el estruendo, sus ojos abiertos con sorpresa mientras miraba el fuego que lamía los troncos, alimentándose vorazmente.

—Vaya, eso puede resultar útil cuando no se tienen cerilla, ¿eh? —respondió ella con una tímida sonrisita.

Micha se lamió los labios y se inclinó ligeramente para quedar a la altura de sus ojos.

—Como dije, algo se me ocurriría para la chimenea —respondió con un leve encogimiento de hombros.

Ella apartó la mirada, echando un vistazo a la chimenea para luego volver a

mirarlo a él. Micha se enderezó cuan alto era y estiró una mano, llamándola con un gesto de su dedo índice.

—Ven aquí, Snow —ronroneó él, su voz profunda y oscura—. Veamos si soy capaz de derretir la nieve.

Ella se estremeció de anticipación y caminó hacia él, mandando sus reservas y miedos a volar, dispuesta a disfrutar por una vez de sí misma y del hombre magnífico que tenía delante. O ángel... o lo que fuera.

Micha no la tocó, se limitó a retroceder hacia la zona de la chimenea donde ya empezaba a notarse el calorillo del fuego, ella lo siguió como hipnotizada, acompasando sus pasos a los de él, hasta que solo quedó un suspiro entre ambos. Solo entonces se permitió alzar las manos y con una sola pasada, los coleteros que le sujetaban el pelo desaparecieron dejando caer su melena desordenada sobre los hombros. Micha hundió los dedos entre los revueltos mechones y testó su suavidad entre dos dedos llevándoselo luego a la nariz para inspirar profundamente su aroma.

Ella se tensó cuando lo hizo, Micha podía oír el acelerado latido de su corazón, así como sentir el leve temblor de su cuerpo, lo deseaba tanto como él la estaba deseando a ella, pero tenía miedo, estaba asustada y no podía culparla por ello. Él mismo no tenía ni idea de que era lo que se le había metido en la cabeza, pero todo su cuerpo había despertado de hambre por ella, todos sus sentidos la deseaban y no estaba en su naturaleza negarse algo que deseaba, no era tan noble.

Sus largos dedos se deslizaron por su pelo hasta sus hombros y de ahí hacia su espalda, donde la cremallera del vestido verde y blanco se cerraba. La bajó lentamente, disfrutando de los escalofríos y la mirada cada vez más oscura en sus ojos violetas, las yemas de sus dedos acariciando la suave piel que encontraba a su paso, rozando el contorno del sujetador y deslizándose hasta su cintura, la cual estaba ceñida por el cinturón.

Este cedió rápidamente a su poder cayendo inerte al suelo mientras llevaba la cremallera hasta el tope para luego empujar la tela de sus hombros, descubriendo una piel suave salpicada de pecas, sus pechos se apretaban contra la tela rojo fuego del sujetador de encaje, dejando a la vista unos ya

endurecidos y oscurecidos pezones rebelándose contra la tela que los ceñía. Micha siguió deslizando el vestido, su mirada recorriendo cada trozo de piel que quedaba expuesta, admirando las llenas curvas y la suave redondez de su vientre antes de arrancar de un tirón hacia abajo la falda del vestido por sus caderas dejándola solo con un minúsculo trozo de encaje rojo que ocultaba el oscuro nido de vello arrancando de su garganta un profundo gruñido de deseo y necesidad.

El vestido formaba un charco verde alrededor de los botines negros de tacón que le daban unos buenos 7 centímetros más de altura, vestida ya solo con la ropa interior y unas medias de rayas blancas y rojas aseguradas al muslo con sendas ligas, el pelo suelto y despeinado sobre los hombros y un suave y bonito tono rojo sobre sus mejillas, la pequeña Snow se había revelado como un auténtico ser de voluptuosas curvas y sensualidad descarnada que se estaba muriendo por probar.

—Por las llamas de los siete infiernos —murmuró él comiéndosela con los ojos—. ¿Cómo puedes ocultar todo esto bajo esas horrorosas chaquetas? Eres un regalo a la vista, Snow.

Ella se sonrojó y sonrió aliviada de que Micha la encontrara hermosa.

—Sabía que no te gustaban mis chaquetas, pero ellas me mantienen caliente —respondió ella con una risita.

—Al diablo las chaquetas, hay mejores y más placenteras maneras de entrar en calor, chiquita y pienso mostrarte cada una de ellas —gruñó Micha acercando la boca a el ombligo que lo atraía y hundió la lengua rodeándolo y lamiéndolo mientras sus manos se cerraban en la cintura de la chica, un instante antes de que fueran subiendo por sus costados, al igual que lo hacía Micha, arrastrando su lengua por la piel de ella a medida que subía.

Los morados y amarillos que vio en un costado izquierdo le arrancaron un gruñido, su mano se deslizó con el tacto de una pluma sobre ellos, prestando más atención en la zona oscura que se perdía por debajo del pecho izquierdo. Una rápida mirada hacia arriba le descubrió la cadena y la pluma enterrada entre los montículos de su piel. Maldito fuera si no la bañaba entera en sus plumas antes de que la noche acabase para borrarle aquellas marcas en su

piel.

—Ya no me duele tanto, Micha —la oyó murmurar, sus suaves manos se habían posado sobre sus hombros, sus dedos formando circulares caricias.

Él solo gruñó y siguió con su exploración, deslizando las manos por sus pechos, lo cual arrancó un jadeo de la garganta femenina. Los montículos cabían perfectamente en sus manos, llenos, hermosos y con unos pezones duros que se moría por mordisquear. Ella se contoneó bajo su contacto demostrando la sensibilidad que tenía en aquella zona y consiguiendo con ello que él se pusiera duro ante la perspectiva de lo que podría hacer con aquellos pechos.

Sus dedos alcanzaron su clavícula y la columna de su cuello, sus ojos se encontraron y por fin vio en ellos lo que había estado esperando, el permiso para devorarla y hacerla suplicar durante toda la noche.

Micha se lamió los propios labios antes de capturar los de ella en un hambriento beso, su lengua acarició el labio inferior, atrapándolo en los dientes y tironeando antes de lamerlo otra vez. Ella gimió en respuesta permitiéndole deslizar la lengua en su boca, encontrando la respuesta que había anhelado, sus lenguas se encontraron y se entrelazaron, sus gemidos se combinaron y ya no supo quien lloriqueaba por más o quien gruñía por no tener suficiente.

Ella se adaptaba perfectamente a sus brazos, sus curvas casaban perfectamente con las suyas haciéndolo plenamente consciente del cuerpo femenino que se apretaba contra el suyo con tanta hambre como el de él. Su pene confinado en los vaqueros empujaba rabioso contra la cremallera, anidando en la unión de los muslos de ella, el lugar en el que quería enterrarse hasta la empuñadura y joderla hasta que le suplicara más.

Micha deslizó las manos por la suave espalda más allá de sus costillas, hasta los hinchados globos de sus nalgas que quedaban al desnudo gracias al magnífico tanga. Sus manos siguieron más abajo masajeando y apretando, apretándolo contra él, un par de sus largos dedos se deslizó entre sus nalgas y recorrió la tira de tela hasta rozar su hinchado sexo ya humedecido por sus jugos.

Una sonrisa traviesa jugueteó en sus labios cuando arrancó sus labios de los de ella al tiempo que introducía sus dedos por debajo del cordón de encaje y acariciaba la carne tierna y húmeda que se ocultaba en la zona más dulce de su cuerpo.

—Caliente, muy mojada y absolutamente apretada —empezó a murmurar en el oído de Snow, acariciándola al compás de sus palabras de manera superficial para luego probar a hundir sus dedos desde aquella posición y obligándola a alzar su trasero hacia su contacto—. Me encanta la forma en que mojas mis dedos, estás tan caliente... eres una gatita caliente, Snow.

Ella se limitó a hundir su rostro en el hueco del hombro de él y gemir, sus manos cerradas en temblorosos puños sobre su espalda. Sus palabras la hacían sentir vergüenza y al mismo tiempo la encendían y la ponían tan caliente que estaba segura de que al final acabaría estallando en llamas.

Micha subió su mano libre por su espalda, arrastrando las yemas de sus dedos sobre su piel hasta enterrarse en el nacimiento del pelo en su cuello y masajearlo suavemente, le lamió el pabellón de la oreja y descendió lamiendo su cuello arrastrando la mano con él solo para apoderarse de uno de sus pechos con un ligero apretón que la hizo dejar escapar un ahogado jadeo.

—No te reprimas, tesoro, quiero oírte gemir —le susurró con tanta suavidad y ternura que Snow se obligó a abrir los ojos para encontrarle con los de él—. Eso es... mírame, bonita... esta noche es para ti... disfrútala sin ambages.

Ella se mordió el labio inferior, sus mejillas enrojecidas por completo, sus labios hinchados por sus besos, sus ojos velados por el deseo y la pasión.

Micha le guiñó el ojo y la acarició más profundamente haciéndola saltar en sus brazos, temblorosa. Él sonrió ante su desinhibida respuesta y pasó a prestar atención a sus pechos, sus pezones lo llamaban como nada lo había llamado antes, deseaba metérselos en la boca y chuparlos hasta hacerla gritar y por todos los infiernos que no iba a parar hasta que lo hiciera. La mano que tenía entre sus piernas cambió, sus dedos se hundieron profundamente al mismo tiempo que su boca tomaba posesión de una de las preciosas perlas y Snow gritó, las manos de ella se aferraron en su pelo mientras él la chupaba y la montaba con sus dedos, los latidos de su propio corazón resonaban en sus

oídos mientras que sus pulmones se esforzaban por dejar pasar el aire a través de sus audibles jadeos y gemidos. La estaba volviendo loca.

—Micha... si sigues así... no podré tenerme en pie... —se las arregló para susurrar.

Él soltó el pezón derecho de su boca con brusquedad y sonrió como un lobo que se relame en un banquete.

—Bien —le respondió con una risita antes de coger el sujetador con su mano libre y bajárselo de golpe, dejando sus senos medio atrapados en la tela, medio libres antes de pasar al otro pezón, probándolo sin el inconveniente del encaje entre su boca y el apetitoso botón.

Snow gimió con fuerza, desesperada y ardiente bajo las expertas manos masculinas.

Su experiencia en el sexo se limitaba a un fugaz y desastroso encuentro que la había dejado insatisfecha y recelosa hacia el sexo, pero Micha estaba encargándose de borrar aquel error a pasos agigantados.

Sus dedos se hundían sin piedad en su goteante sexo haciéndola mojarse aún más, su boca era caliente y devastadora sobre sus pechos, si seguía así iba a correrse.

—Micha... —lloriqueó enredando los dedos en su pelo—. Por favor... no puedo más.

Sonriendo satisfecho dejó su atención sobre los sensibles pezones y retiró los dedos empapados en su sexo dejándola vacía y sollozante.

—Shhh —le susurró alzándose para besarla fugazmente y con mucho cuidado hacerla salir del círculo que había formado su vestido. Los jugos de su empapado sexo se resbalaban por el interior de sus muslos, mojando el borde de las medias—. No hemos hecho más que empezar.

Bajo la confiada mirada de Snow, la volvió de cara a la chimenea, la luz y el calor del fuego se reflejaban en su piel, pero no llegaban a quemarla, Micha

deslizó sus manos desde los hombros de ella hasta sus muñecas, cogiendo sus manos en las de él y las extendió a ambos lados inclinándola hacia el alfeizar de la chimenea, donde apoyó sus manos sobre las de ella.

—Te sugiero te agarres bien, Snow —le susurró al oído, calentándole el pabellón con su aliento antes de dejar las manos de ella extendidas a ambos lados y bajar las suyas de nuevo por sus brazos y hombros, acariciando su espalda arqueada y sujetar sus caderas trayendo su precioso trasero contra la dura y larga vara que se frotaba contra la carne desnuda de ella. Micha la notó temblar ante el contacto de sus vaqueros y le acarició con suavidad la espalda, inclinándose nuevamente sobre ella, apartándole el pelo de la oreja para poder susurrarle—. Está bien, gatita, esto te gustará, tu cuerpo está deseoso de atención, solo déjate hacer y disfruta.

Ella giró el rostro ligeramente por encima del hombro, las dudas se mezclaban en sus ojos con la curiosidad.

Micha se inclinó y la besó en los labios, acariciando su lengua fugazmente con la propia antes de volver a su anterior posición y desabotonar el par de botones de sus vaqueros y bajar la cremallera dejando libre su sexo. Su pene estaba hinchado y grueso, palpitante con la cabeza oscurecida y lista para enterrarse en esa vaina aterciopelada que tanto necesitaba. Con un brusco tirón y la colaboración de sus poderes, el tanga se rompió en sus manos y se llevó a sí mismo a la oculta entrada del cuerpo femenino, hundiendo la gorda cabeza de su pene con cuidado.

Micha se tomó un momento para respirar profundamente antes de empujar poco a poco y suavemente en el interior de la dulzura y humedad que acogía apretadamente su pene, ella estaba tan apretada que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no correrse ya mismo.

Snow tembló bajo su contacto, nerviosa y expectante, vibrando por tenerlo dentro de ella. Su tamaño era mayor de lo que había pensado, llenándola y estirándola lentamente, robándole todo el aliento de sus pulmones mientras la mantenía en una posición tan abierta y delicada, totalmente a su merced. Su cuerpo se estremecía y se apretaba ante aquella extraña invasión, nunca nada la había llenado tan completamente y él seguía empujando.

Era enorme.

Micha le acarició la cadera allí donde la había estado sujetando cuando la oyó gemir, ella era pequeña bajo su inmenso cuerpo pero lo alojaba como nadie, tomando cada centímetro de él en su interior, todo en él gritaba por el empujón final, por enterrarse hasta la empuñadura y empezar a bombear pero Snow no se merecía algo así, no esta vez. Él se inclinó un poco más hacia delante, cubriendo su cálida espalda con su pecho todavía cubierto por la camisa, antes de susurrarle al oído.

—Estás tan caliente y tan apretada que vas a hacer que me corra antes siquiera de empezar —le susurró al oído, una de sus manos seguía en su cadera, pero la otra ahora voló hacia sus pechos, atormentando uno de sus pezones, rodándolo entre el índice y el pulgar—. Diablos, ¿Cuándo fue la última vez que tuviste a alguien así de profundo en tu interior, gatita?

Snow solo gimió, su cabeza agitándose y cayendo entre el arco que formaban sus brazos.

—Micha... —se las arregló para gemir.

—Quiero una respuesta, Snow —le susurró de nuevo al oído, su voz cadente, oscura y sensual—. ¿Cuándo te jodieron así de profundo?

Ella lloriqueó al sentirlo empujarse otro centímetro.

—Me estás matando... —lloriqueó.

—Sí, pero de placer —le susurró Micha y la mano que acunaba su cadera la abandonó para sumergirse entre sus cuerpos y acariciar el botón escondido en su sexo haciéndola dar un respingo—. Eso es, pequeña, ábrete más a mí, tómame por completo, esta noche soy todo para ti.

—Micha... por favor —lloriqueó apretando el alfeizar de la chimenea entre sus dedos. Sus pechos y vientre estaban calientes por el fuego de la chimenea—. Muévete o haz algo... solo... no me dejes...

Las lágrimas en la voz de Snow lo hicieron rechinar los dientes y desear tener

al jodido humano que la había lastimado de aquella manera para poder enseñarle un par de cosas.

—No voy a irme a ninguna parte, bebé, no ahora —le susurró al oído y volvió a posar sus manos en las caderas femeninas—. Prepárate para la cabalgada de tu vida, pequeña nieve, haré que supliques.

Con un solo empujón se hundió hasta la empuñadura en ella solo para volver a salir lentamente y volver a empujarse hasta el fondo repitiendo la cadente secuencia una y otra vez, ella estaba tan apretada, era tan condenadamente apretada y dios que bien la sentía aferrándole. El colgante que le había regalado se balanceaba al compás de sus embestidas, sus pechos subían y bajaban mientras la cabalgaba con el abandono y lujuria solo conocía por un ángel oscuro, un Caído y toda estaba dedicada a ella. Micha no podía entenderlo, pero la deseaba, necesitaba hundirse en ella una y otra vez, deseaba oírla gritar cuando llegara al final solo para correrse él finalmente e inundarla con su esencia. Por fortuna, sabía que Snow estaba tomando la píldora para regular su menstruación, ya que la había visto repetir la misma operación noche tras noche y cuando examinó el medicamento leyó que era un anticonceptivo. No es que hubiese muchas posibilidades de que la fecundara, pero no quería correr riesgos, él se iría antes o después y no quería tener que dejar nada atrás.

De repente, la sola idea de dejarla no le gustaba en absoluto. ¿Qué diablos le había pasado? No llevaba ni tres días con ella, lo había mangoneado, lo había enfadado y a pesar de ello, ahí estaba, jodiéndola como si le fuese la vida en ello y disfrutando de la sensación de que fuese suya.

Micha hizo a un lado esos repentinos pensamientos y se concentró en la mujer bajo él y en su sexo exprimiéndolo en su interior. La sintió tensarse, sus paredes internas contrayéndose preparándose para el orgasmo y sonrió antes de empujarse más fuerte para llevarla al final y acabar él mismo.

Snow gritó al alcanzar el clímax, todo su mundo se hizo pedazos en un caleidoscopio de colores y ya no supo ni si estaba en pie, sentada, acostada o había muerto. Todo su cuerpo estaba siendo presa de livianos estremecimientos mientras Micha seguía empujando, aumentando la sensación de vértigo hasta que él también se corrió inundándola con su calor.

Las rodillas le flaquearon y hubiese caído si él no la hubiese apretado contra sí, arrastrándolos a ambos hacia el sofá que estaba tras ellos. Cuando Micha se dejó caer hacia atrás llevándola con él, todavía estaban unidos, demasiado exhaustos para hacer otra cosa que no fuera respirar, las manos de él se deslizaron por su espalda para soltar el broche del sujetador y ella no pudo sino reírse cuando él empezó a sacárselo.

—Ahora te acuerdas —rió ella entre jadeos.

Micha le apartó el pelo del cuello y le mordió suavemente la piel.

—Te quiero completamente desnuda —murmuró él lamiendo el mordisco que le había dado.

— ¿Puedo pedir lo mismo? —preguntó ella con timidez.

Una leve corriente la sacudió antes de notar su espalda y sus nalgas tocando únicamente piel desnuda. Micha la levantó entonces y la hizo girar sobre él sin que perdieran ni un solo instante su unión hasta que Snow quedó montándolo, sus rodillas flexionadas a ambos lados, su sexo endureciéndose de nuevo y profundamente enterrado en su interior, pero era la ardiente mirada en los ojos de Micha mientras devoraba su cuerpo la que la hizo repentinamente consciente de lo que acababan de compartir. Una repentina sensación de timidez impactó en ella, llevándola a cubrirse los pechos.

Micha arqueó una ceja antes el gesto y estiró los labios en una divertida sonrisa, entonces tomó las manos de ella y las separó al tiempo que se incorporaba, quedando sentado.

—Nunca te cubras delante de mí —le susurró sujetando sus manos a ambos lados de sus caderas mientras la miraba a los ojos, pese a sus palabras, su tono era gentil—. Te adoro desnuda.

Ella se sonrojó incluso más y abrió la boca pero volvió a cerrarla sin saber que decir.

Micha sonrió incluso más ampliamente y le acarició el costado con la mano, fijándose bien en el hematoma que cubría la parte lateral de su pecho

izquierdo, el cual tenía un ligero tono amarillo.

—Eres la humana más patosa que he conocido en toda mi existencia — murmuró él, entonces la abrazó resbalándose hacia el borde del sofá haciéndola gemir e hizo algo que no había hecho nunca antes con sus amantes humanas. Extendió sus alas.

Snow dio un respingo cuando oyó el silbido y notó la brisa que levantaron aquellas dos impresionantes extremidades de plumas negras que ahora se alzaban sobre ellos antes de que ambas se combaran cubriéndola, envolviéndola en un cálido capullo de suaves plumas negras. Ella sonrió observando los arcos que envolvían los hombros de Micha y a ella misma.

—Son tan suaves —murmuró ella disfrutando del contacto de tenerlas a su espalda.

Micha asintió y la observó allí, acunada por sus alas, por su verdadero yo y la última barrera en su interior cayó por fin obligándolo a enfrentarse al algo que jamás hubiese creído posible.

— ¿Puedo tocarlas?

Micha asintió con la cabeza, era incapaz de decir nada más mientras sus pensamientos daban vueltas y su interior palpitaba con desesperación.

Snow estiró una de las manos muy lentamente y acarició con la yema de los dedos las suaves plumas de aquellas enormes alas, su rostro se iluminó y se volvió hacia Micha.

—Son hermosas —sonrió ella.

Él no respondió con palabras, en su lugar atrapó sus labios y la besó como si estuviese nuevamente hambriento, sus brazos se estrecharon a su alrededor acariciándole la espalda hasta descender a su trasero, solo entonces dejó su boca.

—Cabálgame —le pidió con voz oscura, sensual.

Ella enrojeció y se lamió los labios.

—Yo no...

Él le puso un dedo sobre los labios.

—Te gustará —le aseguró con un guiño.

Snow comprobó durante aquella larga noche que esa palabra pronunciada por sus labios nunca la decepcionaba, si él decía que le gustaría, ella terminaría clamando y gritando de placer. Abrigada entre sus brazos, empezó a temer el momento en que llegara la mañana y la luz de un nuevo día arrojara en sus rostros aquello que solo la noche podía enmascarar.

Se había creído inmune a él, había pensado que podía manejar lo que ese ángel caído provocaba en ella porque él se iría cuando la nieve se derritiera, solo ahora empezaba a ver su error.

CAPÍTULO 10

Micha observó la nieve amontonada sobre el coche de Snow y la entrada principal a la casa, había dejado de nevar en algún momento durante la noche, la mañana había amanecido fresca y luminosa como un crudo recordatorio de que se le terminaba el tiempo.

Hacía escasamente cuatro días habría estado encantado de ver esa escena, pero hoy... Su mirada volvió hacia la pequeña cocina en donde Snow se movía de un lado a otro con su pelo atado en una coleta y su cuerpo curvilíneo arropado por su propia camisa, pasaba bastante de las once de la mañana pero ella se había empeñado en preparar café y unas tostadas, el inesperado y agradable ejercicio de la noche parecía haberle abierto en serio el apetito.

La noche había sido otra enorme locura, él se había enfadado porque ella lo había arrastrado a esa cena benéfica negándose a participar en nada que tuviera que ver con los estúpidos humanos, pero como siempre que Snow

andaba cerca, las cosas se torcieron y Micha terminó no solo ayudando si no también disfrutando de la compañía de Rudo, el enorme afroamericano cocinero, así como también se vio sorprendido por la perspicacia de un anciano que le había recordado que él mismo se había pasado toda la noche sin quitarle la mirada de encima a Snow.

Vestida como una pequeña y adorable elfo con dos coletitas, se había paseado de un lado a otro con sus cascabeles y su sonrisa derritiendo a toda criatura con la que se topara.

Él le había dicho antes de salir de la casa que su vestimenta era ridícula, pero había sido aquel cambio y... qué sabía él... ¿Magia navideña, quizás?... el que lo tuvo pendiente de ella hasta el punto de besarla por primera vez bajo el dichoso muérdago y arrastrarla después a casa para una larga noche de sexo tórrido y desinhibido.

Sin duda, el mejor sexo de su vida.

—Micha, ¿Quieres tostadas con el café? —le dijo ella con la cafetera en una mano y una tostada a medio comer en la otra.

—Solo café —respondió llevándose instintivamente la mano al hombro, el cual ya había sanado por completo, al igual que la herida en su ala. Micha extendió suavemente sus alas antes de volver a plegarlas, cruzándolas a su espalda, era algo tan extraño a la par que agradable poder ser él mismo sin que nadie le apuñalara o saliera gritando. Su mirada recorrió a Snow mientras ella servía otra humeante taza de café y guardaba la mermelada en la nevera.

—De acuerdo —aceptó Snow satisfecha con el desayuno que había preparado y vaciló un instante con la bandeja en los brazos, su mirada iba del mostrador al sofá y de ahí a la mesa de mimbre. Micha sonrió para sí y caminó hacia ella para coger la taza de café y una de las servilletas y posarla sobre el mostrador de la barra americana de la cocina—.

Siéntate, empiezas a marearme con tantas vueltas.

Snow se inclinó sobre el mostrador y se rió en voz baja antes de musitar:

—Si pudiera sentarme, ya lo habría hecho.

Un suave sonrojo cubría sus mejillas mientras tomaba un sorbo de su descafeinado y le daba un nuevo mordisco a su tostada, suspirando con satisfacción.

Micha la miró por encima del mostrador, disfrutando de sus largas piernas desnudas, el faldón de la camisa le cubría el trasero y bajaba por delante hasta mitad del muslo.

— ¿Qué tal tus costillas? ¿Han desaparecido ya los morados? —le preguntó él sentándose en uno de los altos taburetes al tiempo que la recorría con la mirada.

Ella tragó y asintió fervientemente y estiró una mano para acariciar ahora sin miedo las plumas de las alas que asomaban por encima de los hombros del ángel.

—Sí —sonrió acariciando suavemente las plumas para retirar luego la mano y mirarle a modo de disculpa—. Lo siento, es que... son muy suaves y cálidas... y bueno... ya sabes.

Micha ocultó su sonrisa tras la taza y dio un sorbo a su café, paladeando el sabor.

—Sí, ya sé —respondió él.

Snow sonrió y se concentró en su desayuno, pensando en la fantástica noche que había pasado en brazos de ese ángel negro que se tomaba una taza de café como cualquier humano en el desayuno. Micha había resultado ser una verdadera bendición y absolutamente inventivo, con solo echar una mirada al mostrador en que estaban desayunando le subió un tibio calor a las mejillas. Ni en sus más salvajes fantasías habría pensado terminar tan deliciosamente dolorida que no pudiera ni sentarse, pero sobre todo, había sido su propia respuesta desinhibida al aceptarle a él como amante de un momento para otro sin pensar si quiera en las consecuencias. Micha no era algo permanente en su vida, lo sabía, él se lo había recordado inadvertidamente cuando se quedó largo tiempo mirando por la ventana y no podía dejar de decirse a sí misma

“te lo advertí”.

—Te marcharás pronto, ¿no? —murmuró ella con suavidad, su mirada seguía fija en la tostada en su plato.

Micha la miró y volvió la mirada hacia la ventana por la que se colaban los primeros rayos de sol desde hacía días.

—Tan pronto la nieve comience a derretirse —respondió con un leve asentimiento.

Snow asintió a su vez y alzó la cabeza, una sonrisa estiraba ya sus labios.

— ¿He conseguido al menos que dejes de pensar en los humanos como la última peste en la tierra? —preguntó con un deje de melancolía cubierto de diversión.

Micha esbozó una irónica sonrisa y miró el tazón del café, el que él le había regalado.

—No puedes esperar que una noche de sexo con una humana borre de un plomazo lo que la humanidad ha hecho y hará —fue la respuesta de él, no deseaba sonar cortante, pero ese fue el efecto que causó.

Snow se tensó, aquello había dolido.

—No me acosté contigo para hacerte cambiar de idea sobre la humanidad, Micha — respondió ella con lentitud.

Micha suspiró, había estropeado un buen comienzo de mañana con solo una frase.

Había hábitos de los que era difícil desprenderse.

—Si te sirve de algo, tu amigo Rudo me ha parecido un buen humano, cabezota, pero un buen tipo —comentó él con un ligero encogimiento de hombros—. En la cena de ayer, toda esa gente que acudió, todos tenían algo bueno que decir sobre ti, y sé que hablaban en serio.

Ella alzó la mirada hacia él e hizo una mueca.

—Dime que no te fueron con cuentos, con ruegos de que hicieras de mí una muchacha honrada o cualquier estupidez por el estilo —murmuró ella con un gemido lastimero.

Micha se rió.

—Digamos que sus advertencias eran del estilo “hazle daño y te corto las pelotas” —respondió él tomando otro sorbo de café.

—Ese fue Rudo —respondió ella suspirando resignada—. Lo siento por eso, Micha y por lo de que te confundieran con mi novio.

—Me parece que eso quedó bastante claro después que nos fuéramos —respondió él con ironía—. Lamento que eso pueda llegar a causarte problemas después de que me vaya.

Ella desechó el asunto con un movimiento de la mano.

—Estoy acostumbrada, sabré manejarlo —aceptó encogiéndose de hombros, aunque Micha pudo ver el brillo que lo desmentía en su mirada.

—Snow, tengo que marcharme.

—Lo sé —respondió ella demasiado rápido—. Quiero decir, siempre fuiste honesto en eso, en que no ibas a quedarte, ni siquiera te gustaba estar conmigo.

Micha se la quedó mirando durante un instante y finalmente apartó la mirada. ¿Qué podía decirle? Él mismo estaba batallando todavía con eso mismo.

—Micha —le susurró ella—. ¿Qué te ocurrió para que desprecies tanto a los humanos? Intuyo que también ha sido durante la navidad.

El silencio contestó a aquella pregunta una vez más, suspirando Snow lo dejó pasar, si él no quería hablar, no iba a obligarle, ella mejor que nadie sabía que había cosas de las que era difícil desprenderse aunque el guardarlas significara que te carcomerían por dentro.

—Mi abuela solía decir que las penas que no se compartían, terminaban por carcomerte el alma —continuó ella, sus manos rodearon la taza que tenía frente a ella y respiró profundamente—. En mi caso, más que pena fue estupidez y juventud.

Micha se volvió hacia ella, Snow seguía mirando la taza, rodeando el borde con el dedo mientras hablaba.

—Se llamaba Anthony, lo conocí en una de las pocas fiestas a las que Gena consiguió arrastrarme —aseguró ella con una mueca—, ella es la chica guapa, la popular, siempre estaba siendo invitada a todos lados y aquel viernes de hace tres años accedí a ir con ella. Él estaba en la fiesta y se había acercado a hablar con nosotras, pasé casi toda la noche hablando animadamente con él y quedamos para vernos después. Estuvimos saliendo un tiempo y como en toda relación quisimos avanzar, solo que la siguiente fase no fue lo que yo me esperaba. —Snow sacudió la cabeza y resopló antes de exclamar—. ¡Qué diablos!

Fue un verdadero cabrón, eligió una mugrosa habitación en un motel a las afueras del pueblo, me citó allí como a una puta y no tardó ni quince minutos antes de tirarme un par de billetes para un taxi y decirme que ni me molestara en volver a llamarlo. —Snow se movió inquieta mientras continuaba—. El fue... brusco conmigo... y esa había sido mi primera vez. Me pasé dos horas delante de la puerta del motel compadeciéndome de mi misma y de mi estupidez antes de llamar a Gena; Ella solo me pidió la dirección y vino a buscarme, en su favor debo decir que tampoco le di más opción, pues me había echado a llorar y era incapaz de pronunciar palabra. Pasé la noche en su casa. No le dije nada a Grani hasta casi dos semanas después y ella simplemente me escuchó y me dijo que las cosas sucedían por algo y que incluso de las malas experiencias se podía sacar algo bueno.

Snow alzó la mirada ahora y se encontró con la de Micha que la miraba fijamente.

—Me he pasado los últimos tres años encerrándome en mi misma, invitándome alguna excusa cada vez que Gena me decía de ir a alguna fiesta o quería presentarme a alguno de sus amigos —continuó ella, una vez se empezaba era fácil llegar al final—. Hasta ayer. Yo no soy así, ¿vale? No me

voy a la cama con un tío al que solo conozco desde hace cuatro días y que aún encima es de otra especie... tú has sido el primero en eso y... tuve que armarme de mucho valor para decirte que sí cuando sugeriste... Es que, tú me besaste y yo... —Snow gimió y se tapó la cara con las manos—. Diablos, estoy balbuceando, que estúpida soy... Solo quería decirte que me alegro que me lo pidieras, yo... solo eso.

Micha sonrió a pesar de sí mismo y sacudió la cabeza haciendo volar su pelo negro en varias direcciones.

—Ese humano era un gilipollas hijo de puta —aseguró Micha con sencillez, el relato de Snow solo había contribuido a aumentar la información que había obtenido ayer mismo por boca de Rudo e hizo que quisiera tener realmente a ese capullo delante suyo para meterle un palo de escoba por el culo. Snow era una delicia de mujer, era un verdadero ultraje que fuese tratada de esa forma—. Una garrapata en vuestra sociedad.

Ella dejó escapar una sonrisa mitad bufido.

—Me gusta lo de la garrapata.

Él sonrió en respuesta y estiró una mano para finalmente hundir el dedo en el escote de la camisa y tirar de ella por encima del mostrador hasta que estuvieron mirándose uno al otro.

—Eres hermosa, tienes un cuerpo apetecible y eres absolutamente fogosa y pasional —enumeró Micha cada una de sus virtudes—. Eres una jodida bendición para cualquiera que quiera llevarte a la cama, así que, que se jodan las garrapatas.

Ella se echó a reír y asintió antes de tomar el rostro de Micha entre sus manos y depositar un suave beso en sus labios.

—Gracias, Micha —le susurró con ternura—. Diría que tú también eres una bendición, pero dado el tamaño de tu ego, dejémoslo en que eres bueno a secas.

Él se echó a reír en respuesta, carcajadas claras y de verdadera diversión.

—Gracias, cariño —se rió él—. La próxima vez intentaré hacerlo mejor, quizás entonces admitas que soy una bendición.

Ella lo miró sorprendida antes de echarse a reír a su vez.

—Creo que voy a echar de menos no tener con quien hablar cuando te hayas ido. —respondió todavía riendo—. Nadie resultará igual de ingenioso ni tan hipnotizante. Echaré de menos esas plumas.

Él dejó su taza de café a un lado y sonrió ante la mención a sus alas.

—Ya tienes una pluma, no te daré más —le dijo acariciándole la nariz con un dedo.

Ella arrugó la nariz ante el contacto, era algo automático y sacudió la cabeza.

—Me gustan donde están ahora mismo —aceptó, entonces suspiró y se tomó lo que quedaba de su desayuno de un solo trago—. Hoy es Navidad, con lo que no tendré que ir a la biblioteca, ¿Qué te apetece hacer?

Él le dedicó una abierta mirada sensual.

—Podrías ocurrírseme algunas cosas —aseguró con un sexy movimiento de cejas.

Ella rió en voz baja y recogió las tazas y los platos para llevarlos al fregadero.

— ¿Qué tal algo en lo que ambos estemos vestidos? —Sugirió Snow dejando las tazas y los platos para volverse luego hacia Micha—. En estos momentos, creo que es todo lo que puedo hacer.

—Si no hay otro remedio —respondió él encogiéndose de hombros, al tiempo que señalaba hacia la ventana con el pulgar—. Habrá que ir empezando por quitar la nieve, ¿no?

Ella asintió, entonces sonrió abiertamente.

— ¿Alguna vez has hecho un muñeco de nieve, Micha?

Micha nunca había hecho un muñeco de nieve, pero disfrutó del intento con Snow.

Ella tenía una forma de ver la vida, una alegría contagiosa que solo había visto en sus tiempos de ángel blanco y que se había esfumado después del episodio que lo hizo pasarse al bando de los ángeles caídos. Era capaz de sonreír y reírse de sí misma incluso después de haber resbalado por tercera vez en la misma placa de hielo para luego, lo había hecho salir en plena noche a contemplar las estrellas que brillaban sobre sus cabezas con una temperatura alarmantemente baja, en contraste con la tibieza que encontraban en el interior de la casa uno en brazos de otro.

Ella se había entregado en cuerpo y alma en cada uno de sus interludios, respondiendo a sus caricias y a su pasión con más caricias y más pasión, no se guardaba nada para ella, era generosa en sus actos, como ya lo había demostrado en la cena de beneficencia y se había ganado el cariño de la gente de aquel pueblo por ello.

Micha llegó a preguntarse incluso, si él podría ganárselo también, pero entonces desechó la idea sabiendo que no sería justo para ella, no podía permitirle que entregase nada más cuando no podría corresponder a su generosidad. La nieve había empezado a derretirse y sabía que era cuestión de tiempo que tuviese que marcharse y volver a su rutina de siempre.

Imágenes de sus alumnos volvieron a su memoria recordando que allí también había gente que lo necesitaba, él era todo lo que tenían aquellos novatos caídos para mostrarles que no se trataba de un fin a su vida, si no un nuevo comienzo. Y como él mismo sabía de primera mano, los comienzos nunca eran fáciles, nunca era fácil dejar el pasado atrás y como ya había visto en Ara, dejar el amor atrás era incluso más difícil y él no podía arriesgarse a pasar por lo que había pasado su amiga, Snow no se lo merecía.

Compartieron cada minuto de los días y de las noches, Snow había decidido tomarse unos merecidos días de descanso y había llamado a su amiga Gena para decirle que echara un vistazo a la Biblioteca por ella, era muy consciente de que la partida de Micha estaba cerca, él no había dicho nada que le hiciera pensar lo contrario, cada amanecer despertaba para verlo junto a la ventana, contemplando con mirada ausente un paisaje nevado que había empezado a

relucir bajo la luz del sol. Las condiciones meteorológicas habían mejorado considerablemente un par de días después de navidad y de ahí los días habían seguido claros y sin nevadas permitiendo que la nieve dejara de acumularse y empezara a derretirse.

Disfrutó de su compañía y consiguió con tesón y perseverancia que empezara a considerar a los humanos algo menos que la última plaga para la humanidad, al menos aquellos a los que había llegado a conocer durante su estadía en el pueblo, si bien había ganado una pequeña batalla, no había conseguido llegar al corazón de Micha, el cual permanecía absolutamente cerrado a la confianza por lo que quiera que le hubiese ocurrido en el pasado y aquello era precisamente lo que la mantenía a salvo de sí misma y de ese ángel caído que había llegado a ella una fría mañana de navidad y que se iría el día menos pensado.

Y ese día resultó ser el de una luminosa mañana de finales de diciembre.

— ¿Ibas a marcharte sin despedirte?

Micha se volvió para ver a Snow envuelta en una de sus horribles chaquetas en el umbral de la puerta. El largo pelo desordenado cayéndole sobre los hombros, sus largas y torneadas piernas asomando desnudas por debajo de la cenefa de la chaqueta y solo calzada con unas zapatillas de andar por casa, era la viva imagen de la sensualidad. Él la había dejado durmiendo, había pasado las últimas horas contemplándola mientras dormía antes de abandonar el improvisado campamento que habían montado esos últimos días ante la chimenea. Micha se había negado a ir a la habitación de ella y la de él no era mucho más grande, con lo que Snow se había encogido graciosamente de hombros y le había sonreído antes de correr hacia uno de los muebles de la entrada y sacar una vieja cama hinchable donde habían pasado gran parte de los últimos cinco días.

—Vas a coger un resfriado si sales así —le respondió él volviéndose hacia ella, acortando la distancia que los separaba.

Snow solo se encogió de hombros y alzó la mirada hacia el brillante cielo.

—Entonces, ¿Ya es la hora? —le preguntó volviendo la mirada nuevamente

hacia él.

Micha subió los tres peldaños que daban entrada a la puerta de la casa y se quedó frente a ella.

—La nieve ya ha empezado a derretirse —contestó—. Ha llegado el momento de que regrese.

Snow apartó la mirada y recorrió el sendero despejado de nieve, su coche limpio y continuó hacia el interior, donde todavía estaba su cama deshecha.

—Esto no va a ser lo mismo sin ti —respondió ella con un tenue susurro.

Él le ahuecó la mejilla con la mano, acariciándole la piel con el pulgar.

—No, nada va a ser lo mismo —murmuró él a su vez, atrapando su mirada durante un momento que se hizo eterno, para finalmente alzar el rostro femenino hacia él y besarla en los labios.

—Cuida de ti misma, Snow —le pidió a un suspiro de sus labios.

Ella subió las manos, rodeando las de él y suspiró dejando salir poco a poco el aliento.

—Tú también —respondió ella recorriendo su rostro con la mirada, como si quisiera grabarlo en su memoria. Entonces sonrió y dio un paso atrás—. Saluda a Arabel de mi parte y dale las gracias.

Micha ladeó el rostro, un poco sorprendido por la petición.

— ¿Las gracias por qué?

Ella le sonrió con dulzura.

—Por su regalo de navidad.

Micha no entendió, pero asintió. Se permitió un instante más para mirarla y grabarse aquel rostro en su memoria antes de alejarse también, bajando los tres escalones y alejarse de ella. No pudo continuar más allá del coche de

Snow, no podía irse así, no todavía.

Desandando sus pasos, subió de una zancada los tres peldaños y la alzó en brazos poseyendo su boca, devorándola con la misma hambre que había sentido por ellas desde el momento en que su boca había probado la de ella, quería grabarse su sabor para siempre en el cerebro.

—Micha —susurró ella con un quebrado suspiro cuando él la soltó.

Él le puso el dedo sobre los hinchados labios y negó con la cabeza.

—Adiós, pequeña Snow —susurró mirándola a los ojos.

—Adiós, ángel caído.

Micha la dejó allí, temblorosa, un par de pequeñas lágrimas escurriéndose por sus mejillas, entonces se dio la vuelta y tal y como Snow le había parecido ver la primera vez, él extendió sus alas y con una sacudida de plumas se desvaneció.

CAPÍTULO 11

Ara empezó a pasearse de un lado a otro del pasillo, sus alas negras abriéndose y cerrándose a su espalda, agitando sus plumas como si no pudiera tenerlas quietas en ninguna posición cómoda para ella. Micha llevaba ya tres horas encerrado en el maldito gimnasio con sus alumnos y no estaba malditamente tranquila con ello, no después de haber visto el lamentable estado con el que se había presentado dos semanas atrás.

Ella había esperado oírlo refunfuñar como de costumbre, o quejarse, diablos, hasta una jodida mueca habría sido mejor que la fría e indescifrable expresión con que la recibió, el Micha que ella conocía no se parecía en nada a aquel ángel caído que se había parado ante ella y la había mirado sin emoción alguna en los ojos antes de preguntarle donde estaba sus alumnos.

— ¿Eso quiere decir que he ganado mi apuesta? —preguntó ella ilusionada.

Micha en cambio se había limitado a volver la mirada hacia el corredor por el que venían unos de sus propios alumnos, los cuales al verlo lo saludaron inmediatamente y le preguntaron por su última misión en la tierra. Micha se había limitado a un par de respuestas breves, un par de palmadas en la espalda y a despacharlos rápidamente, diablos, al menos con ellos había sido algo cálido.

— ¿Micha? —Había insistido ella al ver que él seguía ignorando su pregunta —. ¿Cómo está Snow?

En ese momento, él la había mirado a los ojos y Ara se maldijo a sí misma una y mil veces por lo que vio en los ojos del ángel caído.

—Por una vez en tu vida, deja de joder la de los demás y ve a verlo por ti misma, ella te lo agradecerá —fue la seca respuesta de él.

Ara sacudió la cabeza y lo miró con pena.

—Aún no lo has comprendido, ¿verdad?

Él no había respondido a aquello, ni había respondido a ninguno de sus intentos por acercársele en las dos últimas semanas en las que se había encargado del entrenamiento de sus alumnos y de los propios y de alguno más que le pusiera Luc por delante.

Mirando de nuevo la puerta cerrada frente a ella, volvió a iniciar su paseo de un lado a otro, no iba a permitir que ese estúpido ángel cabezota echase por tierra todo su esfuerzo por qué no supiese aceptar que se había enamorado de una humana.

—Si sigues así, terminarás haciéndole un surco al suelo, Arania.

Ara se volvió de golpe al oír la voz del único ser que era capaz de inculcar al mismo tiempo miedo y respeto, mezclado por un inexplicable agradecimiento y sensación de lealtad, el director de la Academia Ángeles Caídos y Señor de los Infiernos.

—Hola Luc —lo saludó con un ligero movimiento de su mano.

El aludido miró hacia la puerta cerrada y luego a Ara, sus manos metidas en los bolsillos del pantalón de cuero negro que se ceñía a un perfecto trasero y larguísimas piernas, la camiseta con una profunda “v” permitía un vislumbre de su bronceada piel.

— ¿Sigue igual de irascible que estos días?

Ara asintió ligeramente.

—A juzgar por el estado de mis alumnos, diría que incluso más.

Luc chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Es una pena, una verdadera pena, realmente voy a extrañar a ese Caído —aseguró él con un encogimiento de hombros—. Claro que, por otro lado, no hay cosa que más me guste que ganarle al de arriba un alma.

Ara frunció el ceño.

— ¿Qué quieres decir?

Luc sonrió mostrando una perfecta dentadura blanca.

— ¿Crees que ella también lo ama?

Ara se sorprendió por la pregunta. Ella había llamado a Snow poco después de que Micha volviese, pero ella no había dicho nada al respecto, incluso había ido a verla solo para encontrarse con una demasiado jovial y activa bibliotecaria, le había reprochado el no haberle contado la verdad desde el principio pero con todo había sonreído, su sonrisa solo había vacilado un poco al preguntarle por Micha.

—Lleva alrededor del cuello una pluma negra de uno de los Ángeles Caídos más poderosos, al que consiguió incluso convencer de que la ayudase haciendo de voluntario en una cena benéfica navideña, por si eso te sirve de algo —respondió ella con ironía. Pero aquello era cierto, Snow había estado llevando el colgante que Micha le había dejado.

Luc pareció estremecerse ante la pregunta, entonces señaló con el pulgar hacia la puerta.

—Realmente, hay veces en que esperar que a esos ángeles vean más allá de sus narices es un jodido problema —aseguró él con un resoplido—. La chica está colada por él, eso es un hecho... y siendo el receptor de tan noble sentimiento, uno de mis chicos... no puedo más que dar saltitos de alegría ante la idea de corromper a un ángel puro antes incluso de que alcance ese estado. Eso es como marcar un gol desde una portería a otra, imbatible.

Ara estaba asombrada por el entusiasmo que estaba demostrando su jefe con aquel asunto, ella más bien hubiese pensado, en realidad lo había temido, que exigiera que acabase con esa estupidez y en cambio, parecía más dispuesto que ninguno a hacer de celestina.

¿Quién podía entender al diablo?

—Así que... solo queda nuestro amiguito, aquí el profesor —comentó Luc, mirando de nuevo a Ara—. ¿Crees que si le arranco las alas y lo mando de regreso de una patada, se dará por aludido?

Un sonoro resoplido se escuchó a espaldas de ambos, Ara se volvió al mismo tiempo que su jefe, todavía sorprendida y algo alucinada con sus conclusiones. Micha permanecía en pie, su pelo recogido en una coleta, vistiendo pantalones de cuero y camiseta negra tanque, no había ni una gota de sudor manchando su inmaculada piel, mientras que de sus alumnos no se podía decir lo mismo, viéndolos en distintas posiciones tirados en el suelo del gimnasio o atusándose de forma dolorida las plumas.

—Creo que ya se ha dado por aludido sin necesidad, vaya, siempre me quitáis el caramelo de la boca cuando lo estoy chupando —se quedó Luc como un niño pequeño al que pillan infraganti.

Luc ignoró su perorata y se dirigió directamente a su jefe.

—Te mantendrás absolutamente lejos de Snow, Luc, ella no te pertenece.

Luc hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—Siempre le quitas toda la diversión a las cosas, Michael —aseguró Luc encogiéndose de hombros—. Ella puede estar protegida por los puritanos del Haven, pero es una de nosotros y lo sabes. Sí, puede que sea demasiado buenecita para mi gusto, pero ey, soy el diablo, para mí donde exista la juerga, que se quite lo demás.

—Ella no es un ángel caído, Luc, ni siquiera es un ángel —respondió él poniendo los ojos en blanco.

—Ahora no, ella es humana... —aceptó Luc con un leve asentimiento—. Pero lo será, Micha, ¿Y sabes por qué? Porque el amor es la cosa más estúpida y lo que mejor que parecen hacer los humanos, ellos aman con suficiente pasión como para alimentar las llamas del infierno eternamente y si han de condenarse a sí mismos por amor con tal de estar con el objeto de su afecto, lo harán. Son una raza a parte, chico, tú mejor que nadie debería saberlo.

—Ella no me ama, así que te quedas sin alma.

Luc miró a Ara y suspiró.

—Tenías razón, es tonto de remate —aseguró el hombre con fastidio.

—No recuerdo haber dicho eso... Luc —se defendió Ara.

—No hace falta que lo digas, guapa, se ve a leguas —aseguró con total despreocupación.

Micha miró a Ara y sacudió la cabeza, dándole a entender que lo dejara estar, conocía demasiado bien a su jefe como para hacer caso de sus tendencias suicidas.

— ¿Os importaría dejar de hablar de mí cuando estoy justamente delante? — Intervino Micha y empezó a dirigirse a cada uno, empezando con su jefe—. Deja de meter la jodida nariz en cosas que no te incumben, Luc.

— ¿Tengo que recordarte quién soy? —Respondió con ironía—. Meter la nariz en todo, es mi vida.

Micha realmente suspiró con resignación, no quería estar allí teniendo aquella

conversación de besugos, realmente no quería estar allí.

—No, no quieres estarlo —le respondió Luc con una irónica sonrisa, indicándole que había captado sus pensamientos—. Quieres estar con una humana que te ha vuelto loco, te ha mangoneado, te ha gritado y dado órdenes como el mejor de los generales y que ha tirado una a una las defensas que tan fuertemente habías levantado alrededor de tu corazón para no volver a sufrir —enumeró sin quitar la mirada de la de Micha—. Has perdido la apuesta que has hecho con Ara por que sí te has enamorado de ella... amas a una humana, Micha.

Micha no respondió, no hacía falta que lo hiciera, el hombre, el ser que tenía ante él podía leer en su alma y en su corazón como el mejor de los videntes y no había errado. Se había enamorado de Snow, no sabía como había ocurrido, pero ella había traspasado todas sus defensas hasta colarse bajo su piel, los pocos días que había compartido con aquella desastrosa humana, habían resultado ser lo único que consiguió alejar en algo el duelo que llevaba por sus niños.

—Citando a tu querida amiga aquí presente, Micha —continuó Luc—. Cuando la nieve se derrita... deberás regresar a casa.

Micha parpadeó y frunció el ceño sin comprender.

— ¿Dónde está tu hogar, Micha?

— ¿Mi hogar? —preguntó volviéndose entre uno y otro con mirada confusa.

— ¿Podríamos implementar un nuevo curso para agilidad mental? Me desespera tanta ineptitud —aseguró Luc mirando a Ara.

Ella sonrió a su pesar y se volvió hacia su compañero.

— ¿La quieres?

Micha se tensó ante la respuesta que iba a dar, pero era la única que colgaba en su mente.

—Ella es humana, Ara.

Ara negó con la cabeza y repitió su pregunta.

— ¿La amas?

Micha asintió y miró a Luc.

—La amo.

El hombre puso los ojos en blanco y alzó las manos como diciendo, ¿No te lo había dicho?

— ¿Entregarías tus alas por ella, chico? —preguntó ahora Luc, su mirada fija en la de Micha.

Micha no vaciló.

—Ya las entregué —confesó, recordando la pluma que había obsequiado a Snow y que había transformado en un colgante para que lo pudiese llevar.

Luc pareció bastante sorprendido ante eso.

—Caray, eso sí que es algo que yo no sabía —aseguró empezando a entrecerrar los ojos—. Ese viejo hijo de puta... ¡Le pondré una demanda! Ara, echa un vistazo a la Academia mientras voy a echar un pulso con el de arriba. Y tú, estás despedida —le dijo a Micha antes de dar media vuelta y largarse a la carrera por el pasillo.

Micha se volvió a mirar a Ara, quien simplemente se encogió de hombros.

—A mí no me mires, yo solo he hecho una apuesta contigo —le aseguró ella alzando las manos a modo de defensa.

—Y yo la perdí —respondió Micha sonriendo por primera vez en varias semanas.

El chocolate con nata que había comprado en el supermercado hacía ya varias horas que se había enfriado, pero aquello parecía no importar demasiado a la persona que deslizaba frenéticamente sus dedos sobre el teclado de aquel

viejo modelo de ordenador portátil, un frustrado suspiro salió de entre sus labios antes de que moviese uno de sus dedos hacia la tecla DEL y empezase a borrar lo último que había escrito para luego reclinarsse hacia atrás en la silla y volver a empezar de nuevo.

— ¿Snowy? —Llamaron y a continuación se escuchó el sonido del timbre del mostrador principal—. Snow, sé que estás ahí dentro así que haz el favor de venir aquí.

Snow levantó la cabeza de la pantalla y se volvió hacia la puerta, unas profundas bolsas oscuras se extendían como medialunas bajo sus ojos, sus gafas de lectura permanecían precariamente sujetas sobre la nariz. Resoplando con desgana se obligó a guardar el archivo en el que había estado trabajando para atender la llamada, hubiese preferido ignorarla y seguir escribiendo para poder terminar la maldita novela, pero conocía esa voz y sabía que Gena no pararía hasta hacerla salir de su oficina si no acudía pronto a su llamado.

La pequeña y atractiva rubia sonrió ampliamente cuando la vio para luego hacer una mueca cuando reparó en su aspecto y sobre todo en su rostro.

— ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a dormir a casa? —Preguntó la chica con el ceño fruncido—. Tienes un aspecto lamentable.

Snow la ignoró, hacía casi dos semanas que no dormía en su casa, el lugar que más había adorado en toda su vida, se había convertido después de la partida de Micha en un santuario que solo le traía recuerdos de él. En un intento para alejarlo de su mente, Snow había empezado a retomar su libro pasando buena parte del día en la Biblioteca, hasta el punto en que acabó rescatando un catre del desván para instalarse allí a dormir cuando las estúpidas lágrimas se lo permitían. Nunca en la vida había llorado por un hombre y en menos de quince días se había deshidratado de tanto extrañarlo.

¿A quién quería engañar? Quizás hubiese podido engañarlo a él con aquella despedida amistosa, pero no había podido seguir engañándose a sí misma después de eso, la realidad era demasiado grande como para ignorarla, en menos de una semana había apuñalado a un hombre que resultó ser más que un hombre, lo había arrastrado con ella en un intento por demostrarle que estaba equivocado con respecto a los humanos, había saltado a la cama alegremente

con él y el error más importante de todos y que se había prometido no cometer otra vez, se había enamorado de él.

Ella, Snow, amaba a un ángel caído.

—No ha vuelto a llamarte, ¿verdad? —Preguntó Gena con cierta tristeza y un profundo sentimiento de culpabilidad—. Diablos, yo y mi tremenda boca, ¿Por qué me escuchas cuando solo digo gilipolleces?

Snow se encogió de hombros y fue a sentarse tras el mostrador.

—Quizás, porque en ese momento necesitaba escuchar una gilipollez —respondió Snow sonriendo levemente.

Gena asintió, sonriendo a su vez.

—Rudo también se siente un poco culpable —continuó la rubita—. Parece que también intentó hacer de Celestina y no contó con que tú chico fuera del tipo de cabrón que se te folla y se larga.

Snow sacudió la cabeza.

—Yo sabía que Micha iba a marcharse, siempre lo supe —aseguró Snow—. Ahí radica la principal diferencia.

Gena chasqueó la lengua y se volvió a mirar hacia la calle para luego volverse hacia Snow.

—Esa es una mala excusa que todas hemos utilizado alguna vez —respondió ella con una ligera mueca—. Venga, te invito a comer. Así podrás dejar por un rato este deprimente lugar.

Snow dejó escapar un pequeño bufido irónico.

—Es deprimente solo para algunos, Gena —respondió Snow sacudiendo la cabeza—. Te agradezco la invitación, quizás en otro momento.

Gena resopló.

—Tienes que comer algo, Snow, no puedes pasarte todo el día aquí metida alimentándote a base de cafés y patatas fritas de bolsa.

Snow se levantó y palmeó la mano de su amiga.

—Deja de preocuparte, Gena, todo va bien —le aseguró antes de rodear el mostrador para acompañarla a la puerta—. Asegúrate de hacérselo ver a Rudo, si él viene a verme con la mala excusa de pedir prestado algún libro de cocina más, lo pondré a trabajar en la sección de Gastronomía solo para desquitarme.

Gena se rió entre dientes y asintió dándose por vencida.

—Descuida, se lo diré —aceptó ella y se encogió ligeramente de hombros—. Si necesitas cualquier cosa...

—Te llamaré cuando sienta la necesidad de pincharle las ruedas a alguien —le aseguró Snow frotando el hombro de su amiga a modo de despedida.

Gena abrazó a Snow reacia a marcharse, pero finalmente dio un paso atrás y se despidió con la mano.

—Come algo antes de volver a esa endemoniada oficina tuya —le pidió a modo de recordatorio.

—Sí, mamá —se burló Snow y la vio alejarse cruzando la calle.

Sacudiendo la cabeza suspiró profundamente y se volvió hacia el mostrador, acariciando el timbrador de latón al pasar de camino nuevamente a su oficina. No había alcanzado a cruzar el umbral cuando oyó de nuevo el timbre.

—Esto no puede ser verdad —murmuró Snow alzando la mirada al techo y resoplando antes de dar media vuelta pensando en que sería Gena habiéndose olvidado de decirle algo, o Rudo en su cuarta incursión en busca de algún libro de cocina.

Snow desanduvo una vez más el camino ya murmurando las posibles causas de aquella nueva intrusión.

—Rudo, ni toda la sección de Gastronomía va a ayudarte a hacer la Lasaña mejor de lo que ya te sale, por qué no te pasas mejor por... —las palabras de Snow murieron en sus labios cuando vio que el hombre que había de pie al otro lado del mostrador no era el enorme afroamericano que conocía desde hacía tiempo.

—Hola Snow —la saludó Micha.

Había vuelto. Aquello fue lo primero que pasó por la mente de Snow mientras observaba a Micha de pie al lado del mostrador de la recepción vestido con sus usuales vaqueros oscuros, camisa y chaqueta, aunque en esta ocasión llevaba también una bufanda y una pequeña bolsa de viaje colgaba de uno de sus hombros. El pelo negro lo llevaba recogido en una coleta y su bigote y perilla estaban perfectamente recortados, pero eran sus profundos ojos verdes los que captaron su atención.

—Micha —murmuró ella, parpadeando varias veces como si necesitara asegurarse que no se trataba de una alucinación.

Él simplemente asintió con la cabeza, mientras contemplaba a la pequeña humana envuelta en una de aquellas horribles chaquetas a las que había empezado a acostumbrarse, pero eran las dos profundas medialunas bajo sus cansados ojos y la palidez de su rostro lo que lo preocupó e hizo que caminara hacia ella.

— ¿Estás enferma? —le preguntó dejando la bolsa sobre el mostrador para acercarle luego a ella y alzarle el rostro para examinarla—. Estás pálida y pareces cansada.

Ella sacudió la cabeza, abrió la boca y volvió a cerrarla cuando las palabras empezaron a negarse a abandonar su boca.

—No... estoy... bien —murmuró incapaz de apartar su mirada de la del hombre—.

Estás aquí.

Micha le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y asintió.

—Sí, pequeñita —respondió él con una sonrisa—. Creo que eso es obvio.

—No, quiero decir... has vuelto... —aseguró sorprendida, aunque sus labios se estiraron en una sonrisa, correspondiendo a la de él antes de fruncir el ceño—. Pero... ¿Por qué?

—Alguien me dijo que los humanos no eran la última peste sobre la tierra y decidí darle a la humanidad una oportunidad y venir a comprobarlo —le respondió él.

— ¿Ah, sí? —murmuró ella incapaz de creer que estuviese ante él después de las últimas dos semanas en las que había pensado que nunca más volvería a ver sus ojos azules ni a escuchar su voz—. ¿Y has descubierto algo interesante, algo, que demuestre esa teoría? Michaladeó ligeramente la cabeza como si se lo estuviese pensando.

—He conocido a una pequeña humana que fue capaz de apuñalarme nada más conocerme, que me puso a trabajar y quitar la nieve de la entrada de su casa y con la que pasé la mejor navidad de toda mi existencia —aseguró inclinándose hacia ella—. Pero sabes, hay una cosa que no le dije cuando me marché.

Snow lo miró sin entender y sacudió la cabeza.

— ¿Cuál?

—He perdido la apuesta —respondió Micha tomando nuevamente la barbilla femenina entre sus dedos para alzarle el rostro—. Me he enamorado de ella.

Snow ahogó una incrédula sonrisa, demasiado sorprendida para poder decir algo, sus ojos empañándose por las lágrimas.

—En mi pasado hay demasiadas cicatrices, Snow, la humanidad se encargó de colocar sobre mi alma la más profunda de todas —continuó Micha sin apartar su mirada de ella—. En otro tiempo fui uno de esos alas blancas, mi última misión sobre la tierra fue la de escoltar las almas de dos niños al Haven, esos dos niños habían sido mis protegidos. Los había visto nacer, había escuchado sus llantos y sus risas y también oí sus gritos la noche en que su propio padre llegó a casa absolutamente borracho, clamando algo sobre su mujer y un

supuesto amante, los gritos de ella se mezclaron durante varios segundos con el sonido de la muerte, él la acuchilló en el dormitorio de ambos, entonces acudió al de sus dos hijos pequeños y les cercenó la garganta a ambos mientras se acurrucaban el uno contra el otro en una de sus pequeñas camas.

Micha tuvo que hacer una pausa para poder continuar, las imágenes de aquella noche y su fracaso como ángel custodio lo había marcado tan profundamente que no entendió que nada de lo que pudiera haber hecho hubiese cambiado el destino de aquella familia.

Snow lo contemplaba con mirada horrorizada y un profundo sentimiento de dolor.

—Entonces, él se fue a su estudio, tomó una botella de whisky y se puso a garabatear una nota en la que se confesaba autor de todos los crímenes cometidos en aquel lugar, que había dado muerte también al amante de su esposa y que había librado a los niños del sufrimiento de saber que su madre era una zorra —continuó Micha con decisión—. El muy cobarde se quitó la vida después de esa nota, pegándose un tiro en la cabeza.

Micha bajó la mirada y volvió a subirla para mirar de nuevo a la chica.

—Perdí mis alas entonces —aseguró él, su voz firme, sin rastro de arrepentimiento—. No quería seguir sirviendo a... alguien... que era capaz de permitir algo así. Desprecié a la raza humana que solo eran capaces de dañarse los unos a los otros por el más absurdo de los motivos y caí... caí por qué no podía creer ya en la gente, nada de lo que veía a mi alrededor me demostraba que estuviese equivocado en mi elección, la humanidad fue creada para luchar unos contra otros, para amarse y odiarse a partes iguales, dotada de un libre albedrío que les permite elegir sus propios destinos y todo lo que veía era solo muerte, decadencia, mutilación y que todos volvían el rostro hacia otro lado. Perdí la fe en la humanidad... y entonces te encontré a ti.

—Micha —murmuró ella, las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Eres la humana más desastrosa que he conocido nunca e hiciste que todas mis creencias se tambaleasen, me hiciste dudar hasta el punto de hacer algo que ningún ángel caído o no debería hacer si no quiere condenarse por toda la

eternidad —continuó Micha y le secó las mejillas antes de enganchar un dedo en la cadena que asomaba de su colgante y tirar de él—. Entregar sus alas.

Snow bajó la mirada a su colgante y rodeó la figura de la pluma con sus dedos por encima de los de Micha.

— ¿Entregar tus alas?

Micha asintió.

—Para un ángel caído, significa condenarse a pasar la eternidad encadenado a esa persona —aseguró Micha notando los dedos de ella sobre los suyos—. Nunca he estado realmente lejos, Snow, nunca lo estaré.

Ella cedió al llanto y se deslizó en sus brazos, rodeándole el cuello.

—Te quiero, Micha —respondió ella entre lágrimas apretándose contra él—. No me importa si eres un ángel caído, un alas blancas, o el tipo más engreído y pretencioso sobre la tierra, a pesar de todo ello, te quiero.

Micha dejó escapar el aire que ni siquiera sabía que había estado conteniendo al oír la respuesta de Snow y la abrazó con fuerza.

—La nieve a empezado a derretirse, mi amor —le susurró al oído, acunándola en sus brazos.

—Bienvenido a casa, Michael —le susurró ella.

La mirada de Micha se fundió en la de ella, sus labios bajaron sobre la apetecible boca y Snow se derritió como solo la nieve sabía hacerlo.

EPÍLOGO

Meses después...

Ara contempló desde las sombras a la pareja que jugaba en la nieve como dos niños pequeños lanzándose bolas, ella se reía y escapaba de los intentos de él por atraparla hasta que ambos terminaban en el suelo, enlazados y besándose solo para levantarse de nuevo y comenzar otra vez.

Sonrió, aquello era lo que siempre había deseado para Micha, que tuviese la oportunidad de descubrir el amor, él había estado solo demasiado tiempo y había permitido que una mala experiencia en su pasado lo volviese más amargado dándole la espalda a todo aquello en lo que una vez había creído y que nunca pudo llegar a apartar por completo.

Snow había conseguido obrar el más grande de los milagros, una mujer destinada a ser algún día un ángel puro, había seducido y arrancado cada capa de la coraza con la que se había protegido un ángel caído, solo para llegar y apropiarse de su corazón.

Su jefe estaba que no cabía de gozo en sí mismo por aquella extraña vuelta del destino, Ara se había sorprendido bastante cuando Luc le había dicho a Micha que estaba despedido, pero no había sido nada en comparación a la noticia que llegó después de los propios labios de Micha: Luc le había obsequiado con una vida humana, una vida que podría vivir al lado de su humana hasta que la muerte los reclamara a ambos. Sin duda, había sido una astuta propuesta por su parte, pues sabía que su generosidad le sería devuelta más tarde por duplicado, ya que no solo recuperaría a uno de sus más queridos

Ángeles Caídos...Sino dos.

Por fin le habría ganado al de arriba una mano por anticipado.

Ara suspiró profundamente y se envolvió con los brazos pensando en su propio amado y sonrió a pesar de su pena.

—Estoy feliz por ti, Micha —susurró ella—. No tendrás que dejarla... ni siquiera en la muerte.

Y con una suave sonrisa, se desvaneció en el aire, dejando a los dos amantes

disfrutar de una nevada más.